Nobles y sirvientes 4

UNA PROPOSICIÓN INDECENTE



ENCARNA MAGÍN

Selecta

Una proposición indecente

SERIE
Nobles y sirvientes 4

Encarna Magín

Selecta

Capítulo 1

Finales de verano, 1812

Lady Gina Sheppard, condesa de Rothsay, se encontraba junto a su dama de compañía, Isolde Rembrandt, sacando prendas del vestidor y colocándolas sobre un lecho majestuoso de madera tallada con filigranas florales y columnas de roble oscuro que alcanzaban casi el techo. Sobre él caía una cortina de muselina blanca bordada. Las sábanas de lino marfil desprendían un aroma sutil a lavanda. La condesa miró varios vestidos, debía decidir cuáles conservar y cuáles vender. No podía llevárselo todo. En pocos días abandonarían Clarendon House, el lugar donde había vivido desde que se casó... y donde había sufrido los peores años de su vida.

Su esposo, lord Wallis Sheppard —dado al juego y la bebida— lo había perdido todo. No solo la dote que recibió tras la boda, sino también la fortuna familiar de los Rothsay, que durante generaciones había sido símbolo de poder y prestigio. Incluso sus joyas, heredadas tras la muerte de su madre, fueron entregadas en partidas de naipes.

Gina intentó contener la tristeza. Tragó las lágrimas con una dignidad que había aprendido a practicar. Acarició la seda rosa y la

muselina de un vestido de noche. Lo había lucido el día de su compromiso, en una fiesta donde aún creía que el respeto sería suficiente. En aquel entonces, Wallis la trataba con cortesía. Su matrimonio había sido arreglado —como tantos en la aristocracia— y ambos aceptaron sus papeles sin que el amor formara parte del contrato. Le enseñaron desde niña que el amor era una ilusión burguesa, no una expectativa noble.

Y sin embargo, Gina había creído que habría cordialidad y buenos momentos. Pero ya en la noche de bodas, Wallis mostró la frialdad oculta tras las normas. Le demostró que lo único que recibiría sería desprecio. Un desprecio que creció más al no poderle dar hijos. La condesa tomó el traje y lo colocó en la pila de los que serían vendidos.

—Oh, ¿estás segura, Gina? Es precioso —murmuró Isolde, ataviada con un vestido celeste adornado con encajes blancos.

—Sí, muy segura —respondió Gina, apartando la mirada—. Esta prenda no me trae buenos recuerdos.

Isolde la observó con ternura. Siempre había pensado que Gina era hermosa, con su rostro de perfil triangular y pómulos elevados. Su cabello azabache brillaba con tal intensidad que parecía contener fragmentos de luna entre las hebras. En ese instante llevaba un vestido de muselina de cintura alta en tono pastel melocotón, que hacía resaltar su piel cremosa como si la luz de la tarde se posara solo en ella.

Ambas contaban con veinticinco años. Isolde, hija ilegítima de un marqués que jamás la reconoció, tenía una belleza serena: cabello rubio claro, mirada azul profunda.

Se habían conocido de niñas, durante un verano que Gina pasó en Flandes, donde Isolde había nacido. La amistad surgió entre juegos inocentes y se mantuvo viva a través de cartas extensas, hasta que

Gina pudo convertirla en su confidente oficial.

La dama de compañía se acercó con ternura y le tomó una mano, que la condesa estrechó con cariño silencioso.

—Descansa un rato, puedo continuar yo —sugirió Isolde, sabía que su amiga sufría en silencio por culpa de un esposo que jamás la mereció.

Gina negó con un leve movimiento de cabeza.

—No te preocupes. Estoy bien —respondió. Sonrió, aunque su corazón no acompañaba el gesto.

Las ventanas de la alcoba estaban abiertas, y una brisa delicada se deslizaba por el interior, las cortinas de encaje ondeaban como susurros flotantes. El aire tenía ese matiz inconfundible que anuncia el final del verano: más fresco, con un aroma leve a tierra húmeda y hojas recién caídas. En el jardín, los rosales comenzaban a perder vigor, y el cielo, aunque aún luminoso, mostraba un azul pálido, casi melancólico. El canto de los pájaros era pausado, contenido, parecía compartir el secreto de que el calor estival estaba cediendo su trono.

En el interior, la luz dorada de la mañana se filtraba con dulzura preotoñal y acariciaba las prendas sobre el lecho como dedos invisibles cargados de nostalgia. La condesa volvió al vestidor y salió con dos atuendos más entre sus manos.

—Estos ya no me gustan —dijo con voz firme.

La pila de prendas destinadas a la venta ya duplicaba a la de aquellas que pensaba conservar.

Un crujido, apenas perceptible, resonó en la lejanía. Isolde se giró con cautela, pero Gina no lo notó. Estaba observando una prenda: el vestido escarlata con bordados dorados que había lucido durante una velada diplomática hacía dos inviernos. Una noche que también terminó en lágrimas.

La puerta del dormitorio se abrió sin ceremonia.

—¿Qué estás haciendo? —dijo Wallis, cruzando el umbral.

Vestía con desaliño: chaqueta sin abrochar, cuello arrugado, y un leve olor a licor flotando antes que él. Su cabello rubio oscuro, revuelto, dejaba ver patillas salpicadas de blanco, testigos del tiempo que no perdonaba. El rostro, antaño distinguido, mostraba ahora signos de abandono: mejillas hundidas, ojeras grises y una mirada marrón oscura perdida entre arrogancia y derrota.

Gina no respondió de inmediato. Dejó el vestido sobre el lecho y se volvió con esa expresión serena que había aprendido a fingir con maestría.

—Revisando mi guardarropa. Venderé lo que no uso. Antes de marcharnos de Clarendon House, hay que pagar al servicio. Por la cara que pones, no lo habías considerado —bufó con desesperación —. No debería sorprenderme...

Wallis la ignoró y paseó por la alcoba como un huésped despojado. Observó muebles y objetos que ya no le pertenecían. Se detuvo ante el tocador, acarició una peineta de nácar que había sido de la madre de Gina, y luego se dejó caer, sin invitación, en el sillón frente a la chimenea.

—Han embargado los caballos —dijo en un tono seco—. Y el retrato de mi abuelo ha sido retirado de la galería.

—¿Te sorprende? —replicó Gina, con una calma afilada.

—Me humillan... todos. El banquero, la servidumbre, hasta mis antiguos amigos. —Carraspeó, sin alzar la vista—. Y tú, más preocupada por los criados que por mí.

Isolde, aún junto al lecho, miró con discreción a su amiga. Sabía leer atmósferas y esta era peligrosa. Gina, sin embargo, le hizo un gesto sutil: estaba preparada.

—Los criados son personas. Como tú y como yo —respondió Gina —. Y me atrevo a decir que tienen más luces que tú. Ellos habrían

sabido cuándo parar.

Wallis se levantó de golpe y trastabilló. Tenía el rostro rojo y los puños tensos dispuestos a utilizarlos. Isolde apretó el faldón, lista para intervenir. No permitiría que le hiciera daño a su amiga.

Pero Gina alzó la barbilla y se mantuvo firme mientras él se acercaba.

—¿Cómo te atreves a faltarme al respeto? —espetó Wallis.

—Decir la verdad no es faltar al respeto —replicó, con voz dura.

—Has sido incapaz de darme hijos. Eres como un árbol marchito. Nunca me habría casado contigo de haberlo sabido.

Quería herirla. Y lo estaba consiguiendo. Los ojos verdes musgo de Gina se llenaron de lágrimas. Pero no se quebró, se negó a hacerlo.

—Si has terminado, te pido que salgas de mi alcoba —dijo con voz helada, con su cuerpo tenso hasta el dolor.

Wallis suavizó la furia. Había ido por algo más.

—Solo vine a decirte que quizá haya una forma de conservar Clarendon House.

Gina parpadeó y echó un vistazo a Isolde. Sin hablar, su amiga le advertía que no confiara en él.

—¿Cuál forma?

—Tal vez Barney Ferrell se apiade de ti.

Gina frunció el entrecejo.

—¿Apiadarse? ¿Por qué motivo?

Apenas conocía al propietario del club Ferrell's, el más famoso de Londres. Un hombre hecho a sí mismo, ingenioso, millonario y aceptado en los círculos nobles como uno más.

—He visto cómo te mira. Le gustas. Tal vez, si vas a hablar con él...

Gina lo observó incrédula. O quizá comprendiendo demasiado.

—¿Sugieres que me venda? ¿Para pagar tu deuda? ¿No fue suficiente con comerciar con las joyas de mi madre?

El conde se pasó una mano por la cara, estaba desesperado.

—Solo te pido que hables con él. Necesito tiempo. Por favor, ayúdame. He aprendido la lección y te juro que cambiaré.

Gina se acercó al lecho y se sentó. Se aferró al poste de madera, buscaba aferrarse a lo único sólido en medio del naufragio.

—Está bien. Te ayudaré. Pero será la última vez.

Wallis no dijo más. Giró sobre sus talones y desapareció por el pasillo. Dejó tras de sí un aroma de fracaso y desidia.

Isolde respiró aliviada.

—¿Estás bien?

Gina sacó el aire que retenía sus pulmones.

—Lo estaré. Ayúdame a escoger un vestido para visitar esta tarde al señor Barney Ferrell.

—¿De verdad crees en las promesas de Wallis? Siempre te ha dicho lo mismo, y nunca ha cambiado.

—Lo sé. Pero como dije, esta será la última vez que lo ayude.

Isolde le dedicó una mirada llena de afecto.

—¿Querrás que te acompañe?

—No. Iré sola.

***

Ferrell House, como él mismo la había bautizado, era una mansión nueva de ladrillo oscuro, discreta pero imponente, ubicada en una calle lateral cercana a Berkeley Square. No ostentaba escudos ni columnas altisonantes, pero cada moldura de piedra clara y cada balcón de hierro forjado hablaban de un poder silencioso.

Barney Ferrell se vestía en su alcoba para dirigirse al club. Un

biombo de seda pintada separaba el vestidor, donde trajes alineados a la perfección y zapatos lustrados hablaban de disciplina y gusto. La estancia no era suntuosa; sin embargo, cada elemento parecía elegido con estética contenida y buen gusto.

Era un espacio amplio, de techos altos y molduras talladas, donde el lujo no gritaba, pero se insinuaba en cada rincón. Las paredes, revestidas en seda color tabaco, estaban enmarcadas por paneles de nogal oscuro, que aportaban calidez y sobriedad. Un gran tapiz francés, con escenas mitológicas, presidía la pared del cabecero y transformaba la cama en un altar silencioso. El suelo, del mismo tono que los paneles, crujía apenas bajo las alfombras persas que él mismo había escogido.

Una chimenea de mármol ceniza veteado presidía el espacio; sobre la repisa descansaban un reloj de bronce, detenido en una hora que nadie se atrevía a corregir, y dos candelabros de cristal tallado, herencia de sus padres. Frente al fuego, se alineaban un sofá neoclásico de respaldo firme, tapizado en terciopelo azul y dorado, y una butaca individual de diseño clásico, girada hacia el hogar, como si alguien la hubiera ocupado hace tiempo y nadie la hubiese movido desde entonces. Las cortinas, de tela gris humo suave, permanecían siempre entreabiertas, un último gesto de conexión con el cielo antes de rendirse al sueño.

El lecho, de cuatro columnas talladas en caoba, estaba cubierto por sábanas de lino egipcio y un edredón de terciopelo burdeos. Los cojines, en tonos marfil y oro viejo, contrastaban con la sobriedad del mobiliario. A cada lado, dos mesillas sostenían lámparas de cristal tallado cuya luz tenue parecía diseñada no para dormir, sino para meditar. A los pies de la cama, una banqueta tapizada en cuero servía de apoyo para los momentos de descanso.

Frente al lecho, una vitrina de madera negra contenía obsequios

enviados por su amigo, el capitán Robert Horner: un catalejo, una daga persa y una pluma de ave exótica, que flotaba en su estuche como una promesa sin destino.

Barney miró de reojo su reloj de bolsillo, que permanecía sobre una cómoda, donde una bandeja de cristal contenía frascos de perfume y gemelos. Cinco y media. Permanecía de pie frente al espejo del vestidor sin observar su reflejo. Estudiaba los pliegues sobre sus hombros, como si la tela guardara confesiones aún por hacer. Poseía un atractivo hipnótico que no pasaba desapercibido a ninguna mujer. Ojos color canela, expresivos y tranquilos; cabello oscuro, peinado con sobriedad hacia un lado. Pero lo que lo distinguía era su físico corpulento, vestigio de una breve etapa como boxeador.

El ayuda de cámara, eficiente y silencioso, se movía con pulso entrenado. Barney lo observaba con respeto; lo mantenía unido a un pasado que no deseaba borrar, cuando él también servía.

Sin pronunciar palabra alguna, el asistente le presentó el frac de lana azul noche sobre una percha de madera. Ferrell alzó los brazos y el chaleco de color marengo, abotonado con discreción, se ajustó bajo el frac como una segunda piel. El hombre no se adornaba: se construía. Cada botón cerraba una intención. Cada pliegue seguía una lógica que solo él comprendía.

La corbata de muselina negra fue ofrecida con reverencia. Barney la ató él mismo, como cada noche, con esa elegancia exacta que había aprendido en el pasado cuando era un ayuda de cámara. Mientras el asistente le ofrecía los guantes y el sombrero de copa baja, él se acercó al aparador. Tomó su reloj de bolsillo y lo guardó sin consultarlo. La hora real no le importaba, solo la que él marcaba.

Cruzó el umbral sin prisa. Fue entonces cuando el mayordomo, hombre robusto y de baja estatura, irrumpió en la alcoba con una

urgencia controlada.

—Señor Ferrell, tiene una visita.

Barney alzó una ceja. No esperaba a nadie.

—¿De quién se trata?

—Lady Gina Sheppard. La condesa de Rothsay.

Capítulo 2

Gina estaba sentada en el sofá del salón de invitados de Ferrell House. Mantenía la espalda erguida, las manos cruzadas sobre el regazo. No tocaba nada, no se acomodaba como haría cualquier visita. En el fondo, estaba allí por un único motivo: ablandar el corazón de Barney, despertar en él una brizna de piedad hacia su esposo. Hacia ella.

Miró a su alrededor. La estancia no era amplia, pero sí proporcionada a la perfección, como si cada centímetro hubiese sido medido con intención. Las paredes enteladas en seda marfil absorbían el eco de las voces, y los moldes de escayola en el techo dibujaban geometrías discretas que no distraían, pero tampoco permitían olvidar dónde se estaba.

El sofá rococó, tapizado en damasco azul cielo, ocupaba el centro del salón con una presencia serena pero incuestionable. Los hilos entretejidos en la trama dibujaban patrones sutiles que solo se revelaban bajo la luz oblicua. A cada lado, dos sillones a juego, algo girados hacia la chimenea, completaban el conjunto con simetría discreta. Frente a ella, el fuego aún dormía entre dos columnas imponentes, esperaba las primeras noches frescas del otoño. Sobre

la repisa, un jarrón de porcelana oriental sostenía ramas de lavanda, cuyo aroma flotaba en el aire como una presencia discreta.

Las ventanas altas, vestidas con cortinas de lino crudo, dejaban pasar una luz tamizada que acariciaba el ambiente. En una esquina, una mesa auxiliar de caoba sostenía una bandeja con copas de cristal tallado, intactas, aguardaban en silencio una conversación que todavía nadie se había atrevido a comenzar.

Gina enderezó la espalda al oír el eco de los pasos en el pasillo. Y entonces Barney cruzó el umbral con paso contenido, como quien entraba en un espacio que conocía demasiado bien y que, sin embargo, había cambiado sin avisar.

Ella estaba allí, sentada con la espalda recta y las manos cruzadas con una elegancia que no pedía permiso. Parecía esperar sin esperar, con la certeza de alguien cuya presencia había sido decidida mucho antes de llegar. Se puso de pie y Barney se detuvo. Algo dentro se removió y lo dejó sin palabras. Parecía que la luz tamizada de la tarde, que se filtraba entre las cortinas, la hubiera moldeado.

El vestido lavanda pastel, discreto pero imposible de ignorar, caía con una precisión medida. No con la gracia ensayada de las debutantes ni con la provocación de las cortesanas, sino con una gravedad propia, como si cada hilo bordado llevase historia.

Durante años había visto a condesas, duquesas, baronesas, incluso princesas. Todas llevaban adornos, palabras dulces, muecas ensayadas. Gina no tenía nada de eso. Solo una mariposa antigua en el escote, unos ojos verdes musgo que no evitaban mirarlo, y un silencio que exigía respeto. Porque esa mujer que ahora lo observaba no iba a suplicar. Y si lo hacía, no sería por él.

De pronto, el salón, que siempre había sido un escenario de control, lo sentía invadido por algo que no sabía nombrar. No era incomodidad. No era sorpresa. Era otra cosa. Algo que se alojaba

justo debajo del esternón, donde el deseo solía disfrazarse de certeza. No podía dejar de contemplarla. Gina siempre le había gustado, pero eso no era solo atracción. Si lo fuera, sabría cómo lidiar con ello, como había hecho tantas veces con mujeres que no dejaban huella más allá del lecho. Esto era otra cosa más intensa, tanto que lo había vaciado de palabras. El modo en que ella ocupaba el espacio sin pedirlo. El modo en que su silencio decía más que las palabras. Esa presencia plena que inundaba su interior. Y eso, él no lo había previsto.

Barney se quedó de pie. Sus ojos color canela se fijaron en la figura que avanzaba con paso sereno.

—Lady Gina Sheppard —dijo sin entonación, mientras se inclinaba con cortesía—. No esperaba su visita.

La condesa lo observó con esa quietud suya que no era falta de palabras, sino selección calculada.

—Espero no importunarle —murmuró, extendiendo una mano para que se la besara.

Ferrell dejó que el silencio se alargara antes de posar los labios sobre el dorso enguantado. Su respiración se intensificó: era la primera vez que la tenía tan cerca, y algo dentro se agitó. Se incorporó con rapidez, sin alterar el rostro, y señaló el sofá rococó.

—No lo hace, milady. Por favor, siéntese.

—Gracias, señor Ferrell.

Ella tomó asiento. Él no pudo evitar admirar sus movimientos suaves, casi coreografiados. A pesar de la fascinación que sentía por la dama, sabía que estaba allí por su esposo.

—Supongo que su visita se debe al conde... y su deuda —señaló él sentándose en una de las butacas.

Gina lo miró con intensidad, mantenía una postura firme, templada.

—Así es, señor Ferrell.

En ese instante, el mayordomo y un lacayo irrumpieron con discreción.

—Me he tomado la libertad de pedir que nos sirvan té con unas galletas.

Ella sonrió, apenas.

—Gracias.

Los sirvientes se dispusieron a servir. El té desprendía un aroma envolvente a bergamota y flores secas, con una nota cítrica que no acariciaba, sino que despejaba el pensamiento. En el fondo, un susurro de vainilla y madera tostada, como si el invierno se hubiera colado en la porcelana. La bandeja de galletas fue colocada sobre la mesita frente al sofá, que hacía juego con la que había en el rincón. Estaban recién horneadas y esparcían perfume a mantequilla y almendra.

Barney hizo un gesto leve y los sirvientes se retiraron. El salón quedó en silencio. Gina lo observó mientras él tomaba el primer sorbo. No era el aroma ni el gesto al llevarse la taza a la boca lo que la retenía. Era la forma en que sostenía el asa: con pulso firme, como si ese momento cotidiano también fuera parte de su arquitectura. Lo vio beber sin prisa, sin mirar el contenido, contemplándola por encima del borde, quizá guardando en ese sorbo un secreto imposible de pronunciar.

Pero a Gina no se le escapaban los detalles. La tensión en sus hombros. La forma en que la miraba, con la convicción de que sus ojos guardaban un alfabeto que él creía que ella no entendía. Pero lo entendía. Y en ese instante supo que la deseaba.

Gina bajó la mirada y tomó su taza con suavidad, intentó que Barney no percibiera su descubrimiento. El aroma la envolvió, pero no la distrajo.

—Está delicioso —musitó.

Ferrell apoyó la taza con precisión ritual. El aroma persistía, mas él ya no lo sentía. Sentía a Gina. Carraspeó antes de contestar.

—Mi paladar se ha acostumbrado a los tés más exclusivos.

—Es fácil habituarse a los placeres que da el dinero. Lo duro es perderlo todo.

Ella lo observaba con expresión serena. Esperaba una reacción. Y no la decepcionó.

—Lo que pierden unos, otros lo ganan.

Barney no era hombre de contemplaciones. En sus gestos, sus palabras, sus silencios, había siempre una línea trazada con pulso firme. Pero ahora, frente a ella, eso se quebraba. La gustaba, sí. Pero lo que lo perturbaba no era el deseo: era la necesidad de entender por qué anhelaba mucho más que su cuerpo. Cada vez que la miraba, algo en él se recogía. Como si ella le recordara al hombre que aún no era, pero que podría llegar a ser si la tuviera cerca. Aunque Gina no le pertenecía. Estaba casada con el conde de Rothsay.

—Usted siempre gana, ¿verdad? —soltó la condesa con acidez, con los dedos apenas rozando la porcelana caliente.

Barney torció la boca en una mueca.

—Nunca he obligado a nadie a apostar, milady. No me culpe por los defectos de su esposo.

—¿Alguna vez ha apostado algo que no estaba dispuesto a perder?

Ferrell no respondió de inmediato. El silencio se estiró como un hilo tenso entre ambos. El eco de la bergamota seguía flotando; sin embargo, lo que pesaba ahora era otra cosa. Él se apoyó en el respaldo, despacio. No por cansancio, por defensa.

—Milady, jamás apostaría algo que me importara. Y jamás enviaría

a mi esposa a solucionar los problemas que yo mismo he creado.

Ella miró su taza, avergonzada. Pero era fuerte y no se dejaría intimidar. Alzó la cabeza y posó sus ojos en los de él.

—Mi esposo se equivocó. Está arrepentido de haberse jugado Clarendon House...

Barney la interrumpió.

—¿Qué quiere, milady?

—Que le dé más tiempo para reunir el dinero.

—Estamos hablando de más de ochenta mil libras.

Ella se removió en el asiento.

—Lo sé. —Inspiró hondo—. Apelo a su bondad, señor Ferrell.

Barney dejó la taza sobre la mesita auxiliar. Se acomodó en su sillón, cruzó los pies a la altura de la rodilla, colocó los codos en los brazos del sillón y entrelazó los dedos bajo la barbilla. Evaluó a la condesa. En ese instante, el dinero no le importaba. Había algo que deseaba por encima de todo. Y era a ella.

—Pase una noche conmigo... y me olvidaré de la deuda.

El silencio que siguió a la propuesta fue distinto a todos los anteriores. No era tenso. Era afilado. Gina lo miró, incapaz de reconocer en él al hombre que había sostenido la taza con elegancia ni al que había besado su mano con contención. Sus ojos se enturbiaron, no por lágrimas, sino por algo más hondo: desprecio contenido.

—¿Eso es lo que cree que valgo? —preguntó ella, sin elevar la voz.

Barney no respondió, no porque no tuviera palabras, sino porque sabía que cualquiera sería un error.

Gina se puso de pie. El vestido lavanda pastel cayó con precisión, como si la gravedad misma la protegiera. Caminó hacia la ventana, sin prisa, sin temblor; la luz tamizada acarició su perfil.

—Durante años he sido la esposa de un hombre que juega con lo

que no puede perder. Y ahora usted me propone jugar con lo único que aún me pertenece.

Ferrell se incorporó, pero no se acercó. Sabía que el siguiente movimiento no le correspondía. Gina apoyó una mano en el marco de la ventana. Miró hacia el jardín, mas no lo vio. Lo que distinguía era otra cosa. Clarendon House. Su esposo. Su nombre. Su historia. ¿Valía la pena sacrificarse por todo eso? La respuesta emergió al instante, entonces inspiró hondo. Se volvió despacio. Sus ojos ya no estaban turbios. Estaban decididos.

—Una noche. Y después... usted olvidará la deuda.

Ferrell asintió, sin triunfalismo. Porque sabía que no había ganado. Ella había elegido. Y eso lo cambiaba todo.

La condesa caminó hacia la salida con el porte férreo de quien no negociaba consigo misma. Antes de cruzar el umbral, se detuvo. Se volvió despacio, lo miró a los ojos y dijo:

—Mañana. A las nueve.

Su voz no tembló. No era una invitación. Era una sentencia. Él no respondió, sabía que no había margen. Era eso o nada, entonces asintió.

Barney se quedó de pie, mirando la puerta por la que ella había salido sin volver la vista atrás. El salón seguía intacto: la taza sobre la mesa, el aroma de bergamota flotando como un eco, las galletas sin tocar. Pero él ya no estaba en ese salón. Estaba dentro de sí mismo, en un lugar que no visitaba a menudo.

—Una noche... —musitó.

Las palabras resonaron como una promesa y una condena a la misma vez. No era el trato lo que lo inquietaba, era el modo en que ella lo había aceptado: sin súplica, sin lágrimas, sin odio.

Barney se sentó despacio, como si el sillón ya no lo reconociera. Entrelazó los dedos, apoyó los codos en los brazos del asiento y, por

primera vez en mucho tiempo, no pensó en dinero, ni en poder ni en estrategia. Pensó en ella, en la forma en que lo miró antes de aceptar su proposición indecente. En el silencio que dejó atrás. En lo que había en sus ojos: ni derrota ni entrega. Solo elección, y eso lo desarmaba. El reloj sobre la repisa marcaba una hora cualquiera. Pero para Barney, el tiempo acababa de dividirse en dos: antes de Gina, y después de ella.

Capítulo 3

En cuanto Isolde fue informada del regreso de la condesa a Clarendon House, no esperó. Subió las escaleras con paso decidido y con el corazón acelerado por la inquietud. Al entrar en la alcoba, la encontró sentada en el lecho, cabizbaja, los hombros temblorosos, luchando contra el llanto.

—Dios mío, Gina, ¿qué ha pasado? —preguntó, acercándose a toda prisa.

Se arrodilló frente a ella, tomó sus manos entre las suyas, como si pudiera sostenerla desde ahí.

—Barney... —susurró Gina, sin levantar la mirada—. Ha dicho que olvidará la deuda de Wallis si paso una noche con él.

Isolde se quedó helada. Su rostro perdió el color.

—¡Qué sinvergüenza! Supongo que le has dado un bofetón por atreverse a tanto.

Gina se levantó. Empezó a pasearse por la estancia, aferraba una mano con la otra, tratando de sostenerse en ese gesto mínimo.

—He aceptado, Isolde. No tenía otra opción.

Su amiga se acercó, la tomó por los hombros para que se detuviera.

—Gina... —musitó mientras la abrazaba con fuerza, comprendía el tormento que debía estar atravesando—. La culpa es de tu esposo. Él debería protegerte, no lanzarte a los brazos de otro para saldar sus deudas.

—No sé cómo voy a soportarlo —confesó Gina, con voz temblorosa—. El único hombre con quien he intimado en mi vida ha sido Wallis, y no tengo buenos recuerdos. ¿Y si Barney es peor que él?

Isolde entrecerró los ojos, colocó las manos en las caderas y alzó la barbilla.

—Entonces lo golpeas con el atizador de la chimenea. Y no te preocupes, yo te ayudo a cavar un hoyo en el jardín.

La condesa soltó una risa inesperada. Isolde rio también. Ese instante, breve pero luminoso, logró cambiar el aire en la habitación.

—No sé qué haría sin ti —dijo Gina, tomando sus manos y apretándolas con cariño.

—Siempre estaré a tu lado, en lo bueno y en lo malo. ¿Qué tal si bajamos a cenar? Wallis llegará tarde. Ha dicho que no lo esperemos. El comedor es todo nuestro.

La sonrisa se borró del rostro de Gina. Su esposo le había prometido cambiar si lo ayudaba. Pero su instinto le decía que, en ese instante, estaría jugando otra vez... o en Marylebone, en casa de la señorita Tate, la furcia más famosa de Londres. Ella fingía no saberlo, pero las habladurías en los salones de té, bailes y cenas de la aristocracia habían llegado a sus oídos.

—No tengo mucha hambre. Quiero darme un baño. Tomaré algo ligero aquí, en la alcoba.

Isolde asintió. Besó la mejilla de su amiga con ternura.

—Está bien. Nos vemos mañana. Buenas noches.

—Buenas noches.

Clarendon House estaba en silencio. No el silencio del abandono, sino el que precede a algo nuevo. Gina caminó despacio hacia el vestidor, con una bata de lino blanco que rozaba el suelo como una nube. Un sirviente le había preparado el baño, pero se había retirado sin decir palabra. Sabía que ese momento no era para compartir.

La bañera de porcelana estaba llena de agua tibia, humeante, como un lago en la niebla. Sobre una pequeña mesa auxiliar, diminutos frascos de cristal esperaban su elección. Gina los observó. Tomó el primero: lavanda. Vertió unas gotas, y el aire se llenó de un aroma suave, como el abrazo maternal que se esperaba al final del día. Luego eligió sándalo, profundo y terroso, como si el bosque entrara en la habitación. Por último, añadió pétalos de rosa, que flotaron sobre el agua como promesas de suaves besos sobre la piel.

Se quitó la bata sin prisa. Su cuerpo, marcado por la vida, no temía al espejo. Se sumergió con lentitud y dejó que el calor la envolviera, que el perfume la acariciara. Suspiró profundo y cerró los ojos. Se vio a sí misma, corriendo por los jardines, soñando con libertad, cuando nada importaba, salvo las risas de juegos compartidos con otros niños como ella. Pero entonces recordó a Barney, su mirada firme, su cuerpo varonil, sus elegantes movimientos mientras tomaba el té. Mañana a esa hora estaría con él, y entonces la respiración se atascó en sus pulmones.

Desterró a Barney de su mente. El agua la sostenía. Cada gota lavaba el miedo. Cada pétalo flotante era una caricia que la calmaba. Se dijo a sí misma que no era propiedad de nadie, ni de Wallis ni de Barney. Era Gina. Una mujer que luchaba por sobrevivir en un mundo gobernado por hombres.

Cuando salió del agua, el vapor había desaparecido. El aire olía a lavanda, a sándalo, a rosa, como si el mundo hubiera cambiado mientras ella se bañaba. Se puso un camisón de seda vainilla con su

bata a juego. Se sentó en el *chaise longue* frente a la chimenea. Había pedido que encendieran el hogar después de llevar semanas apagado, y los troncos chispeaban con renovada vigorosidad. Su calidez la reconfortó. A pesar de no tener apetito, se tomó un té y un sándwich.

Se quedó allí, medio tumbada, mirando las llamas. Las cortinas estaban cerradas; la luz de las velas en los candelabros era reconfortante. Gina sintió paz y dejó que esa sensación la abrazara antes de meterse en la cama. Sin embargo, duró poco.

La puerta se abrió sin ceremonia, Wallis entró con el rostro cansado, el cuello de la camisa desabrochado, los ojos sin brillo. Empezó a toser y se tapó la boca con la mano.

—¿Te encuentras bien? —inquirió su esposa.

El conde alzó una mano y la agitó con suavidad.

—Ya... ya está pasando —manifestó casi sin voz, tosiendo una última vez.

—Tendrías que llamar al médico.

—No hace falta, solo es un constipado sin importancia —dijo, mirando las llamas de la chimenea, agradeció la tibieza que proporcionaban a la estancia—. He debido coger un poco de frío.

—Tómate una infusión antes de meterte en el lecho.

—¿Cómo te ha ido con Barney? —preguntó, como quien pregunta por el clima.

Gina se alzó, no por sorpresa, sino por rabia.

—¿Eso es lo único que te importa?

Wallis se encogió de hombros. Se sentó en el borde de la cama, sin mirarla.

—Barney se olvidará de la deuda si... —tragó saliva— si paso una noche con él.

Ella lo miró. No había rabia en los ojos de su esposo, como cabría

esperar, solo un atisbo de alivio. No dijo «gracias». No dijo «lo siento». Solo asintió sin dramatismo.

—Claredon House me seguirá perteneciendo —manifestó alzando la barbilla con orgullo.

Gina se levantó despacio. Caminó hacia él y se detuvo a medio paso.

—¿No vas a preguntarme cómo me siento?

Wallis la miró por fin, y la tristeza en los ojos verdes de su esposa no lo conmovió. No porque no le importara, sino porque Claredon House y su apellido le importaban más que ella. El silencio se instaló entre ambos. No era tenso, era definitivo.

Gina cabeceó resignada. Sabía que no significaba nada para su esposo, y ni tan solo lo disimulaba. De inmediato volvió al *chaise longue* y se sentó. Por primera vez en mucho tiempo, lloró sin ruido.

Wallis no dio cuenta, empezó a sudar. Se encontraba cansado y supuso que era por efecto del constipado.

Ella giró el rostro.

—¿Te parece bien vender a tu esposa para saldar tu deuda? —censuró con el llanto atascado en el pecho.

Él se removió en el borde de la cama. No sabía si acercarse o quedarse donde estaba. Optó por permanecer donde estaba.

—No hagas un drama. Debes entender que es necesario.

—¿Necesario para ti o para mí? —recriminó la condesa, apretó los puños en su regazo.

El conde no respondió. Bajó la mirada y el silencio lo envolvió como una tela pesada.

—Por favor, vete —pidió ella.

Wallis se alzó y se marchó sin decir nada. Ella escuchó cómo volvía a toser. El sonido se fue disipando a medida que se alejaba. Y entonces, se tapó la cara con las manos y permitió que las lágrimas

salieran libres. Porque a partir de esa noche, ya no volvería a darles ninguna oportunidad.

***

Era una mañana gris en Londres. Una lluvia fina, persistente, empapaba las calles y tejados, como si el otoño hubiera decidido instalarse sin pedir permiso. Barney se encontraba en su club de caballeros, Ferrell's, un edificio elegante de dos plantas situado a escasos pasos de Fleet Street, donde el bullicio de la ciudad nunca cesaba.

El sótano albergaba una cocina que podría rivalizar con la del mejor chef: mármol blanco, cobre reluciente y el aroma constante de pan recién horneado. En la primera planta se extendía un comedor de techos altos, tres salones decorados con terciopelo y madera noble, y el murmullo discreto de conversaciones entre socios. La segunda planta era territorio de juego: tres salas con mesas de cartas, un salón privado donde las apuestas alcanzaban cifras escandalosas y el despacho de Barney, que había acabado de remodelar hacía pocas semanas.

La oficina era su templo de poder y discreción. Las paredes estaban revestidas de paneles de caoba oscura, interrumpidos por estanterías repletas de libros encuadernados en cuero, muchos de ellos piezas decorativas que añadían a la estancia un toque lujoso. En el interior de la chimenea, situada en el centro de la pared opuesta a la puerta, ardía un fuego generoso que combatía el frío húmedo del exterior con su calor envolvente. Su diseño, majestuoso y refinado, dominaba la estancia con natural autoridad. La repisa, de mármol blanco de Carrara, brillaba como porcelana bajo el titilar de las llamas, pulida con tal esmero que parecía reflejar el tiempo

mismo. A cada lado, las pilastras acanaladas ascendían con elegancia, coronadas por capiteles corintios tallados en relieve, donde las hojas de acanto se desplegaban con la delicadeza de un encaje petrificado.

El escritorio, una pieza imponente de roble macizo, estaba ordenado con cuidado: un candelabro de varios brazos, pluma de ave con tintero de cristal tallado y una bandeja de plata con correspondencia aún sin abrir. Tras él, una butaca nueva que resplandecía a la espera de que se le diera uso. Frente al escritorio, dos sillones bajos invitaban a los visitantes a sentarse, pero no a relajarse.

Dos ventanas altas, con cortinas pesadas de terciopelo granate, dejaba entrever la silueta de Londres bajo la lluvia. En una esquina, había un mueble bar con whisky escocés, coñac francés y un decantador de cristal tallado. Todo en ese despacho hablaba de tradición, poder y un gusto exquisito por los detalles.

En el ambiente flotaba una fina niebla de puros recién fumados y había varios vasos de licor esparcidos aquí y allá, unos vacíos y otros aún con algún sorbo, testigos mudos de que se habían tomado decisiones importantes apenas unos instantes antes. La puerta doble permanecía abierta, y el eco de las suaves risas y murmullos del duque de Larsen, el conde de Brewton, el marqués de Cherfield y del conde de Harding y su hijo se desvanecían mientras descendían por el pasillo hacia la planta inferior.

Junto a ellos, el baronet sir Bryce Horner y Barney habían formado una sociedad para construir un lujoso hotel en Olympo Park. La intención era crear un santuario al estilo de Bath, un lugar donde aliviar los males del cuerpo y del alma.

—No pareces muy contento, teniendo en cuenta que, gracias al duque, ganaremos grandes sumas de dinero con este proyecto —

comentó Bryce.

El baronet estaba sentado en uno de los dos sofás colocados frente a la chimenea. Eran canapés de tres plazas, tallados en madera oscura, con respaldo recto y tapizado en damasco pálido, irradiaban una elegancia sobria y atemporal. Bryce era alto y robusto, su cabello oscuro empezaba a mostrar signos de canas prematuras, una señal inequívoca de que se acercaba a la cuarentena. Sus ojos, de un gris profundo, observaban a su amigo con interés.

Barney, en el otro sofá, tenía la mirada fija en el vaso vacío que sostenía entre las manos. El aroma del coñac francés seguía adherido al cristal, reacio a desvanecerse. Era una fragancia envolvente, cálida, con notas de albaricoque maduro, vainilla y roble tostado, un sorbo de otoño guardado en vidrio.

—Estaba pensando en otra cosa —dijo Barney alzando la mirada.

Bryce lo conocía bien. Las damas suspiraban por él. No solo era un hombre de éxito, sino que su aspecto varonil y su arte de seducción eran trampas de miel en las que incluso las abejas más rebeldes terminaban cayendo.

—¿En una mujer? —inquirió el baronet, acomodándose mejor en su asiento.

Barney sonrió sin humor. Lo cierto era que no podía dejar de pensar en Gina. Ella, sin haberlo tocado, lo estaba marcando como un hierro candente que no podía esquivar. La entereza que emanaba, que había visto el día anterior cuando lo visitó en su hogar, aún lo mantenía perplejo. Admiraba esa dignidad con la que hablaba, con la que caminaba, como si nada ni nadie pudieran doblegarla. Era especial, como una pieza rara que solo podía admirarse. Y tendría el privilegio de pasar una noche con ella.

De refilón miró el reloj de pie, una reliquia que había llegado a sus

manos por la deuda de un cliente. Su péndulo se movía con precisión, y las manecillas le anunciaban que aún quedaba para las nueve de la noche. Barney suspiró, se levantó y dejó el vaso en la repisa de la chimenea. El calor de las llamas lo envolvió en una agradable sensación, y permaneció allí de pie, de espaldas al fuego, mirando a su amigo.

—La única mujer que me importaría conocer a fondo está fuera de mi alcance.

Bryce alzó las cejas, sorprendido.

—Que estén casadas no te ha supuesto ningún problema.

—Esta es diferente. Merece que se la trate como a una reina.

El baronet se levantó.

—Te estás enamorando, Barney. Conozco los síntomas. Sé de lo que hablo. Yo lo sigo de mi esposa Clara, aunque ella ya no esté entre nosotros.

Su amigo no le llevó la contraria. Nunca se había tomado la molestia de conocer a ninguna mujer, de desear algo más que sus cuerpos. Sin embargo, había visto a sus mejores amigos enamorarse de sus esposas poco a poco. Esa conexión construida a base de sonrisas y miradas cómplices. Sus pieles erizadas cuando estaban cerca. Era como vivir en un mundo de sensaciones que llevaban al Edén. Sería hermoso conectar con alguien de esa manera tan profunda, y empezaba a pensar que Gina estaba echando raíces demasiado hondas. Sería su perdición si dejaba que pasara. Decidió cambiar de tema.

—¿Has recibido carta de tu hermano Robert?

Bryce sonrió con afecto.

—Sí. Robert y Denise están en Italia. Pasarán una temporada allí y luego recorrerán las islas griegas.

—Me alegro de que sean felices. ¿Y tú? ¿Cómo va la búsqueda de

una nueva esposa?

El baronet soltó una sonora exhalación.

—No hay ninguna dama que me llame la atención.

—Todo depende de lo que busques.

—Me gustaría alguien como lady Eleanor Blackwood. —Sus ojos grises brillaron al recordarla—. Tiene una belleza delicada, un porte elegante, y es toda una dama.

Barney lo observaba con interés. Era la primera vez que veía a Bryce emocionado al hablar de una mujer que no fuera su esposa fallecida.

—¿Te has planteado proponerle matrimonio?

—¿Te has vuelto loco? —soltó en tono grave. La mera idea lo irritaba y entristecía a partes iguales.

—¿Es por el escándalo de su padre?

—¡Oh, Dios! —exclamó ofendido—. ¿Cómo puedes pensar que eso me afecte? No soy tan superficial. Ella no tiene la culpa de los pecados de su padre.

—Lo sé, lo sé... Disculpa si te he molestado. Pero entonces no entiendo qué te impide proponerle matrimonio.

El semblante del baronet se ensombreció.

—Ella estaba enamorada de mi hermano. Además, me dijo que si alguna vez se casaba sería por amor. Y yo le puedo ofrecer todo menos amor. Clara siempre será dueña de mi corazón. Es algo que no puedo evitar...

Barney se acercó, tomó la botella de coñac y vertió un sorbo en el vaso de su amigo. Luego se sirvió otro para él.

—Desde que se fue a Bath no la has vuelto a ver. Quizá ha reflexionado.

—No. Ella no es una candidata.

—Pues tendrás que buscar a otra.

Bryce no contestó. Se limitó a beber su licor. Barney miró de nuevo el reloj. Apenas habían pasado quince minutos desde la última vez que le echó un vistazo. Sin duda, el día se le haría largo. Solo deseaba que llegaran las nueve de la noche para poder disfrutar de Gina, una mujer que le estaba robando el aliento. Y lo peor de todo era que no le importaba.

Capítulo 4

Llegó la noche. En la alcoba de Gina las cortinas estaban cerradas; las velas, encendidas. Sobre el lecho descansaba un vestido de terciopelo azul oscuro, con reflejos plateados que centelleaban como rayos de luna al temblor de las llamas del hogar. La condesa deslizó los dedos por la tela, estremecida por su suavidad. Pensó que era demasiado elegante para lo que estaba por suceder.

—¿Estás segura de que quieres ponerte este atuendo? —susurró Isolde, temerosa de romper el silencio que envolvía la habitación.

—Preferiría ir ataviada con un saco de harina. Pero mi dignidad no lo soportaría.

—Lo sé —respondió con tristeza, mientras alzaba la prenda.

Gina, resignada, dejó que el vestido resbalara por su cuerpo. Isolde la ayudó a colocárselo. El escote en V insinuaba la clavícula con discreción; las mangas largas y ceñidas terminaban en puños bordados con hilo plateado. El corte imperio realzaba su figura con elegancia sobria. Era un vestido hecho para una reina de otoño. Para una mujer que no se doblegaba, aunque la obligasen a inclinarse.

Isolde la contempló y frunció el ceño.

—Estás demasiado hermosa para lo que pretende Barney —

murmuró—. Ningún hombre tiene derecho a coger lo que se le antoje. ¿Cuándo cambiarán las cosas para nosotras?

Gina no respondió. Hacía tiempo que había dejado de hacerse esa pregunta. La realidad fue un mazazo a sus aspiraciones y ahora solo sobrevivía. Se sentó ante el tocador e Isolde se colocó tras ella y comenzó a peinarla. Sus dedos temblaban al recogerle el cabello azabache en un moño bajo. Gina lo notó, tomó su mano con ternura y la miró a través del espejo.

—Sé que esto es tan difícil para ti como para mí. Si lo prefieres, puedes irte a tu alcoba. Puedo seguir sola.

—No. Ahora más que nunca necesitas que esté a tu lado.

—Gracias... —susurró, con las lágrimas atoradas en el pecho.

Isolde, en silencio, fue al vestidor. Regresó con frascos y pomadas que colocó en la mesa. La luz de las velas dibujaba sombras sobre el tocador.

—Ya eres bella. No necesitas nada de esto —dijo mirando su reflejo.

—Lo necesito para sentirme fuerte.

—Entonces lo haremos juntas.

Gina asintió. No era vanidad, era preparación. Como el guerrero que se armaba antes de entrar en batalla. Isolde aplicó polvo de arroz con una borla suave, e igualó el tono de su piel sin borrar la expresión.

—Tu piel está impecable. Esto solo oculta el cansancio. ¿*Rouge*?

Gina dudó, luego asintió. Isolde abrió el estuche de carmín natural, elaborado con raíz de alkanna y aceite de almendra. Con la yema del dedo, aplicó un toque en las mejillas.

—Solo un suspiro de color. Que parezca el roce del aire frío en tu piel.

Para los labios, eligieron una pomada de rosa y sándalo. El tono

rojizo era sutil, como si Gina hubiera mordido una granada.

—No quiero parecer provocativa.

—No lo eres. Pareces viva. Audaz. —Apretó su hombro con afecto —. Y eso es lo que más les molesta. ¿Qué te apetece para los ojos?

—Nada. Que sean espejos. Que vean lo que siento, el desprecio por su chantaje. Tal vez la vergüenza lo atormente toda la noche.

—Dudo que tenga vergüenza. Ellos destruyen y nadie les reclama. Son... —Calló antes de que su lengua se soltara—. Voy por los perfumes.

El suelo crujió bajo sus pasos. Regresó con una caja de madera, de la que sacó un frasco.

—¿Jazmín?

—Demasiado dulce e inocente. No soy una debutante con ideas románticas en la cabeza.

—¿Sándalo y ámbar?

Gina lo olió y asintió. Era cálido, terroso, fortalecía su alma. Isolde lo aplicó en muñecas, detrás de las orejas, como si consagrara a una sacerdotisa.

—¿Joyas?

La condesa eligió unos pendientes de oro viejo, discretos y dignos. Se levantó y se miró en el espejo de cuerpo entero. Se había vestido para enfrentar lo inevitable sin perderse a sí misma. Sus ojos brillaban, no por lágrimas, sino por una mezcla de miedo y determinación. Miró a su amiga.

—¿Crees que podré soportarlo?

Isolde se acercó y le tomó el rostro entre las manos.

—No tienes que soportarlo sola. Estaré aquí cuando regreses. Te prepararé té. Te haré reír. Y si hace falta, quemamos su casa.

Gina soltó una risa nerviosa. Se abrazaron.

—Gracias por no dejarme caer.

—Nunca lo haré.

Un golpe en la puerta las sobresaltó. El mayordomo anunció que el cochero estaba listo. Barney la esperaba. Gina se puso la capa. Isolde le colocó los guantes con delicadeza, cada gesto era una forma de protegerla.

Antes de salir, la condesa se detuvo en el umbral.

—Si no regreso...

—Regresarás —la interrumpió Isolde—. Y si no lo haces, iré por ti. Con el atizador. Y con una pala.

Gina sonrió y cruzó la puerta. Dejó atrás el perfume de sándalo y la mirada firme de una amiga que no permitiría que la oscuridad se la llevara.

***

Ferrell House estaba en silencio, como si el tiempo se hubiera detenido para dar paso a lo inevitable. El reloj de pie marcó las nueve con un sonido grave y solemne. Barney sintió cómo su pulso se aceleraba. Se acercó al gran ventanal del salón, desde donde podía ver la entrada principal.

Allí estaba ella.

Gina descendía del carruaje con la gracia de una reina. Llevaba un vestido de terciopelo azul noche que abrazaba su figura con elegancia. Su cabello recogido dejaba al descubierto la línea de su cuello, y una capa ligera caía sobre sus hombros como una caricia. No llevaba joyas, salvo unos pendientes de oro viejo que brillaban con discreción. No necesitaba más.

Barney fue a recibirla. El mayordomo abrió la puerta y el aire frío de la noche se coló en el *hall*. Sin embargo, la presencia de Gina lo calentó todo.

—Buenas noches —saludó ella con una sonrisa serena.

—Buenas noches, milady. Está... radiante.

Ella bajó la mirada, sin duda el cumplido la incomodaba. Entró, y él la ayudó a quitarse la capa. Sus dedos apenas rozaron la piel de sus brazos, pero fue suficiente para que ambos sintieran el temblor.

—¿Le apetece una copa? —preguntó Barney, intentando mantener la compostura.

La dama lo observó un instante, sorprendida. Había supuesto que la llevaría a su alcoba, sin espacio para palabras ni miradas. Después de todo, estaba allí por un motivo. Aun así, se comportaba como un caballero.

—Sí, gracias.

Se dirigieron al salón. La chimenea crepitaba con suavidad, y el ambiente estaba impregnado del aroma del coñac y la madera quemada. Barney se detuvo al borde del salón, con la levita granate ceñida a su figura y el chaleco marfil brillando bajo la luz de las velas. La *cravat*, anudada con esmero, parecía una declaración silenciosa de elegancia.

Cuando Gina giró hacia él, el terciopelo azul de su vestido captó los reflejos plateados del candelabro, como si el cielo nocturno se hubiera rendido a su presencia. Por un instante, el murmullo del salón se desvaneció: eran solo ellos dos, ataviados para una cita que parecía escrita por el destino.

Barney carraspeó. Era incapaz de gestionar sus emociones, pero se obligó a mostrarse sereno. Se acercó a la bandeja de licores, le sirvió una copa y se la ofreció. Ella la tomó con elegancia. Sus manos se rozaron. No hubo disculpas, solo miradas intensas.

—¿Quiere emborracharme para que no ofrezca resistencia? —preguntó Gina, directa.

Barney guardó silencio unos segundos. Se ajustó la *cravat* no por

vanidad, sino por nerviosismo disimulado. Le gustaba su franqueza, aunque doliera. Lo cierto era que no sabía cómo decir la verdad sin parecer vulnerable.

—No soy egocéntrico, milady. Pero le aseguro que ninguna mujer ha necesitado emborracharse para pasar la noche conmigo.

—Yo no soy como esas mujeres —dijo, y dio un sorbo.

—Nunca será como ninguna de ellas. Siempre me fascinó. Sabe... es difícil dejar de pensar en usted —confesó al fin—. Y desde que vino a verme, algo cambió. Me ha desarmado.

Ella lo observó con atención, intentaba descifrar si sus palabras eran sinceras o parte de un juego.

—¿Y qué espera de mí esta noche?

—Nada —respondió él con voz grave—. Solo quería verla, escucharla, conocerla.

—Pero el trato...

—Gina... —interrumpió mientras se acercaba a ella—, ¿me permite que la llame por su nombre? —Ella asintió con ligereza—. Esta noche no pasará nada que tú no quieras. Tú decides los límites.

La condesa se acercó a la chimenea y se quedó de pie, miró las llamas. Su perfil, iluminado por el fuego, parecía esculpido en mármol. Luego se giró hacia él.

—No soy una mujer que se rompa con facilidad, Barney. Quiero ir al grano. No necesitas cortejarme antes de... de intimar.

—¿Eso piensas de mí? ¿Que solo busco una satisfacción física?

Ella torció la boca en una mueca irónica.

—¿Qué más podría importarle a un hombre con fama de conquistador y rompecorazones?

—Sé la fama que tengo.

Ella lo desafió con su mirada verde musgo.

—Me has dicho que no pasará nada que yo no quiera, que yo

marco los límites. ¿Qué sucedería si te dijera que quiero marcharme ahora mismo?

Barney se apartó.

—Te dejaría ir —dijo, extendiendo la mano hacia la puerta.

—¿Y la deuda de mi esposo? —preguntó con la espalda tensa.

—Llegamos a un trato. Tú estás aquí, y has cumplido. Así que mañana por la mañana, Claredon House regresará a manos del conde.

Ella cabeceó, incrédula.

—¿Dónde está la trampa?

—No existe ninguna trampa. Solo mi deseo de pasar una velada contigo, de conocerte, de permitir que tú lo hagas.

Ella dudó. Miró la puerta. Él la dejaba decidir, podía marcharse. Giró la cabeza y sus ojos se encontraron con los de él. De pronto, algo estalló en su interior: una necesidad, una emoción que iba más allá de su comprensión. Se acercó a Barney, muy despacio, hasta quedar a pocos centímetros de él.

—Entonces empieza por decirme quién eres cuando nadie te observa.

Barney tragó saliva. Nadie le había hecho esa pregunta. Nadie había querido conocer al hombre detrás del nombre, del éxito, del encanto.

—Soy alguien que ha vivido demasiado deprisa. Me he hecho rico, me tratan como si perteneciera a la aristocracia. Lo tengo todo, pero me siento vacío. He buscado en cuerpos lo que no encuentro en mi alma. Tengo miedo de sentir, porque hacerlo es perder el control y dárselo a otro. Pero contigo... contigo no me importaría perderlo todo, y no entiendo el motivo.

Gina no esperaba esa respuesta. No dijo nada. Barney parecía tan vulnerable que se le contrajo el corazón. Solo alzó la mano y rozó

una mejilla con los dedos. Fue un gesto suave, casi amoroso, pero cargado de significado.

—Entonces esta noche no será como las demás —susurró.

Y Barney supo que algo había cambiado para siempre. El silencio no pesaba, al contrario: parecía envolverlos como una promesa.

—Señor Ferrell, la cena está lista —anunció el mayordomo, haciendo una reverencia.

—¿Una cena? —preguntó la dama, parpadeando con sorpresa.

—¿Acaso no tienes hambre? —dijo él, alzó el brazo para que ella posara su mano y conducirla al comedor.

Ella esbozó una leve sonrisa. Lo cierto era que apenas había comido en todo el día, había estado demasiado tensa por la cita. Pero ahora, el peso que había oprimido su estómago durante horas se había desvanecido, y la idea de cenar le resultaba reconfortante. Depositó su mano enguantada sobre el brazo de Barney.

La mesa redonda estaba dispuesta con esmero en el comedor privado. Candelabros de plata proyectaban una luz cálida sobre la vajilla de porcelana y los cristales tallados. La cena era sencilla pero elegante: sopa de guisantes, solomillo con salsa Montmorency y pastel de manzana con natillas suaves. Gina lo notó todo: el cuidado, el detalle, la intención.

Barney retiró una silla y ella se acomodó. La observaba con una mezcla de admiración y nerviosismo. No era habitual en él sentirse así. Gina, por su parte, se encontraba extrañamente cómoda, como si el ambiente la envolviera en una burbuja de paz.

La luz de las velas titilaba sobre el mantel bordado, proyectaba sombras suaves en sus rostros. El mayordomo, discreto como un suspiro, sirvió la crema de guisantes en platos de porcelana con ribetes dorados. Sobre la mesa, una copa de vino aguardaba junto al cuchillo de plata.

—¿Tú has escogido el menú? —preguntó ella, sorprendida por el sabor de la sopa.

—Sí, pero si no es de tu agrado, puedo pedir que nos preparen otra cosa —respondió con una sonrisa.

—Me encanta la sencillez. Has acertado —manifestó, llevándose la cuchara a los labios con elegancia.

—Me alegra saberlo. ¿Eso significa que te caigo un poco mejor?

Ella soltó una carcajada.

—Digamos que estás siendo toda una sorpresa.

—Temía lo contrario.

—Te estás esforzando en impresionarme, y creo que lo estás consiguiendo —añadió, tomó su copa para darle un sorbo.

—Mi madre siempre decía que para sorprender a una mujer bastaban una cena sencilla y una conversación sincera. Y le he hecho caso.

—Debía ser una mujer excepcional.

Los ojos color canela de Barney brillaron con ternura.

—Lo era. Mis padres fueron sirvientes, y yo también lo fui al crecer. No me avergüenzo. Tuve una infancia maravillosa y fui querido. ¿Qué más se puede pedir?

—Me hubiera encantado conocerlos. Los míos fueron distantes. Les importaba más guardar las formas que mostrar afecto. En el fondo, los decepcioné: no nací varón, y eso pesó en mi padre.

—Ese es el problema de la aristocracia: demasiado superficial. La vida es muy hermosa para desperdiciarla en normas que solo producen dolor. Espero que mi sinceridad no te incomode.

Gina alzó la vista. Sus ojos verdes brillaban bajo la luz de las velas del candelabro, a Barney se le contrajo el bajo vientre.

—No estoy acostumbrada. En mis círculos, la sinceridad escasea. Solo confío en mi amiga Isolde. Ella es como una hermana. No hace

falta compartir sangre para que el cariño fluya de forma natural.

—Estoy de acuerdo.

El silencio que siguió no fue incómodo, sino cargado. Cada sabor, cada palabra, cada mirada tejía algo más profundo que la cena misma.

El mayordomo, con ayuda de los lacayos, retiró los platos de sopa y sirvió el solomillo. La conversación entre ellos fluyó con naturalidad. Hablaron de libros, de viajes, de música... Gina descubrió en Barney una sensibilidad y amabilidad que no esperaba. Él se sorprendía con cada palabra de ella: su forma de ver el mundo lo tenía fascinado.

—¿Siempre has sido así? —preguntó Gina al terminar el pastel de manzana.

Barney arrugó el entrecejo.

—¿Así cómo?

—Tan... atento. Tan profundo. Tan amable.

Barney bajó la mirada, jugueteó con el borde de su copa.

—No. Fui superficial durante mucho tiempo. Estaba demasiado centrado en mis objetivos. Me escondía detrás de una sonrisa y buena ropa. Debía proyectar una imagen impecable. Pero últimamente... me he cansado de no sentir.

Gina lo miró con ternura. Se levantó y caminó hacia la ventana, donde la luna se reflejaba en los cristales. Barney se acercó despacio.

—¿Y tú? —preguntó él—. ¿Siempre has sido tan fuerte?

Ella tardó en responder. Miraba la penumbra exterior a través del cristal.

—No. Aprendí a serlo. Mis padres fueron duros, y mi esposo... no es un hombre fácil. Para sobrevivir, tuve que endurecerme. Protegerme. No esperar nada bueno.

Barney apoyó con delicadeza sus manos en los hombros de ella. Gina se estremeció, pero no se apartó. Cerró los ojos y permitió que la tibieza de él penetrara en su piel. Barney la instó a darse la vuelta.

—No quiero que sientas miedo a mi lado. Ni presión. Solo quiero que sepas que estoy aquí. Que esta noche no tiene que terminar como todas las demás.

—La intimidad, para mí, no es sinónimo de placer, sino de obligación. Por eso esta noche... esta cena... tu forma de mirarme... me desarma. Me despierta emociones que nunca había conocido y que no puedo permitirme experimentar.

Barney tomó su mano y besó su palma.

—En mis brazos solo sentirás placer.

Ella lo miró con intensidad. En sus ojos verde musgo había una mezcla de gratitud y tristeza.

—Eres un hombre maravilloso, Barney. Y eso me asusta. Porque si me quedo sé que me enamoraré. Y no estoy preparada para eso.

Él asintió, sin soltar su mano.

—Entonces no te quedes. Pero antes de que te vayas... me gustaría besarte. Solo te pido un beso.

Gina dudó un instante, pero terminó asintiendo. Barney le fue quitando el guante, dedo por dedo, con una suavidad que parecía desnudarla poco a poco. Ella gimió, sin entender por qué su cuerpo reaccionaba a ese gesto como si fuera algo erótico, provocándole cosquillas en el estómago.

Una vez retirado el guante, lo dejó caer al suelo. Tomó el otro y repitió el gesto. Después, besó sus dedos, acarició con los labios la piel suave. Colocó las palmas femeninas sobre su torso, y entonces su boca se acercó a la de ella. Los labios se unieron en una danza suave de llamas que se entrelazaban y que se elevaban con fuerza

hasta alcanzar el firmamento. Fue un beso lento, suave, lleno de promesas no dichas.

Cuando se separaron, ella apoyó su frente en la de él.

—Gracias por esta noche. La recordaré como el momento en que conocí a alguien que me hizo sentir viva.

Barney la acompañó hasta la puerta. No intentó detenerla. Solo la miró mientras se alejaba, sabiendo que algo había cambiado para siempre.

Y aunque la casa volvía a estar en silencio, la voz de Gina seguía resonando en su corazón.

Capítulo 5

La alcoba estaba en silencio, iluminada solo por la luz temblorosa de tres velas. Gina había regresado, e Isolde, tal como había prometido, la esperaba. La observó sin decir palabra. Gina tampoco hablaba, pero sus ojos lo contaban todo. Isolde no preguntó. No aún. La ayudó a despojarse del vestido azul y a ponerse una bata de seda color marfil. Sobre la mesa del tocador, los frascos y paños estaban dispuestos con la delicadeza de quien preparaba un altar.

—¿Te apetece que te limpie el rostro? —preguntó en voz baja—. Lo he dispuesto todo antes de tu llegada.

Gina asintió. Se sentó frente al espejo, sin mirarse. Pasó los dedos por el borde del tocador, como si buscara respuestas en la textura de la madera. Se sentía extraña. No arrepentida, no confundida. Solo... viva. Tenía la impresión de que algo dormido en ella se había despertado.

Isolde empapó un paño en agua de rosas y lo pasó suavemente por sus mejillas, retirando el polvo y el carmín.

—Huele a jardín en primavera —susurró Gina.

—Porque tú eres eso —respondió Isolde—. Aunque te hayan hecho caminar por el invierno.

Luego, mezcló unas gotas de leche tibia con pétalos de lavanda en un cuenco de porcelana. Con otro paño, lo aplicó sobre la frente, el cuello, las sienes. Gina cerró los ojos. El calor, el aroma, la textura... todo parecía devolverla al presente, a pesar de su corazón, que seguía en Ferrell House, en unos momentos vividos que se negaba a dejar atrás.

—¿Sabes qué usaba mi madre? —dijo Isolde—. Almendras molidas con agua de manzanilla. Decía que limpiaban el alma, no solo la piel.

—Tu madre era sabia.

Isolde sonrió. Tomó un poco de aceite de almendra y benjuí, lo calentó entre sus manos y lo aplicó con movimientos circulares en las mejillas de Gina.

—Esto es para que tu piel recuerde que sigues más viva que nunca, a pesar de todo y de todos.

Gina abrió los ojos y la miró.

—Gracias por no preguntarme nada.

—Cuando estés lista, hablarás. Y si no lo haces, lo entenderé.

Se quedaron en silencio. El aroma de lavanda y rosas flotaba en el aire. La noche, afuera, era oscura, pero dentro de esa alcoba había luz.

Isolde estaba a punto de marcharse cuando la voz de su amiga la detuvo.

—Esta noche no he caminado en el invierno, sino por una primavera llena de esperanza —dijo, se acercó al lecho y se sentó en el borde.

Isolde tomó asiento junto a ella. Gina le cogió la mano y se la apretó.

—He conocido a un hombre que no me ha pedido nada, pero me lo ha dado todo. Me ha ofrecido respeto, silencio, escucha. Me ha mirado como si pudiera ver más allá de mi piel, más allá de mis

miedos. Y yo, por primera vez en mucho tiempo, he sentido que no estoy rota. Que aún hay algo en mí que puede florecer.

—Oh, Gina..., ¿tan maravilloso es Barney? Supongo que sí. Las estrellas brillan en tus ojos.

La condesa sonrió con nerviosismo. Su cuerpo temblaba, pero no era de frío. La emoción que la recorría inundaba cada poro de su piel.

—No me quedé. No por falta de deseo, sino por respeto a lo que sentí. No quiero que el dolor ocupe el lugar del placer. No quiero que la ternura se mezcle con la culpa. Esta noche fue perfecta. Y quiero que siga siéndolo. La recordaré siempre, la mantendré viva en mi corazón y la convertiré en mi gran tesoro.

Ambas se abrazaron y dejaron que las emociones salieran por los ojos en forma de lágrimas. Porque, a veces, la felicidad de un instante también desborda miradas.

***

Había amanecido, y Barney aún no se había acostado. Seguía vestido, sentado en el sofá neoclásico frente a la chimenea de mármol ceniza veteado, donde ardía un fuego suave. Sobre la repisa, el reloj de bronce y los dos candelabros de cristal tallado reflejaban la luz con discreta elegancia. Dormir le resultaba imposible: tenía el cuerpo en carne viva, agitado por emociones nuevas que apenas empezaba a comprender. Gina había desvestido su corazón, lo había envuelto con su mirada verde musgo y sus sonrisas. Solo habían compartido un beso, pero eso lo había cambiado todo.

Miró a su alrededor. Había construido ese lugar para poder quitarse la máscara y ser él mismo: un hombre que había luchado

por llegar hasta lo más alto. Lo irónico era que creía que teniéndolo todo encontraría la felicidad. Pero Gina le había demostrado que el dinero no bastaba. En ese momento, los lujos que lo rodeaban le parecían insignificantes. Había descubierto otra clase de riqueza: una que latía luz, que dibujaba sonrisas, que lo hacía volar sin alas.

Se acercó a la ventana, su alcoba ocupaba la zona este de la casa, con vistas al jardín de invierno; una estructura pensada para el descanso y la contemplación. Era su santuario. Sin embargo, de pronto, la frialdad de la soledad cubrió la atmósfera. Faltaba ella. Su porte elegante, su fortaleza, llenando el espacio que ahora sentía vacío.

Se pasó una mano por la cara. La necesidad de sacar lo que llevaba dentro lo empujó a levantarse. La luz de las velas, combinada con la del fuego, creaba una atmósfera íntima. Se acercó al escritorio, situado junto a una de las ventanas con cortinas pesadas de brocado. Siempre estaba ordenado: papeles, plumas, un tintero de plata y un pequeño globo terráqueo. Cerca, una vitrina exhibía libros encuadernados en piel, algunos con marcas de uso, otros intactos, como si esperaran el momento justo para ser leídos.

Se sentó en la silla a juego con el escritorio. Agarró un papel y mojó el plumín en el tintero de plata, dejó que la tinta se impregnara con precisión antes de deslizarla sobre el papel.

> Gina, no sé si leerás esto algún día, pero esta noche me has enseñado algo que no sabía que necesitaba aprender: que el amor no siempre se mide en caricias, ni en promesas ni en noches compartidas.
>
> A veces, el amor es dejar ir. Es respetar el silencio. Es besar sin exigir.
>
> Tu forma de mirar, de hablar, de marcharte... ha dejado una

huella en mí.

No quiero olvidar lo que me has hecho sentir. No quiero que se diluya entre otras memorias. Porque esta noche fue distinta. Tú eres distinta.

Si algún día compartimos otra velada, no encontrarás un hombre esperando en la puerta. Encontrarás un corazón abierto que te lo dará todo, hasta su último latido.

Dobló la carta con cuidado, daba la impresión de que cada pliegue encerraba un suspiro. La introdujo en un sobre de tono marfil, y con mano firme escribió «Gina» en el centro, como quien grababa un nombre en piedra. La sostuvo unos segundos entre los dedos; la contempló en silencio, no tenía claro si dársela o quemarla. De momento, la depositó sobre el escritorio, justo donde la luz de la mañana empezaba a filtrarse. Allí quedó, esperando ser descubierta. Como él mismo: abierto, vulnerable, dispuesto a entregarse sin saber si sería correspondido.

Luego se levantó, caminó hacia la ventana y contempló el cielo, que empezaba a teñirse de rosa. No discernía qué pasaría a partir de ahora. Había sentido algo real. Algo que no olvidaría.

Y eso bastaba. Nada más le importaba.

***

Era media mañana cuando Wallis cruzó el umbral del despacho de Barney con paso orgulloso, como si el viento otoñal no lo hubiera rozado. El eco de sus botas resonaba con suavidad sobre el parqué encerado. Sus ojos, marrones oscuros, arrogantes y altivos, se clavaron en él con una intensidad que no requería palabras. Barney, de pie junto al escritorio, lo observó con la mandíbula tensa y los

puños a los costados. Los únicos sonidos en la estancia eran el silbido del viento tras los cristales y el crepitar del fuego en la chimenea, cuya luz dibujaba sombras danzantes sobre sus rostros.

Barney señaló con la mano uno de los dos canapés, para que Wallis tomara asiento. Mientras el conde se acomodaba, él lo seguía con la mirada, con un desdén apenas disimulado. El noble alzó la vista con un semblante que mezclaba expectación y cálculo. Sonrieron, pero no eran gestos cordiales: bajo esos labios curvados se escondían palabras afiladas. Ninguno habló. El silencio era un campo de batalla.

Wallis fue el primero en dar el paso. Sin apartar la mirada, dijo con voz suave pero cortante:

—Veo que el calor de esta chimenea no ha conseguido derretir el hielo de su recibimiento.

Barney se acercó al hogar, alzó una ceja y respondió con una sonrisa que no alcanzó sus ojos.

—Oh, milord..., si supiera cuántos se marchan de Ferrell's con quemaduras por acercarse demasiado a las llamas. Supongo que recuerda las suyas.

Las aletas de la nariz de Wallis se ensancharon. No le gustó que le recordara las astronómicas deudas contraídas en su club.

—No estoy aquí para que me insulte —replicó—. Supongo que va a cumplir con el trato al que llegó con mi esposa.

Las llamas se alzaron cuando uno de los troncos se quebró, iluminó la dureza del rostro de Barney. El desprecio que sentía por ese noble había crecido tras pasar la velada con Gina. Un hombre como ese no merecía a una mujer como ella. Con gesto rápido, se acercó al escritorio, tomó un documento y se lo tendió a Wallis.

—Aquí tiene, milord. Las escrituras de Claredon House. Firmadas, selladas... y libres de toda deuda. Considérelo un acto de

generosidad. O de limpieza contable. Su esposa no merece menos. Espero que lo tenga en cuenta.

Wallis ladeó la cabeza, como quien examinaba un cuadro que no terminaba de convencerlo. Agarró las escrituras con gesto contenido.

—¿Generosidad? —soltó—. No sabía que los tipos como usted practicaran tal virtud.

Barney esbozó una mueca irónica.

—No suelo hacerlo —replicó con tono cortante—. Pero en su caso, preferí cortar por lo sano. Las deudas de los nobles tienden a pudrirse como fruta olvidada. Y usted, milord, ha dedicado tanto tiempo a bailes y apuestas que ha olvidado lo que significa tener obligaciones. Ha involucrado a una gran mujer que merece mucho más que su negligencia.

Wallis se alzó de golpe. En sus ojos brillaban rayos de tormenta.

—Le recuerdo que sigue hablando con un conde, no con un comerciante cualquiera —espetó, con la mandíbula tensa; de pronto sintió que el ambiente era muy cálido y empezó a sudar, no se encontraba bien.

Barney cruzó los brazos.

—Y yo le recuerdo que los títulos no pagan facturas —murmuró con voz helada.

Wallis hizo rechinar los dientes. Su mirada marrón oscuro ardía, pero Barney se mantuvo erguido, desafiante. Sin despedirse, el conde se marchó a paso ligero, dejando tras de sí el eco de su orgullo herido y de un ataque de tos que le sobrevino de repente.

Barney se quedó solo en el despacho, el silencio regresó como una marea. El fuego seguía ardiendo, pero el calor que sentía no venía de la chimenea. Pensó en Gina. En la forma en que lo había mirado la noche anterior, como si por fin alguien la viera. Y en lo injusto que era que su destino estuviera atado a un hombre como

ese. No lo dijo en voz alta, pero lo pensó con firmeza: «Ella merece algo más. Algo mucho mejor».

***

El abogado del conde de Rothsay aguardaba en el salón principal de Claredon House. Wallis le había enviado una nota urgente exigiendo su presencia sin demora.

La estancia irradiaba una elegancia sobria: altos ventanales enmarcados por cortinajes de seda azul pálido dejaban filtrar la luz tenue del atardecer. El suelo de roble, pulido hasta el brillo, reflejaba los destellos de las llamas que danzaban en la chimenea. Las paredes, revestidas en paneles de nogal con molduras doradas, exhibían retratos de antepasados de miradas severas, como si aún custodiaran los secretos de la casa. Un sofá y dos butacas tapizados en damasco crema flanqueaban la chimenea de mármol blanco, donde el fuego crepitaba con tanta suavidad que parecía susurrar confidencias.

Mr. Algernon Blakewell, abogado de Wallis desde hacía años, era un hombre de labios finos, piel pálida y cabello gris peinado con una raya lateral marcada por la pomada. Sus ojos, pequeños pero agudos, conferían a su rostro una severidad que imponía respeto.

El conde entró en el salón. El mayordomo le tendió una copa de brandy, y él la aceptó sin agradecer, con la condescendencia propia de quien se creía superior a los demás mortales. Algernon, con su propio vaso entre las manos, se levantó y se inclinó con cortesía.

—Buenas tardes, milord —saludó el abogado.

Wallis se acomodó en el sillón de respaldo alto, cruzó las piernas con lentitud y esbozó una sonrisa cansada, acentuada por sus prominentes ojeras, que le conferían un aire febril. El gesto se

desvaneció de inmediato al sobrevenirle un ataque de tos. Dejó la copa a su lado y se inclinó hacia delante; sus dedos temblorosos rebuscaron un pañuelo en la levita. Al cubrirse la boca, un leve silbido escapó entre los pliegues del lino. Su rostro, enrojecido y perlado de sudor, se contrajo en una mueca de dolor.

—Milord, ¿se encuentra bien? ¿Necesita que avise a un médico? — se preocupó al ver el rostro enrojecido del conde.

La tos fue cediendo poco a poco, como una tormenta que se retiraba sin dejar de amenazar. Wallis asintió con esfuerzo, tomó el vaso que reposaba junto a él y dio un trago. El alcohol recorrió su garganta, y alivió de momento el malestar. Cada vez eran más insistentes los ataques de tos, pero lo achacaba al clima que cada día era más frío.

—Ya... ya ha pasado — murmuró, con la voz rasposa. Apoyó la espalda contra el sillón, cerró los ojos un instante y luego los abrió, clavó la mirada en su interlocutor—. Todo ha salido como debía — murmuró.

Algernon volvió a sentarse.

—¿Barney ha cumplido con su palabra?

—Sí. Claredon House sigue siendo mío.

El abogado sonrió con discreción.

—Perfecto.

Wallis tomó otro sorbo de brandy antes de continuar.

—Ahora solo queda cerrar el último capítulo.

Algernon lo miró, desconcertado.

—Milord, no lo entiendo.

El conde se levantó y caminó hacia la ventana. El viento, menos feroz que por la mañana, seguía desnudando los árboles. Puñados de hojas danzaban por el jardín, empujadas por un aire liviano que parecía acariciarlas.

—Pretendo divorciarme de Gina. No me ha dado hijos y he agotado por completo su dote, de modo que ya no me resulta de provecho. Además, me ha sido infiel con Barney.

El abogado se tensó. El silencio se hizo denso, solo roto por el tintineo del hielo en las copas y el ligero susurro del viento que seguía arrastrando recuerdos por el jardín.

—¿Está seguro? —preguntó el abogado, se levantó y dejó su vaso sobre la repisa.

Wallis se volvió, su perfil estaba recortado por el resplandor del fuego. Algernon contempló los ojos del conde, buscó en vano un atisbo de compasión. No lo halló. En lugar de eso, el noble mostraba la serenidad fría de quien había calculado todas las consecuencias y estaba dispuesto a pagar el precio que exigía su ambición.

—Más que nunca necesito una esposa rica que también cumpla con su deber de darme herederos. Que haya pasado la noche con Barney me da la justificación que necesito. Ya he empezado a propagar rumores.

Algernon, aunque no compartía su decisión, asintió. Lo último que esperaba era que el conde fuera tan ruin como para destruir a la condesa de forma tan escandalosa. Gina sería una mujer marcada, humillada y apartada de los círculos sociales. Por lo único que había pasado la noche con Barney era para salvarlo. La traición aún sería más dolorosa.

Wallis se sentó de nuevo y bebió otro sorbo, en cambio el abogado se quedó de pie, aún impactado.

—Mr. Blakewell, quiero que tramite el divorcio de inmediato.

Algernon tragó saliva. Conocía a Gina y la respetaba demasiado para ser parte de su dolor. Cabeceó; aunque él no fuera el más adecuado para llevar un caso de esas características, era consciente de que debía obedecer. Observó cómo las llamas de la chimenea

esculpían juegos de sombras y luces en la alfombra. Meditó en una solución. Entonces miró al noble.

—Milord, aunque se den todos los supuestos jurídicos, un divorcio es difícil de conseguir. Sin embargo, yo no soy la persona indicada. Si me permite, contactaré con sir Cedric Langford, un *barrister* especializado en derecho matrimonial y escándalos aristocráticos. Es brillante, con una memoria prodigiosa, domina el lenguaje, y su mente fría y calculadora lo ha convertido en el mejor en su campo.

Wallis se acarició la barbilla, torció la boca en un rictus pensativo.

—Está bien. Contacte con él de inmediato.

A pesar del fuego, el abogado sintió que la mansión se volvía más fría. Acababa de descubrir que su dueño tenía un corazón de hielo. Se despidió y se dirigió hacia la salida. Cuando el mayordomo le entregaba los guantes y el sombrero, entraron la condesa y su amiga Isolde. Algernon hizo una reverencia.

—Milady, señorita Rembrandt.

—Oh, me alegra volver a verlo, Mr. Blakewell —dijo Gina—. ¿No se queda a tomar té y unas galletas?

—Lo siento, pero tengo un asunto urgente que requiere mi atención.

—Mi esposo siempre dándole trabajo —comentó con humor la dama. Pero al notar los labios apretados del abogado y la tristeza en su mirada, frunció el ceño—. ¿Sucede algo?

El hombre guardó unos segundos de silencio. Luego suspiró con pesar.

—Lo siento, milady. Tendrá que hablar con su esposo. Si le sirve de consuelo, creo que él se está equivocando.

Y se marchó. Ambas mujeres se miraron, desconcertadas.

—¿Qué ocurre? —inquirió Isolde.

—Ahora lo averiguaremos. ¿Dónde está mi esposo? —preguntó

Gina al mayordomo.

—En el salón principal, milady.

Capítulo 6

Gina entró en la estancia principal con paso firme. Tras ella, Isolde avanzaba unos pasos detrás, arrastraba una inquietud que le tensaba los hombros y crispaba los dedos contra la tela de su falda.

El conde estaba de pie junto a la chimenea; la silueta recortada contra las llamas parecía más alta, más fría. No se volvió al escucharla entrar, pero un leve endurecimiento en la línea de su espalda delató que la había sentido. El crepitar de la leña llenaba el silencio.

—Wallis... —pronunció Gina, con voz serena, aunque un ardor de ansiedad le quemaba el pecho.

El conde giró despacio, como si la presencia de su esposa no mereciese prisa. En sus labios asomó una sonrisa mínima, la misma que utilizaba para fingir cortesía sin sentirla. La luz del fuego proyectó una sombra afilada en su rostro.

—Gina... —respondió—. ¿Ya has regresado de tu paseo?

Ella ignoró la pregunta.

—Mr. Blakewell acaba de marcharse con un gesto que no deja lugar a dudas. ¿Qué ocurre?

Wallis caminó hasta un sillón y se dejó caer con deliberada

lentitud. Cruzó las piernas tal como solía hacer en una reunión de negocios. Con el índice recorrió el borde del vaso antes de dar otro sorbo. Después, lo dejó en la mesita auxiliar de su costado, una gota resbaló por el cristal hasta perderse.

—He tomado una decisión —enunció—. Una que nos afecta a ambos.

Gina avanzó unos pasos acompañada del frufrú de su falda, se detuvo frente al sillón. El vestido de terciopelo verde, a juego con sus ojos, parecía absorber la luz del fuego, y su mirada brillaba con una mezcla de incredulidad y dolor.

—¿Y no pensaste que debía estar presente? —lo inquirió, sin pestañear.

El conde carraspeó, notaba que otro ataque de tos pugnaba por salir. Apuró el brandy, la quemazón que dejó a su paso evitó que tosiera.

—No era necesario. Ya todo está en marcha.

Isolde, incómoda, retrocedió hacia el pasillo. El perfume discreto que llevaba se quedó flotando un instante antes de diluirse en el aire. Se mantuvo en la penumbra, respirando despacio para no delatarse.

—He decidido iniciar los trámites de divorcio —confesó al fin Wallis, con una calma que hería más que cualquier grito.

Gina parpadeó. El color se le borró del rostro; un vértigo fugaz amenazó con doblegarla y dio un paso en falso, disimulado con un giro elegante. El fuego crujió al mismo tiempo que su respiración se intensificaba.

—¿Divorcio?

—No me has dado hijos —repitió él, como un martillo que golpea sin piedad—. Y tu cercanía con Barney me brinda la excusa perfecta.

Gina se negó a quebrarse y se mantuvo firme.

—¿Excusa? —Su voz no titubeó—. Pasé la noche con Barney para salvarte. ¿Cómo puedes desecharme como quien aparta una herramienta rota?

Él se encogió de hombros, casi divertido.

—No lo tomes como algo personal. Es lo que me conviene.

Ella lo miró largo rato, contuvo un torrente de lágrimas en algún lugar profundo.

—Durante años he soportado tu indiferencia, tus ausencias, tus silencios. He mantenido las apariencias, defendido tu nombre. ¿Y ahora me acusas de adulterio para justificar tu ambición?

Wallis se puso en pie, molesto por su tono; el ceño estaba apenas fruncido, como controlando una mueca.

—No me hagas el villano. Sabías lo que se esperaba de ti.

—Y cumplí. —Su mirada se estrechó, la barbilla subió un milímetro —. Lo que no imaginaba era tu traición. ¿Lo planeaste desde el principio? Te libras de mí porque no te di hijos y porque, tras malgastar mi dote, buscas otra heredera rica.

El silencio se espesó. El tictac amortiguado de un reloj de péndulo subrayó la tensión. El crujir del fuego sonó como un presagio.

—Quiero que abandones Claredon House ahora mismo —ordenó.

Ella lo observó como si viera al mismísimo Lucifer.

—¿Y dónde quieres que vaya?

—Ese es tu problema.

Gina temblaba, lo sentía en cada músculo. El divorcio para una mujer era una sentencia a muerte, y él lo sabía. Sin embargo, no cedió ni a las lágrimas ni al grito.

—Has jugado una partida peligrosa, pero no podrás destruirme. No antes de que todos vean quién eres. Entonces, encontrar una heredera rica te será imposible.

Avanzó hacia la puerta con la barbilla erguida. Wallis la siguió con

la mirada.

—Mañana todo Londres sabrá lo tuyo con Barney. El divorcio será cuestión de tiempo. Veremos quién cree a quién.

Gina se volvió hacia la puerta, con la cabeza alta.

—No necesito que me crean. Me basta con no doblegarme.

Salió, y dejó tras de sí el eco de su dignidad.

Isolde, que lo había oído todo, acudió al instante, con los puños apretados contra su falda. Las ganas de estrangular al conde con sus propias manos eran fuertes, pero se tuvo que conformar con imaginar a Wallis recibiendo su merecido.

—Gina, ¿estás bien?

Ella negó con un gesto, y su amiga le rodeó los hombros y la guio hasta su alcoba. La condesa se sentó en el borde de la cama y se cubrió el rostro con las manos. El aroma tenue de cera y madera quemada todavía la envolvía.

Isolde se arrodilló y apretó sus muslos.

—Saldremos de esta. Más que nunca debemos ser fuertes.

—El escándalo me marcará para siempre —dijo Gina con voz temblorosa—. Deberías volver a Flandes antes de que te salpique. Si te quedas a mi lado, nunca hallarás esposo, nos tratarán como leprosas.

Isolde se incorporó y se sentó a su lado. La abrazó, como si ese cariño pudiera reparar la terrible injusticia.

—No pienso dejarte sola. Así que no insistas.

Gina intentó sonreír, en vano. La avalancha de su interior arrasaba con todo.

—¿Qué haremos? No me quedan joyas ni un lugar digno adonde ir. Wallis me ha dejado sin nada.

Isolde comenzó a pasear, con la mano en la cadera y el ceño fruncido. De pronto se detuvo.

—Tengo una idea. Espérame.

Y se alejó con tal presteza que Gina no tuvo tiempo de preguntar.

***

La dama de compañía dejó la taza en su platito. El leve clin de la porcelana sonó como un eco delicado en el salón de visitas, y por un segundo le pareció demasiado alto para el silencio expectante que reinaba. El aroma floral del té flotaba aún en el aire, tibio, pero en su lengua había adquirido un matiz amargo. Sus manos frías temblaban sobre la falda; entrelazó los dedos buscando quietud, y el roce áspero de la tela le sirvió de ancla.

Afuera, el cielo plomizo anunciaba tormenta; relámpagos lejanos dibujaban líneas fugaces en el horizonte. Dentro, la luz trémula de las velas y el crepitar acompasado de la chimenea envolvían el salón en un resplandor dorado, íntimo, ajeno al gris del exterior. El aire estaba impregnado de cera derretida, leña húmeda y un leve perfume a jazmín procedente del jarrón de cristal que reposaba en la mesa de caoba pulida.

Las paredes, crema perlado, quedaban interrumpidas por paneles de verde salvia y molduras labradas con precisión. Dos sofás de terciopelo claro se enfrentaban con estudiada simetría, flanqueados por sillones de líneas elegantes y patas torneadas. Entre ellos, la mesa lucía, además del jarrón, una bandeja de té en porcelana inglesa, con su aroma todavía insinuándose en el ambiente. En las esquinas, helechos erguidos sobre columnas; discretas estanterías con libros encuadernados y esculturas clásicas completaban el cuadro. Todo parecía colocado con esmero, como si cada objeto cumpliera una misión en la armonía del conjunto.

Incapaz de permanecer sentada, Isolde se levantó. Las alfombras

mullidas, de motivos geométricos en tonos cálidos, amortiguaron sus pasos. Se acercó al pianoforte y recorrió con las yemas de los dedos la madera fría; las teclas, como dientes dormidos, guardaban silencio bajo la luz dorada que una lámpara de aceite proyectaba sobre las partituras, atrapando motas de polvo que flotaban con lentitud.

La doble puerta se abrió con un suave gemido de bisagras, y una ráfaga de aire húmedo y fresco, cargado de tormenta, se coló en la estancia. Barney apareció con paso firme; la levita ocre, marcando un leve balanceo; y los pantalones oscuros, ajustados a la perfección. Sus botas crujieron sobre la madera; sus ojos color canela brillaban atentos, se fijaron en ella antes de la breve reverencia.

—Buenas tardes, señorita Rembrandt —saludó con cortesía medida.

—Gracias por recibirme, señor Ferrell —respondió ella.

Él le ofreció asiento y otro té, pero su negativa fue suave y rápida. Barney, intrigado, se acomodó en uno de los sillones, apartó con un gesto los faldones de su levita. La observó: cabeza gacha, manos sobre el regazo, dedos temblorosos. Un frío sorpresivo cruzó su cuerpo al comprender que ella estaba allí porque Gina estaba en apuros.

—Disculpe si soy demasiado directo; veo su nerviosismo... ¿acaso le ocurre algo a Gina? Isolde parpadeó, como si el simple gesto pudiera protegerla de la pregunta. Sus labios se tensaron y, por un instante, buscó refugio en las sombras doradas que proyectaban las llamas.

—No quisiera alarmarlo —dijo en voz baja—, pero Gina está en problemas.

El fuego crepitó, subrayando sus palabras con chispas de énfasis.

Afuera, la lluvia comenzaba a golpear contra los ventanales con un ritmo creciente.

—Wallis quiere divorciarse de ella —soltó Isolde al fin.

El rostro de Barney se endureció.

—Ese hombre es una cucaracha. ¿Cómo está ella?

—Desolada. El conde usará la noche que ha pasado con usted para conseguir el divorcio por infidelidad. Ya está propagando rumores.

Barney se levantó de un golpe; sus músculos, herencia de su fugaz etapa de boxeador, se tensaron bajo la tela. Las llamas dibujaron luces y sombras sobre su figura, acentuando su porte combativo.

—No pasó nada entre nosotros. Solo compartimos una buena cena y una maravillosa charla —explicó más para sí mismo, intentando asimilar la noticia.

—Lo sé, Gina me lo contó. Es por eso por lo que yo estoy aquí.

—Si llegaba a saber de las intenciones del conde, no le hubiera devuelto las escrituras —manifestó con rabia contenida.

Isolde se incorporó y se acercó a él.

—Gina no tiene familia ni recursos. Wallis lo sabe y aun así la ha echado de Claredon House.

Barney frunció el ceño; conocía a nobles viles, pero el conde de Rothsay superaba a todos.

—No lo permitiré —aseguró, se encaminó hacia la puerta.

Ella lo detuvo aferrándole la manga; sus dedos, cálidos y tensos, lo anclaron.

—No beneficiará a Gina si va y monta una escena. Él podría usarlo en su contra.

Barney respiró agitado, pero asintió.

—Tiene razón. Aun así, no pienso dejar que deambule sola.

—¿Nos va a ayudar? —preguntó Isolde, con un brillo esperanzado en su mirada.

—Claro que sí. Podéis instalaros en Ferrell House. Ahora mismo voy a buscarla.

—No creo que sea oportuno que usted se presente en Claredon House —insistió—. Imagine si lo ven...

Él se pasó la mano por la frente, reflexivo.

—Otra vez tiene razón. Vaya usted; mi cochero la acompañará y las traerá.

Las lágrimas asomaron en los ojos azules de Isolde.

—No sabe cuánto se lo agradezco...

Barney le tendió un pañuelo.

—Gina tiene suerte de tener una amiga como usted.

Ella lo apretó contra el pecho.

—Soy yo la afortunada. Gina es especial.

La lluvia, cada vez más fuerte, repicaba como un aplauso sordo contra los cristales.

Capítulo 7

Isolde llegó a Claredon House con el corazón acelerado y subió la escalinata sin detenerse. Al entrar en la alcoba de Gina, la encontró sentada frente a la chimenea, abrazándose a sí misma como si sus propios brazos fueran lo único que la mantenían enderezada.

—Nos vamos —anunció Isolde, cruzando el umbral del vestidor.

Regresó con la capa de Gina entre las manos. La dama la observó con los ojos enrojecidos, brillantes aún por las lágrimas.

—¿A dónde? —preguntó, se incorporó con esfuerzo.

Isolde le colocó la prenda sobre los hombros con delicadeza.

—Llueve a cántaros. He ordenado a los sirvientes que empaqueten nuestras pertenencias y nos las envíen. No puedo quedarme un minuto más. Si me cruzo con Wallis, no respondo de mí.

Sin más palabras, ambas mujeres salieron. El mayordomo y un lacayo las esperaban con paraguas abiertos, las escoltaron hasta el carruaje. Gina subió tras Isolde, pero al acomodarse, frunció el ceño.

—¿Este carruaje...?

—Es el de Barney —respondió Isolde, sin mirar atrás.

El lacayo cerró la portezuela. La lluvia golpeaba el techo con furia, como si el cielo quisiera impedir su partida.

—¿Qué has hecho? —preguntó la condesa al notar el nerviosismo echar raíces.

—Fui a verlo —explicó tomando la mano de su amiga con firmeza —. Nos va a ayudar.

El carro se puso en marcha. Gina miró por la ventanilla y vio su rostro reflejado en el cristal: pálido, vulnerable, desconocido. Nunca se había sentido tan frágil. Toda su vida había estado marcada por decisiones ajenas, por deberes impuestos, por silencios aprendidos. Había obedecido, había cumplido su papel como le enseñaron desde niña. ¿Y para qué? Ni siquiera su esposo la había respetado. Apretó los labios. Inspiró hondo, llenó sus pulmones de aire frío y húmedo. Luego, giró el rostro hacia Isolde.

—No quiero depender de nadie nunca más —dijo con una determinación que parecía recién nacida—. Tenemos que encontrar otra solución.

Isolde asintió con suavidad.

—Por favor, es de noche, llueve, hace frío. Habla con Barney primero. Luego decide.

Gina guardó silencio. La sugerencia pesaba, pero era sensata.

—Está bien —concedió al fin.

La condesa cerró los ojos, intentó imaginar cualquier futuro que no dependiera de la voluntad de otros. El carruaje giró por una calle empedrada, y el aroma a tierra mojada se filtró por alguna rendija. De pronto, la noche pareció menos hostil, y pese a los secretos y miedos, el trayecto mismo podría traer consigo algo de esperanza.

El traqueteo monótono del vehículo llenó el silencio que siguió, mientras la ciudad, tras los cristales, se disolvía en sombras y faroles difusos. Isolde apretó aún más la mano de Gina, como si temiera que en cualquier bache del camino ambas pudieran perderse.

Afuera, los relámpagos cruzaban el cielo, breves como una

advertencia. El trote de los caballos disminuyó y el carruaje se detuvo junto a un umbral iluminado. Isolde miró a Gina con seriedad y ternura.

—Estamos juntas en esto. Yo no te dejaré sola. Decidas lo que decidas.

Esas palabras, pronunciadas con la solemnidad de un contrato sagrado, bastaron para que Gina respirara con nuevo ánimo. Por primera vez en mucho tiempo, sintió que podía elegir. Con un suspiro contenido, bajó del carro, dispuesta a enfrentar la incertidumbre en la que se había convertido su destino.

***

El mayordomo las condujo hasta el salón. Isolde prefirió esperar fuera. Barney estaba de pie junto a la chimenea, su figura recortada contra el fulgor del fuego. Cuando sus miradas se encontraron, el mundo alrededor pareció diluirse. Él le dedicó una sonrisa que, lejos de exigir, ofrecía sosiego. Gina contuvo el impulso de cruzar la estancia para refugiarse en sus brazos.

—Gina... —musitó él, con un matiz que era a la vez disculpa y confidencia—. Lamento profundamente lo ocurrido. Jamás habría creído capaz a Wallis de semejante vileza.

—Yo tampoco... —respondió ella, inclinó la cabeza, avergonzada.

Él acortó la distancia y, con gesto delicado, le alzó el mentón.

—No bajes la mirada. Puedes sostenerla con dignidad; no hay falta alguna en ti.

Ella inspiró hondo.

—Lo ha planeado desde hace tiempo... —Su voz se quebraba, tragó saliva—. Isolde me ha dicho que pretendes ayudarnos.

—Por supuesto.

—No puedo aceptarlo —replicó con firmeza—. Este asunto me compete únicamente a mí.

Barney extendió la mano y acarició su mejilla, un roce cálido como una manta en pleno invierno.

—Yo también cargo parte de la responsabilidad. Déjame ayudarte.

Gina cerró los ojos, absorbiendo aquel calor. Luego, rompió el contacto apartándose hacia la chimenea.

—No quiero deberte nada. Un divorcio puede prolongarse meses... años. Imagina el escándalo si permaneciera aquí.

Él se aproximó con lentitud y tomó sus manos.

—No me deberás nada. No soy noble, pero tengo contactos, y muchos me deben favores. Haré que el proceso sea rápido.

Ella bajó la vista hacia sus manos enlazadas: eran calor, aliento, una luz que iluminaba el camino.

—Barney..., ¿y si me enamoro de ti?

Él dejó escapar una leve risa.

—Nada me complacería más.

Sus miradas se encontraron, y en ese instante no hubo necesidad de besos. Sus almas se tocaron bajo el amparo del fuego, mientras en sus ojos brillaban estrellas caídas.

—No puedo permitírmelo —murmuró Gina.

—Lo sé. Por eso he decidido marcharme de Ferrell House. Quiero que tú e Isolde lo convirtáis en vuestro hogar.

Ella dejó escapar un débil sonido de sorpresa, caminó hacia la ventana. La tormenta había cedido, aunque la lluvia persistía como un murmullo obstinado.

—Es un gesto magnánimo en exceso. No puedo aceptarlo —expresó la dama dándose la vuelta.

—Solo hasta el juicio. Después... ya decidiremos.

Gina desvió la mirada hacia el fuego y, tras una pausa, cedió:

—Solo hasta el juicio.

Barney asintió.

—Conozco a un *solicitor* de Oxford, experto en derecho civil y familiar. Le confiaré tu causa. Es legítimo que te defiendas.

«Defenderse». La idea apenas había tenido cabida en su mente. Acostumbrada a soportar y a encubrir el dolor tras una coraza, no había considerado la lucha. Ahora, sin embargo, sentía el impulso de hacerlo. Por su honor. Por sí misma.

Avanzó hasta quedar frente a él.

—Gracias.

—No estás sola.

Las lágrimas, imposibles de contener, surgieron libres, empujadas por la sensación de estar a salvo.

—Oh, Barney..., lo siento...

Él no pronunció palabra. La abrazó y la sostuvo como si pudiera recomponer cada fragmento roto.

—Estoy aquí, Gina. Siempre estaré aquí.

Y así, en el amparo de esos brazos que no juzgaban ni exigían, la condesa comprendió que al final del túnel, donde otros solo veían sombra, a ella la aguardaba una luz inquebrantable.

***

Barney yacía en uno de los canapés del despacho de su club para caballeros Ferrell's. Estaba sumido en un sueño irregular, cuando el repiqueteo insistente en la puerta lo sacó de su letargo. La batiente se abrió sin esperar respuesta, y él se incorporó con torpeza, aún atrapado en ese estado brumoso entre la vigilia y el sueño que entorpece todo reflejo.

—Entonces es cierto.

La voz lo obligó a enfocar la mirada. Sus párpados se resistían, pero logró abrirlos. Frente a él, de pie en el umbral, se hallaba su buen amigo, el baronet Bryce, con su cuerpo alto y robusto ocupando el hueco.

—Bryce... —Bostezó, echando un vistazo al reloj de pie—. Apenas son las siete. ¿Qué haces aquí a estas horas?

El baronet se acercó con paso firme y se dejó caer en uno de los sillones. Observó a Barney con una mezcla de incredulidad y desaprobación. La camisa de muselina, arrugada y desabrochada, colgaba fuera de los pantalones de ciudad; el cabello oscuro, despeinado, parecía haber librado una batalla nocturna.

—Supongo que has dormido aquí. Tu aspecto es francamente deplorable.

Barney se contempló con resignación.

—He estado peor en otras ocasiones.

—¿Es cierto que te acostaste con la condesa de Rothsay? Anoche estuve en el baile que se celebraba en Terpsichore's y no se hablaba de otra cosa.

—¿Ah, es eso? —Se incorporó del todo y comenzó a arreglarse la camisa—. ¿No te han dicho nada más?

—¿Qué más podrían decir?

—Que el conde va a solicitar el divorcio.

Bryce parpadeó, impactado.

—¿Qué? —exclamó, alzando los brazos—. ¡Has comprometido la reputación de una dama honorable! Lo que no comprendo es cómo Rothsay no te ha retado a duelo.

—Porque es un cobarde —replicó Barney, con voz áspera—. Y que tú me acuses de algo tan vil me indigna.

—¿No eres consciente de lo que has provocado?

Barney, con gesto abatido, se dejó caer de nuevo en el canapé.

—No me he acostado con Gina. Puedo ser muchas cosas, Bryce, pero jamás lastimaría a una mujer de esa manera. Ella no es como las demás nobles de salón, tan preocupadas por sus abanicos y sus apariencias. Y su esposo merece el más sombrío de los destinos por humillarla como lo está haciendo.

Bryce se acercó a la chimenea y apoyó un codo en la repisa de mármol.

—¿Entonces las murmuraciones no son ciertas?

—Hasta cierto punto. Pasé una velada con ella, sí, pero no ocurrió nada entre nosotros. Rothsay ha urdido una vileza: pretende divorciarse alegando infertilidad y adulterio, todo para casarse con una heredera que le mantenga su opulenta vida y le proporcione un descendiente.

—Nunca me agradó ese hombre —dijo Bryce con desdén—. Pobre mujer..., va a vivir un infierno. Qué injusticia.

—Voy a ayudarla.

El baronet alzó una ceja, lo escrutó con atención.

—La amas, ¿verdad? Hace tiempo que lo noto en tu mirada. Y no soy el único. El marqués de Cherfield y el conde de Brewton también te lo han comentado en más de alguna ocasión. Incluso te advirtieron que no era una buena idea enamorarse de una dama casada.

Barney se acomodó en el sofá, más sereno.

—Al amor no se le puede poner puertas, Bryce, es algo que ha nacido en mi interior sin permiso. Sí, amo a Gina —admitió con una sonrisa leve—. Y no he necesitado llevarla al lecho para saberlo.

Bryce se sentó. El sol del amanecer se filtraba por los cristales, teñía la estancia de un tono ámbar que parecía suavizar las tensiones.

—Conozco esa sensación. Pero incluso si el juez concede el

divorcio, su reputación quedará tan mancillada que el escándalo será inevitable. Hará imposible que podáis estar juntos algún día. Recuerda que ella pertenece a la nobleza, y esta se rige por sus propias reglas.

—Lo que opine la sociedad siempre me ha traído sin cuidado. Pero Gina... Gina jamás se permitirá enamorarse de mí. Es una línea que no cruzará.

Bryce echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—No hay suficientes líneas rojas que el amor no se atreva a cruzar. No es un sentimiento que pueda encerrarse en normas. Si el corazón de Gina te ha elegido, créeme, no podrá resistirse.

El sonido de pasos interrumpió la conversación. Ambos hombres giraron la cabeza hacia la puerta. Dos lacayos, ataviados con levitas verde esmeralda y calzas ocres, entraron portando sendas maletas que depositaron con cuidado.

—Señor Ferrell, le hemos traído su equipaje.

—Gracias.

Los sirvientes hicieron una leve reverencia y se retiraron. Bryce observó las maletas con curiosidad.

—¿Te marchas de viaje? No me habías dicho nada.

—No, no me voy de viaje. Me he marchado de Ferrell House. Gina y su amiga Isolde se han instalado allí hasta el día del juicio.

La sorpresa se dibujó en el rostro del baronet, como si le hubieran propinado una bofetada invisible.

—Vas a provocar un escándalo monumental con esa decisión. Da igual si ha habido intimidad o no entre vosotros.

La mirada de Barney se encendió con furia contenida.

—Lo escandaloso es que Rothsay las echó de Claredon House. No tienen a nadie más.

Bryce asintió con pesar. Sabía que su amigo tenía razón, aunque

también comprendía que la situación era delicada.

—¿Y dónde piensas instalarte?

—Buscaré alguna propiedad en alquiler. Mientras tanto, me alojaré en un hotel.

—¿Y por qué no vienes a Tarraco Palace? Me agradaría tenerte como huésped.

Barney no lo dudó.

—Está bien. Será algo provisional.

—Puedes quedarte el tiempo que necesites. Lo sabes.

Barney alargó una mano y le apretó un hombro en un gesto de gratitud.

—Te lo agradezco, Bryce. Aunque creía que disfrutabas de la soledad.

—La disfruto, sí. Pero la tarea de encontrar esposa me está resultando tediosa. Necesito alguien con quien desahogarme.

Barney soltó una carcajada, y Bryce se unió a él.

—¿Nos vamos a Tarraco Palace? —sugirió el baronet—. Necesitas asearte y desayunar.

—Y dormir un poco. Te juro que voy a quemar este canapé. Ha sido una tortura.

—No culpes al canapé. No fue diseñado para servir de lecho.

Ambos salieron del Ferrell's y tomaron un carruaje hacia Tarraco Palace. Tras el desayuno, y antes de entregarse a un merecido descanso, Barney escribió una nota dirigida a Mr. Percival Ashcombe, el *solicitor* que representaría a Gina. Por la tarde visitaría a varios nobles influyentes que le debían favores, estaba decidido a acortar el proceso lo máximo posible.

Wallis no la humillaría por mucho tiempo. Ella no estaba sola.

Capítulo 8

El sol de media mañana apenas lograba acariciar Olympo Park. Su luz, antes vibrante, se desvanecía entre sombras largas y doradas. La mayoría de los pájaros ya habían emigrado hacia climas más benignos, y su ausencia dejaba el aire huérfano de melodías. Los árboles, en un lento ritual de despedida, se despojaban de sus hojas, que danzaban sobre el suelo como recuerdos que se negaban a desaparecer. El aire, cada vez más frío, anunciaba que el otoño estaba a punto de ceder su reinado a un invierno prematuro.

Gina, ataviada con un elegante vestido de paseo en tonos malva, una chaqueta spencer de terciopelo y un sombrero de ala ancha adornado con plumas discretas, avanzaba del brazo de Isolde por delante de una glorieta, donde había un pequeño grupo tocando a Mozart. A cada paso, las miradas se clavaban en ellas como alfileres invisibles: unas, furtivas; otras, descaradas. El murmullo constante de las conversaciones apenas disimulaba las risitas y los susurros que las seguían.

Isolde llevaba un vestido azul pastel con encajes blancos, cubierto por un *pelisse* que parecía flotar con cada paso. El bonete, decorado con cintas de seda, apenas lograba ocultar la ansiedad en su rostro

cuando frunció el ceño y tensó el brazo.

—Están hablando de ti... —murmuró, lo bastante bajo para que solo Gina la escuchara—. Del maldito rumor que ha propagado Wallis.

La condesa, aunque tenía el estómago revuelto, alzó la barbilla con serenidad estudiada. No apretó el paso ni dejó traslucir la más mínima vacilación.

—Que hablen. No pienso concederles el placer de verme afectada —respondió con una calma que ocultaba un incendio interior—. Quien se escuda en el veneno de los chismes no merece mi atención.

A la altura del salón de té, Athens Tea Room, una dama de porte impecable, lady Haversham, se cruzó con ellas. Sonrió con esa cortesía afilada que solía preceder a un comentario malintencionado.

—Oh, lady Rothsay... —dijo con voz melosa—. Qué admirable valor el suyo, paseando tan temprano. No muchas se atreverían a mostrarse con... con tanta entereza después de lo ocurrido.

El silencio que siguió pesó como plomo. Gina detuvo su andar. Sus ojos verde musgo, serenos pero firmes, se centraron en la mujer.

—Lady Haversham —replicó con una leve inclinación—, el valor no consiste en esconderse, sino en caminar con la cabeza erguida, incluso cuando otros preferirían verla inclinada. Le deseo una buena mañana.

Sin esperar respuesta, reanudó el paso con Isolde. La dama quedó atrás, mordiéndose el labio, sorprendida de no haber logrado su propósito. La música de Mozart se fue perdiendo a medida que avanzaban.

—Has estado magnífica —susurró Isolde, apenas conteniendo una sonrisa de orgullo.

—No —repuso Gina, sin dejar de mirar al frente—. Solo me niego

a que Wallis me lo arrebate todo.

El murmullo de voces siguió acompañándolas como una sombra, pero Gina lo sintió cada vez más lejano. Paso a paso, se aferraba a la certeza de que su dignidad dependía solo de ella y no del juicio ajeno.

Decidieron marcharse después de caminar un rato más, y subieron al carruaje. El vehículo avanzaba despacio por la avenida arbolada de regreso a Ferrell House. Isolde mantenía un silencio prudente, respetando la expresión serena pero tensa de Gina, que en ningún momento dejó de mirar por la ventanilla, convencida de que allá fuera guardaba más respuestas que las paredes que la esperaban.

Al llegar, subieron juntas a sus alcobas, que estaban una al lado de la otra. Entraron en la de Gina; y cuando la puerta se cerró tras ellas, el aire pareció aflojar. La estancia desprendía una elegancia contenida, cada objeto había sido escogido con un cariño que parecía flotar en el aire. Las paredes, vestidas de papel pintado en lavanda y gris perla, atrapaban el fulgor tembloroso de la chimenea, situada entre dos ventanas vestidas con cortinas de gasa. El dosel de lino sobre el lecho, sostenido por columnas de madera tallada, se mecía apenas, como si bostezara. Sobre la cómoda de caoba, frascos de cristal exhalaban perfumes de rosas y violetas, mientras una caja de música de porcelana esperaba el gesto de una mano que liberaría su melodía. En un rincón, el armario guardaba vestidos; en otro, el tocador, con su cepillo de plata y espejo a juego.

Gina se quitó los guantes con movimientos lentos y controlados; sin embargo, sus dedos temblaban apenas.

—No deberían tener ese poder sobre mí —dijo al fin, con voz baja pero firme.

Isolde se acercó, dejó su bonete sobre uno de los sillones que se hallaban frente a la chimenea.

—No lo tienen. Hoy has caminado entre todas esas lenguas viperinas y has salido intacta.

Gina sonrió con amargura.

—Por fuera. —Tomó aire—. De todos modos, no puedo fingir que no duele. Que una mujer como lady Haversham se atreva a insinuar que he perdido todo decoro, cuando sabe perfectamente quién es mi esposo y de qué es capaz. De hecho, todos lo saben, pero me crucifican a mí.

Isolde le tomó las manos.

—Precisamente por eso le duele verte erguida. Porque esperaba descubrirte rota.

Un silencio espeso se instaló entre ellas. Afuera, el cielo empezaba a nublarse, antes de que terminara el día volvería a llover.

—No voy a permitir que me destrocen —prosiguió Gina, ahora con un brillo decidido en los ojos—. No les daré la satisfacción. Si tengo que sonreír en cada paseo hasta que olviden su veneno, lo haré. Y si no olvidan —levantó la barbilla—, seguiré sonriendo igual.

Isolde asintió, orgullosa y protectora.

—Entonces no caminarás sola. Pasearemos juntas hasta que las miradas se cansen.

Gina respiró hondo, y por primera vez desde la mañana, la tensión en sus hombros cedió un poco. Se permitió apoyar la frente en el hombro de su amiga, y en ese gesto silencioso halló un instante de paz.

***

La luz de las llamas se reflejaba sobre los ventanales de la sala de visitas de Ferrell House. Gina e Isolde estaban sentadas junto a la chimenea, ocupadas en un té que se enfriaba sin que apenas lo

tocaran. La jornada había sido larga, y el paseo matinal había dejado una estela de pensamientos agrios.

Un lacayo entró, se inclinó con suavidad.

—Milady, el señor Ferrell y Mr. Ashcombe solicitan ser recibidos.

—Desde luego, por favor, no los haga esperar.

Gina dejó la taza sobre el platillo. Su respiración se volvió un poco más pausada en busca de serenidad. Instantes después, Barney apareció en el umbral, acompañado de un caballero de porte impecable y mirada inteligente, con una levita azul marino con botones dorados.

—Gina, Isolde, permitidme presentaros a Mr. Percival Ashcombe —dijo Barney con voz cálida—. Es, sin duda, el mejor *solicitor* que podríamos desear para tu causa.

Ashcombe hizo una reverencia medida, con la solemnidad de quien conocía el peso exacto de cada gesto. Pasaba de los cincuenta, con ojos negros que no perdían detalle y un cabello blanco, espeso pero ligeramente revuelto, como si la lógica no alcanzara a domarlo del todo. Su rostro, de una tersura que desmentía su edad, apenas mostraba arrugas, salvo en las comisuras de los ojos, donde la experiencia había dejado su firma más discreta.

—Es un honor, lady Rothsay. El señor Ferrell me ha informado someramente de su situación, y estoy dispuesto a poner toda mi experiencia a su servicio. Confío en que podamos enderezar lo que su esposo ha intentado torcer.

La mención directa a Wallis provocó un leve endurecimiento en la expresión de Gina, aunque sus modales se mantuvieron intachables.

—Le agradezco que haya venido, Mr. Ashcombe. Confieso que me reconforta saber que cuento con un profesional de su talla.

—Su caso requerirá precisión y discreción —continuó él—. He visto

demasiadas veces en mi oficio que la reputación se convierte en un arma arrojadiza. No pienso permitir que el conde, sin oposición, manipule a la opinión pública.

Isolde, que hasta ese momento había permanecido en silencio, intervino con una nota de firmeza.

—Lady Rothsay ha soportado ya demasiadas injusticias. Es hora de que alguien hable por ella.

Barney, de pie junto a la chimenea, observó a Gina con una mezcla de orgullo y preocupación.

—Conseguiremos la victoria —le murmuró despacio, como quien pronunciaba una promesa.

Gina sostuvo su mirada un segundo más de lo que dictaban las normas de etiqueta. Luego se volvió hacia Ashcombe.

—Muy bien. Dígame qué debo hacer.

El *solicitor* sonrió apenas, un gesto contenido pero seguro.

—Primero, reunir pruebas que desmientan cualquier acusación de adulterio. Y segundo, asegurarnos de que las verdaderas razones del conde queden expuestas. El resto lo dejaremos en manos de la ley.

Gina asintió, y por primera vez desde que comenzara el escándalo, sintió un hilo de alivio en medio de la tormenta.

—Si me disculpan, tenemos invitados a cenar y mi esposa no me perdonará si me retraso —comentó Ashcombe con un destello de humor.

Las risas estallaron en la sala. Un instante después, el *solicitor* se despidió, no sin antes concertar una cita para preparar el caso.

—Lo acompañaré a la salida —se ofreció Isolde, poniéndose en pie.

La dama y Ashcombe abandonaron la estancia, sus voces se fueron apagando a medida que se alejaban por el pasillo.

Barney y la condesa se miraron. Ella se levantó, avanzó hacia él

con la ligereza de una hoja que caía sin prisa. El cristal de la ventana devolvía un destello dorado del chisporroteo del fuego, mientras la lluvia fina trazaba hilos líquidos en el exterior. Él siguió con la mirada cada balanceo de su falda, cada leve inclinación del cuerpo.

—Gina... —Su nombre se mecía en cada suspiro.

Ella le impuso silencio con un dedo sobre los labios, pero en sus ojos brillaba una emoción irreprimible.

—Has sembrado esperanza en mi alma —susurró, la voz estaba empañada por el temblor de unas lágrimas.

Barney atrapó su mano y besó el pulso con una reverencia íntima.

—Todo saldrá bien —prometió, acariciándole una mejilla con la yema de los dedos.

Gina cerró los ojos y respiró hondo, dejó que el aroma a bosque y a viento que emanaba de él la invadiera. El corazón golpeaba contra su pecho como un animal enjaulado; su piel, estremecida, parecía buscar el contacto. Cuando abrió los ojos, la sonrisa de Barney era una luz que relucía solo para ella. Sus manos encontraron el calor de su torso. Él descendió la mirada a sus labios; ella respondió al gesto. Ambos se inclinaron apenas... la distancia se hizo mínima, tibia, y los labios se entreabrieron, dispuestos a unir alientos.

Entonces, los pasos de Isolde irrumpieron en el pasillo, claros y cercanos. El instante se quebró. Gina se apartó hacia la chimenea, disimuló la agitación bajo una compostura impecable; Barney permaneció junto a la ventana, la mano aún tibia por el roce de la suya.

—Me siento muy feliz —comentó Isolde, acercándose a su amiga —. Creo que Wallis no lo tendrá tan fácil con Mr. Ashcombe de nuestro lado.

Gina buscó, casi sin querer, los ojos de Barney.

—Debemos agradecerte tu decisión. Isolde tiene razón, sin duda,

no lo van a tener tan fácil como creen.

Él sostuvo su mirada apenas un segundo más de lo conveniente.

—Aún queda mucho camino, pero te aseguro que no dejaremos de luchar —dijo cambiando de tono con un leve esfuerzo—. Por cierto, ¿os agrada Ferrell House? Imagino que no habéis tenido inconveniente alguno.

—No, los sirvientes han sido muy atentos —respondió Gina—. Mi lugar favorito es el jardín de invierno.

—Coincido contigo —replicó Barney—. También es el mío.

—Pronto servirán la cena, ¿por qué no te quedas? Al fin y al cabo, es tu casa, y yo me siento como si te hubiese expulsado.

Barney acortó la distancia entre ellos.

—Debemos guardar las formas hasta el juicio. Me he instalado en Tarraco Palace, Bryce me ha invitado. Estoy bien, no cargues con remordimientos.

—¿Entonces te marchas? —La decepción se filtró en la voz de Gina, y la sorpresa cruzó el rostro de Isolde.

Él esbozó una mueca ligera, fingió no percibirlo, aunque en su interior ardía la certeza de que ella deseaba su compañía. Esa conciencia lo reconfortaba y lo atormentaba a partes iguales. Cada minuto a su lado avivaba un fuego que no podía permitirse encender. Si cedía, le darían la razón a Wallis, y Gina perdería más que un juicio: perdería su nombre, su dignidad, su vida. La sociedad la repudiaría sin miramientos.

—Cualquier problema que tengáis, enviáis una nota a Tarraco Palace con un lacayo. —Hizo una reverencia—. Buenas noches.

Barney salió al vestíbulo con paso medido, cuidando de que el eco de sus botas no delatara la agitación que llevaba dentro. Cada zancada la sentía como un acto de disciplina, un muro que levantaba contra el impulso de volver sobre sus pasos y buscar de nuevo la

calidez de sus ojos.

El aroma a leña quemada aún lo envolvía, pegado a su piel como una caricia invisible. Cerró la mano para atrapar la suavidad de ella y el latido acelerado que había sentido bajo sus dedos. Quiso conservar esa sensación, pero también temía que prolongarla lo arrastrara más allá de la prudencia.

Sabía que marcharse era protegerla, aunque en ese instante la renuncia le supiera a derrota. Al salir, el aire húmedo de la noche le rozó el rostro. Miró una vez más hacia la casa, a las ventanas iluminadas que guardaban lo que más deseaba, y lo que no podía reclamar.

Mientras se internaba en la penumbra del sendero donde al final del camino aguardaba su carruaje, la certeza se le clavó en el pecho: cada día que pasara lejos de ella sería una tortura. Pero también era consciente de que un solo paso en falso podría destruirla. Y él estaba dispuesto a soportar el infierno con tal de evitarlo.

Mientras, Isolde y Gina se sentaron cuando Barney se marchó. El salón pareció quedarse demasiado grande; el crepitar de la chimenea llenó el silencio. Gina permaneció quieta frente al fuego, la mirada fija en las brasas, que se consumían lentamente. El calor le acariciaba el rostro, pero no lograba disipar el frío que sentía por dentro. Aún podía percibir el aroma a bosque y a viento que él había dejado tras de sí.

Cerró los ojos y, en la penumbra de su mente, revivió el instante en que sus labios estuvieron a un suspiro de encontrarse. Un temblor le recorrió la espalda. Pensó en todo lo que no podían decirse, en lo que jamás podrían permitirse. Sin embargo, una pequeña llama —terca e insumisa— seguía encendida en algún rincón de su pecho. Suspiró resignada, todavía con los ojos fijos en las llamas, como buscando en esas lenguas danzarinas un mapa que

le mostrara el camino hacia un futuro imposible.

Pero Gina no era consciente de que Barney estaba frente a su carruaje y tenía la vista clavada en las ventanas de ese salón, que desde lejos parecían faros en mitad de la noche. En ese mismo instante, sin saberlo, ambos pensaron lo mismo: «Si el mundo fuera otro...».

—Barney es especial para ti —dijo Isolde, tanteando el terreno.

La condesa estaba tan absorta que dio un respingo.

—Sí... me estoy enamorando de él —murmuró Gina, con un peso dulce y amargo en la voz.

—No debería entristecerte. Muchos jamás conocerán lo que es amar.

—Triste consuelo. Porque no hay oportunidad para nosotros. Él lo sabe, yo lo sé. Nuestro amor nunca podrá ver la luz, ni hablar, ni sonreír...

La voz se le quebró. Después permaneció inmóvil, viendo cómo las brasas se apagaban en un lento parpadeo anaranjado. En cada crujido del fuego creía escuchar el eco de su nombre en la voz de Barney. Sentía que parte de sí misma se había marchado con él, como si arrastrara un hilo invisible que aún le tiraba del corazón.

Entretanto, Barney seguía de pie frente a su carruaje bajo la lluvia, se resistía a subir y a marcharse. Cada gota que caía sobre él parecía marcar el compás de su respiración agitada. En la mente, revivía el instante suspendido en que sus labios casi se habían encontrado, esa frontera que habían rozado sin cruzar.

Ella fijó la vista en una brasa solitaria, que se resistía a extinguirse. Él, en una ventana encendida que aún ardía como un faro en la noche.

Y aunque ninguno podía verlo, en ambos crecía la misma certeza, muda y poderosa: ese sentimiento que los unía avanzaba, lento pero

imparable, como la marea que subía sin que nadie pudiera detenerla.

Capítulo 9

La tarde se había tornado gris, y las nubes bajas presagiaban una llovizna persistente. En el salón de Ferrell House, Gina, Barney e Isolde aguardaban junto a una mesita donde el té humeaba sin que nadie lo tocara. Mr. Percival Ashcombe, meticuloso hasta en la forma de colocar sus guantes sobre el respaldo de la silla, desplegó una carpeta de cuero y la abrió con un gesto calculado.

—He revisado los detalles que el señor Ferrell me ha transmitido —comenzó, con tono mesurado—. El conde planea alegar adulterio e infertilidad. La primera acusación es difamatoria; la segunda, cruelmente impropia de ser ventilada en un tribunal.

Gina lo escuchaba con la espalda erguida y las manos enlazadas en el regazo. Desde su posición, Barney distinguía un leve temblor en sus dedos y el impulso de cubrirlos con los suyos lo atravesó como un rayo. Aun así, se mantuvo inmóvil, conteniéndose.

—No me sorprendería que intentara presentar informes médicos para reforzar su historia —dijo Barney, con la rabia ardiendo en su mirada canela—. Pretenderá probar que Gina es incapaz de tener hijos. Y él necesita un heredero como único varón vivo de su linaje.

Ella sostuvo su mirada un segundo más de lo conveniente, y en

ese instante el resto del salón pareció desvanecerse. Sus dedos, entrelazados, se tensaron. El brillo de las velas de un candelabro dorado resaltó la palidez de sus nudillos.

—Nunca me sometí a un examen médico —dijo al fin la dama, con una voz más baja de lo que esperaba—. Siempre creí que era cierto. Que yo era la causa. Me lo repitió tantas veces, con tanta convicción, que lo acepté como verdad.

Ashcombe ladeó la cabeza, la evaluó en silencio. El tictac del reloj de pie llenó la estancia. Barney no apartó la vista de ella.

—Entonces —sentenció con suavidad— lo trataremos como lo que es: una acusación sin pruebas reales. Y si él aporta informes, nos encargaremos de desmontarlos pieza por pieza.

Gina inspiró hondo, alzó la barbilla como quien se probaba una nueva armadura. Barney sintió el impulso de sonreírle, pero se contuvo; la formalidad era su refugio.

—Según recuerdo, los dos tíos de Wallis, hermanos de su padre, murieron sin descendencia, pese a estar casados durante muchos años —mencionó con un hilo de voz—. También se culpó de la infertilidad a sus esposas.

—¿Y si es él el que no puede tener hijos? —soltó Isolde tomando su mano.

Gina la miró. Jamás se había planteado esa posibilidad... hasta ahora. Y en ese instante comenzó a parecerle plausible. Un destello de esperanza se encendió en su mirada, que Barney captó al instante.

—Esperaremos a las pruebas que pueda aportar el conde. Si presenta algún informe médico sabremos que es falso —dijo el *solicitor* con tono grave—. Cada mentira desmontada es un paso más hacia la victoria.

Gina sintió cómo algo se aflojaba en su pecho. No era alivio pleno,

pero sí una grieta por donde empezaba a colarse aire nuevo. Él lo percibió en el leve cambio de su respiración.

—No pienso cargar culpas que no me pertenecen —declaró.

—Por otro lado —prosiguió Ashcombe—, necesitaremos testigos dispuestos a declarar que, en la noche del supuesto adulterio, usted y el señor Ferrell solo compartieron una cena para aclarar la deuda de su esposo, a petición de este. También será esencial reunir testimonios sobre la conducta del conde, especialmente en lo relativo a sus aspiraciones matrimoniales con otras damas adineradas.

Isolde inclinó la cabeza.

—Yo puedo declarar que la obligó a reunirse con el señor Ferrell para hablar de esa deuda. Y no será difícil encontrar personas dispuestas a hablar: Wallis tiene enemigos.

—Enemigos que, sin embargo, tal vez teman más a su apellido que al deber de decir la verdad —intervino Barney, apoyando un codo en el brazo de la butaca. Hablaba para todos, pero la intensidad de sus ojos estaba fija en Gina—. Me encargaré personalmente de recordarles los favores que me deben.

Ashcombe lo miró un instante, evaluando su determinación, y asintió.

—Perfecto. Mientras tanto, lady Rothsay, le aconsejo evitar cualquier ocasión social que pueda interpretarse en su contra. Sin embargo... —y aquí clavó la mirada en ella—, no debe encerrarse. Aislarse sería conceder la victoria a quienes quieren verla destruida.

Gina soltó por fin el aire contenido.

—Caminaré erguida —afirmó—. Aunque me miren, aunque cuchicheen. No dejaré de vivir porque él lo desee.

Barney sostuvo su mirada de nuevo. En ese silencio había orgullo, promesa, y algo más cruzando entre ambos.

—Entonces —retomó Ashcombe, cerrando la carpeta—, comenzaremos de inmediato. Cuanto antes se mueva esta maquinaria, menos oportunidades tendrá el conde de maniobrar.

Gina se puso en pie, marcando el final de la reunión. Observó cómo Ashcombe agarraba la carpeta. Escuchó la fórmula de cortesía que ponía fin a la reunión, pero apenas reparó en ella; su atención seguía anclada en la mirada de Barney, ese instante en que habían reconocido un sentimiento profundo que iba más allá de las palabras. Un calor inesperado le subió por el pecho. Tuvo la tentación absurda de pedirle en susurros que no la dejara sola en medio de esa batalla, aunque sabía que no podía. Reprimió su sentir profundo y recuperó la compostura.

—Señor Ashcombe, confío en usted. Barney... —hizo una pausa breve, y su voz se suavizó—, gracias.

Él inclinó la cabeza, pero por dentro ardía el deseo de romper la distancia, de decirle que haría mucho más que ayudarla. Y aunque no lo expresó, Gina leyó algo en su mirada, algo que hizo que el corazón le latiera un poco más deprisa.

Barney permaneció unos segundos junto a la mesa. Fingió acomodar el puño de la chaqueta, pero en realidad era para ganar tiempo y controlar la marea que le hervía por dentro.

La vio despedir a Ashcombe con ese aplomo recién recuperado y sintió un orgullo casi doloroso. Orgullo... y un deseo feroz que tuvo que enterrar bajo capas de discreción. Cada palabra suya durante la reunión había sido medida, pero cada mirada había dicho lo que no debía pronunciar. Y cuando ella le había dado las gracias, bastó para agitar algo profundo en él, como si su voz hubiera elegido un rincón oculto para quedarse.

Salió detrás de Ashcombe, con paso sereno, aunque por dentro cargaba la certeza de que ese vínculo entre ellos crecía al margen de

toda estrategia legal. Y eso, tarde o temprano, sería tan imposible de contener como la lluvia que ya golpeaba los ventanales.

***

En la penumbra elegante del estudio de Claredon House, las cortinas de satén apenas dejaban pasar la luz grisácea de la tarde. Había parado de llover, y el buen fuego que ardía en la chimenea ahuyentaba el frío húmedo del exterior. El olor a cera y papel viejo impregnaba el aire.

Lord Rothsay estaba recostado en un butacón de cuero, envuelto en una bata de terciopelo burdeos. Llevaba un pañuelo blanco en la mano, y cada cierto tiempo lo acercaba a los labios para reprimir una tos seca que atribuía con desdén a «un molesto resfriado de temporada».

—No es nada, sir —dijo, tras toser de nuevo—. Un poco de humedad londinense y corrientes de aire mal evitadas. Ahora, volvamos a lo importante.

Frente a él, de pie junto al escritorio, sir Cedric Langford, su *barrister*. Era alto y delgado, y con su cabello gris plateado peinado hacia atrás, proyectaba una figura rígida y calculadora. Su levita negra y su chaleco gris no dejaban lugar a ornamentos superfluos. Su mirada, de un azul acero, parecía perforar cualquier vacilación. Llevaba un bastón de madera oscura que portaba más por distinción que por necesidad.

—Me ha llegado la noticia —comenzó Langford sin rodeos— de que lady Rothsay ha contratado a Mr. Percival Ashcombe. Un adversario competente y muy persistente.

Wallis sonrió con una mueca sardónica.

—Persistente pero no invulnerable. Lo he visto defender a otros

antes. Cree en la justicia como un clérigo en su misa. Esa es su debilidad.

Langford entrelazó las manos a la espalda.

—La debilidad, milord, es creer que la opinión pública se doblegará ante argumentos morales. No le servirá con Ashcombe; es preciso minar la reputación de su esposa con hechos, o lo que parezcan hechos.

Wallis se inclinó hacia delante, una chispa de deleite resonó en su voz.

—Rumores más afilados, entonces. Quiero que, para cuando entremos en sala, Gina parezca lo que ellos ya sospechan. Cada paseo suyo, cada visita, debe ser materia de cuchicheos.

—También necesitaré un informe médico de su infertilidad.

El conde arrugó el entrecejo.

—No hay ningún informe, pero puedo encontrar algún médico que falsifique uno.

El sir se acarició la barbilla.

—Es arriesgado, teniendo en cuenta que ellos pueden rebatirlo aportando otro. Si demuestran que nuestro informe es falso, perderemos. ¿Está seguro, milord, de que ella no puede tener hijos?

A Wallis no le gustó el comentario e iba a reprenderlo. Sin embargo, se acordó de sus dos tíos, que murieron sin descendencia. ¿Y si era él el que no podía concebir? Un acceso de tos lo obligó a cubrirse la boca; esta vez, un tenue hilo de sangre manchó el pañuelo antes de que él lo apretara en el puño. Bajó la mirada apenas un instante, como si no quisiera darle importancia, y prosiguió.

—Entonces tendremos que centrarnos en demostrar que Gina es una mujer inmoral. Asegúrese también de que ningún testigo de mi círculo social esté dispuesto a declarar contra mí. Haga lo necesario.

Langford asintió con parsimonia.

—Haré que comprendan lo inoportuno de su participación.

Por un momento, el único sonido en la estancia fue el chisporroteo del fuego en la chimenea. Afuera, la ciudad parecía sostener el aliento antes de la tormenta.

—Sir —dijo Wallis al fin, recostándose de nuevo con gesto satisfecho—, cuando termine con ella, no solo habré conservado mi nombre intacto. Habré hecho que su nombre, pronunciado en cualquier salón, provoque un silencio incómodo.

El *barrister* inclinó levemente la cabeza, sin una sola palabra de aprobación o crítica. Su mirada decía que los engranajes ya estaban en marcha.

***

El reloj marcaba las siete y media cuando Gina, Barney e Isolde llegaron al despacho de Mr. Ashcombe, instalado en el primer piso de una sobria casa de ladrillo oscuro en Savile Row. Un lugar que había elegido por su discreta elegancia y la cercanía a los círculos de poder. Allí, entre fachadas georgianas y vecinos influyentes, sus clientes podían entrar y salir sin levantar murmullos.

Un lacayo, tan silencioso como la alfombra que amortiguaba sus pasos, los condujo hasta una estancia revestida de madera de nogal. Las estanterías, repletas de volúmenes encuadernados en cuero, desprendían un leve perfume a papel viejo y bergamota. Sobre el escritorio de caoba, una lámpara de aceite derramaba luz cálida sobre un tintero de cristal y una bandeja de correspondencia sellada con lacre. Un reloj de péndulo marcaba el tiempo con solemnidad, como si quisiera recordarles que cada instante allí tenía un peso.

Ashcombe los aguardaba de pie, impecable en su porte, con la

mirada de quien ya había medido y ordenado cada pieza antes de empezar la partida. Afuera soplaba un fuerte viento que arrastraba las nubes oscuras con premura y, de vez en cuando, sacudía los cristales de las ventanas.

Sin invitarlos a sentarse todavía, deslizó una mano hacia la carpeta de cuero sobre el escritorio y, con un leve asentimiento, dio comienzo a la reunión.

—Han empezado a moverse —anunció sin preámbulos—. Por favor, tomen asiento.

Señaló el amplio sofá de respaldo recto, tapizado en terciopelo verde oscuro, cuyas patas torneadas brillaban a la luz de la lámpara. Los cojines, firmes y alineados con exactitud, parecían más pensados para la compostura que para la comodidad.

Gina tomó asiento primero; Barney la siguió y, en ese breve instante en que sus manos estuvieron cerca, ambos compartieron una mirada fugaz que dijo más que cualquier saludo. Isolde ocupó el otro extremo, ajena al hilo invisible que aún tensaba el aire entre ellos.

—Me han llegado comentarios desde tres frentes distintos —explicó Ashcombe mientras se acomodaba tras el escritorio—. Dicen haber visto a lady Rothsay en citas imprudentes, y no tardarán en exagerarlo en los salones.

Gina, sentada con la espalda erguida, no pestañeó; solo un leve endurecimiento en la línea de sus labios delató la punzada. Barney, en cambio, con el índice, golpeó con suavidad la mesa, como quien domaba una respuesta demasiado vehemente.

—Es Langford —dijo con la certeza afilada en la voz—. Ese hombre nunca desperdicia un arma.

Ashcombe asintió con lentitud.

—Y su cliente, me temo, está dispuesto a usar cualquier munición.

Si dejamos que esta narrativa se asiente, costará el doble desmontarla.

Isolde, recostada en el sillón, rompió el silencio.

—Entonces habrá que tomarles la delantera. ¿Pero cómo?

El *solicitor* se inclinó hacia la mesa, desplegando varios folios.

—Necesitamos dos cosas: que los rumores se vean ridículos antes de que prendan, y que la atención pública se desvíe. Para lo primero, orquestaremos apariciones controladas en compañía irreprochable: damas de reconocido prestigio, esposas de jueces, quizá alguna benefactora de hospitales. Para lo segundo... —y aquí dirigió la mirada a Barney— tal vez un asunto casualmente más jugoso para los oídos de Londres.

Barney dejó asomar una media sonrisa, ladeó apenas la cabeza hacia Gina, como si quisiera incluirla en la conspiración.

—Conozco un par de escándalos latentes de nobles que han pasado por casa de la señorita Tate. Nada ilegal, pero sí lo bastante picante para eclipsar las habladurías de Wallis. Además, las esposas del marqués de Cherfield y del conde de Brewton acompañarán a Gina en apariciones públicas que cerrarán muchas bocas.

Ella inspiró hondo. Sintió su mirada recorrerla con una mezcla de ternura y promesa, tejiendo con los ojos unos brazos invisibles a su alrededor. La condesa le devolvió una sonrisa fugaz, casi clandestina, antes de volverse hacia Ashcombe.

—Hagámoslo. No voy a sentarme a ver cómo me despojan de mi nombre.

El *solicitor* sostuvo su mirada.

—Será un juego de velocidad y precisión, lady Rothsay. Y en ambos pienso ganar.

Barney cerró un puño sobre una de sus rodillas, un gesto breve pero firme, como sellando un pacto que solo ellos dos comprendían.

—Entonces empecemos mañana.

Una ráfaga más fuerte sacudió los cristales, y el temblor de la llama en la lámpara pareció anunciar que la batalla social estaba a punto de intensificarse.

Barney permaneció sentado un instante más, escuchó el repiqueteo del viento contra las ventanas como si fuera un eco de la conversación. Gina estaba tan cerca que podía percibir el leve perfume de su piel mezclado con el aroma a cera de la lámpara.

De pronto, ambos cruzaron las miradas. La determinación de Barney por protegerla brilló en sus ojos canela como un voto silencioso. Ella lo percibió, no sabía cuánto duraría esa alianza silenciosa ni hasta dónde los arrastraría, pero sí que, al levantarse de ese sofá, algo suyo se iría con él.

Capítulo 10

El cielo de Londres, despejado por primera vez en días, parecía haberse aliado con el plan de Ashcombe. Ferrell House bullía en un silencio contenido: Gina, impecable en un vestido de paseo color marfil con guarniciones de encaje, aguardaba en el vestíbulo junto a Isolde. El carruaje que las llevaría al paseo por Olympo Park ya estaba preparado, aunque no partirían solas.

A la hora convenida, dos carruajes adicionales se detuvieron frente a la entrada. De cada uno descendió una dama cuya reputación estaba más allá de toda sospecha: lady Ruth Benton y lady Krista Mills, conocidas por su filantropía y su gusto impecable, además de ser fundadoras de la influyente Cherfield Foundation. Ambas eran figuras veneradas en los círculos sociales por su implicación en obras caritativas de toda índole. Nadie olvidaba que sus esposos —el marqués de Cherfield y el conde de Brewton— figuraban entre las fortunas más sólidas de Londres, y que sus contactos e influencias solían activarse en causas que consideraban justas. Esta vez, habían decidido que Gina merecía respaldo. Y lo harían visible.

Gina descendió los peldaños de Ferrell House con la cabeza alta,

el paso firme y el vestido de paseo ondeando suavemente con la brisa. A su lado, Isolde caminaba con gesto protector, pero sin interferir.

Subió al carruaje sin ayuda, con la compostura intacta. La marquesa de Cherfield y la condesa de Brewton la saludaron con una inclinación cortés, y Gina respondió con una sonrisa medida. Lady Ruth hacía poco que había tenido un segundo hijo, una niña que estaba haciendo las delicias de su hermano.

Gina la observó, estaba radiante y había recuperado su hermosa figura. Sin duda la maternidad ensalzaba su belleza. Se esforzó por que no le afectara, ya que le pesaba no haber podido tener hijos, y más cuando era algo con lo que había soñado siempre. De pronto, ambas damas le guiñaron un ojo con aire travieso, como si le advirtieran que se divertirían poniendo en su sitio a las lenguas más afiladas de Londres. Gina soltó una risa breve, que bastó para suavizar el ambiente.

Durante el trayecto hacia Olympo Park, hablaron con franqueza. Le demostraron a Gina que podía confiar en ellas, no solo como aliadas estratégicas, sino como mujeres que sabían lo que era defenderse en un mundo que no siempre perdonaba.

Cuando el grupo entró en Olympo Park, la reacción fue inmediata: las miradas curiosas se multiplicaron, pero esta vez se mezclaban con desconcierto. ¿Cómo podía ser «culpable» una dama que paseaba del brazo de semejante compañía?

Isolde caminaba medio paso detrás, observaba con satisfacción la coreografía perfecta. En un momento dado, un par de señoras conocidas por su lengua viperina —la misma lady Haversham entre ellas— se acercaron con sonrisas tensas.

—Lady Rothsay, qué agradable sorpresa verla tan bien acompañada —dijo Haversham, subrayando cada palabra,

pesándolas como monedas en una balanza invisible.

Gina sonrió con una calma de acero.

—La sorpresa es mía, lady Haversham. Creí que estaría demasiado ocupada para disfrutar de la belleza del día. Pero ya ve, a veces es saludable cambiar de aires.

Lady Ruth intervino con dulzura glacial.

—Y más aún cuando se está en tan buena compañía.

—Sin duda está siendo un paseo muy agradable —añadió lady Krista.

Las demás asintieron como si aquello fuese una verdad incuestionable. El comentario dejó a Haversham con una sonrisa congelada antes de retirarse, y se despidió con una leve inclinación.

El paseo continuó sin incidentes, pero el rumor que corrió esa tarde en los salones no fue de adulterio, sino de la inesperada y poderosa escolta de Gina. Un golpe limpio. Y elegante.

Cuando Gina e Isolde regresaron a Ferrell House, la condesa miró a su amiga y dejó escapar una pequeña risa.

—Puede que esta haya sido la caminata más rentable de mi vida.

Isolde le devolvió la sonrisa.

—Y todo gracias a Barney.

—Sí, Barney..., tengo tanto que agradecerle.

A Gina se le iluminaron los ojos. Solo bajó la mirada un instante, y en silencio acarició el nombre que acababan de pronunciar.

El mayordomo le informó que el señor Ferrell estaba esperándola en el salón. Isolde, reclamada por un recado urgente, se excusó y la dejó sola. La condesa se quitó poco a poco los guantes y se los entregó a un sirviente, caminó a la estancia.

Barney estaba allí. La observaba con un afecto que ella ya reconocía como peligroso.

—Necesitaba saber cómo ha ido el paseo —explicó él, sabiendo

que no era prudente estar solos.

—Ha sido un golpe maestro —comentó la condesa, con una media sonrisa que apenas rozaba sus labios, avanzó unos pasos—. Todo Londres lo comentará esta noche. Y dirán lo que necesitamos que comenten para desmontar las mentiras de Wallis.

Él no se movió, pero sus dedos se cerraron en torno al respaldo de una silla para sostenerse.

—No sabes cuánto me alegra verte así..., erguida, dueña de la situación.

—Y no sabes cuánto te debo a ti —replicó Gina, sin apartar la mirada—. No solo hoy.

Un silencio denso se instaló entre ambos. Afuera, el sol otoñal entró por la ventana, como si quisiera empujarles el uno hacia el otro. Barney dio un paso, lo justo para que ella sintiera la calidez de su proximidad.

—No necesito que me lo agradezcas —murmuró—. Pero no me apartes nunca de tu lado. Pase lo que pase, déjame estar ahí. Yo te sostendré. Tú me sostendrás. No habrá agujero profundo que pueda tragarnos.

Gina lo contempló un segundo más, consciente de que si hablaba le confesaría que se estaba enamorando de él. Solo asintió, despacio, aceptando una promesa sin fecha.

—Tengo que irme —mencionó Barney mirando la puerta.

Gina se apartó lo suficiente para dejarlo pasar. En ese instante, el roce mínimo de sus mangas bastó para que el pulso de ambos se acelerara.

Y cuando él se marchó, ella sintió un vacío que la hizo gemir de desesperación. Lo amaba, ya no podía engañar más a su corazón.

***

En el estudio principal de Claredon House, el gris del cielo se filtraba por los ventanales y lo esparcía sobre paredes y alfombras. La chimenea crepitaba, pero su calor parecía detenerse antes de alcanzar el aire; el verdadero frío emanaba de la expresión pétrea de sir Cedric Langford, erguido junto al hogar.

Wallis, con una copa de oporto en la mano, se dejó caer en el sillón. Una tos seca le sacudió el pecho de improviso, lo obligó a cubrirse los labios con el pañuelo.

—Bueno, ¿qué informes tienes? —preguntó, dejando asomar la impaciencia.

Langford avanzó unos pasos. En una mano sostenía un recorte de periódico; en la otra, unas cuartillas con notas.

—Ayer lady Rothsay apareció en Olympo Park acompañada de dos damas cuya reputación es intachable: la marquesa de Cherfield y la condesa de Brewton. Dos nombres que neutralizan cualquier insinuación de escándalo. Y, para empeorar las cosas, esposas de hombres de su círculo, amigos del señor Ferrell.

El ceño de Wallis se endureció. Otro acceso de tos amenazó con abrirse paso; apuró un sorbo de licor para sofocar la explosión. Carraspeó con fuerza, sintió cómo el calor descendía por su interior.

—Así que Barney mueve ficha y lo hace con elegancia. Malditos sean él y todos los suyos.

El sir dejó los papeles sobre la mesita auxiliar frente al conde, los alineó con precisión casi quirúrgica.

—El efecto es evidente: quienes empezaban a creer en los rumores ahora dudan. Ha sembrado contradicción en la conversación social.

Wallis bebió otro trago —este, largo— y dejó la copa con un golpe seco.

—Entonces intensifiquemos la ofensiva. Si hoy la sociedad ve a

Gina como víctima protegida, mañana debe verla como una manipuladora que recluta damas para su teatro. No podemos permitir que este golpe se convierta en su salvoconducto.

La tos volvió más prolongada. Lo obligó a inclinarse hacia delante. Langford no dijo nada, pero sus ojos azules lo estudiaron.

—Creo que tendría que llamar al médico —sugirió sin perder su impasibilidad.

Wallis alzó la mano y la agitó al aire mientras se recuperaba.

—Es este maldito clima y la tensión. Pasará en cuanto empiece a ver resultados. —Se irguió y, con un destello de soberbia, concluyó —: Ella cree que esto es un juego de honor. Pero yo compito para ganar. Haz lo necesario, lo que sea. ¿Entendido?

Langford asintió, como quien recibe una orden esperada, y se dirigió a la puerta. El sonido de sus pasos, firmes y medidos, fue lo último que quedó en la estancia antes de que el silencio se rompiera con el leve crepitar del fuego... y de una tos persistente que ya no sonaba a simple resfriado.

***

Era por la mañana cuando Barney bajó a desayunar. Avanzaba por el pasillo hacia el comedor, y al pasar junto a la biblioteca de Bryce, se detuvo un instante. Como cada día, el baronet colocaba unas rosas en un jarrón: eran las flores favoritas de Clara, a quien rendía homenaje confeccionando ramos que después dejaba bajo el retrato que presidía su alcoba.

Barney cruzó el umbral. A través de las puertas balconeras observó cómo la niebla se derramaba sobre el paisaje. Ocultaba formas y colores como si quisiera preservar un secreto. La biblioteca imponía con su majestuosa quietud: paredes forradas de estanterías

de madera oscura, volúmenes con títulos dorados alineados con precisión. En una esquina, una esfera armilar; sobre la chimenea de piedra labrada, un escudo romano. El sofá rococó de patas doradas, las butacas a juego y la alfombra persa en tonos cálidos daban al conjunto un aire distinguido.

Se acercó a Bryce, que permanecía junto al escritorio de caoba maciza.

—Buenos días —saludó el baronet al verlo.

—Buenos días. Son preciosas estas rosas amarillas. Eres todo un experto cultivándolas.

Bryce esbozó una sonrisa triste, sin dejar de acomodar las flores en un jarrón, cuyos pétalos, contra la penumbra, parecían suspiros encendidos.

—Clara merece que me esfuerce —dijo, cortando con unas tijeras un tallo demasiado largo—. Habría sido feliz en el invernadero, rodeada de rosas de todos los colores.

Barney sabía que nada de lo que dijera aliviaría la culpa que su amigo cargaba desde la muerte de Clara.

—¿Has desayunado?

—Sí. No he dormido en toda la noche, así que me he levantado temprano —explicó el baronet.

—¿No te encuentras bien? —preguntó, se sentó en el borde del escritorio.

Bryce suspiró, dejó de colocar rosas y acarició una carta cercana.

—Ayer recibí una misiva de lady Eleanor Blackwood. Dice que Bath le gusta y que la estancia le está ayudando a curar sus heridas.

El baronet se pasó una mano por el rostro, un gesto nervioso que Barney no pasó por alto.

—¿Es por esa carta que no has conciliado el sueño?

Bryce se dejó caer en la silla curul de estilo romano con

incrustaciones de marfil.

—Estoy pensando en visitarla. Y quizá...

Barney se incorporó. Bryce mantenía la vista fija en las rosas.

—¿Quizá pedirle matrimonio?

—¿Te parece una locura?

—No. Tal vez sea lo que ambos necesitáis. Bath cura cuerpos y espíritus, pero hay heridas que solo sanan con compañía verdadera.

El silencio se volvió denso. Afuera, la niebla parecía contener la respiración, como si aguardara una resolución.

—Me siento indeciso —admitió Bryce—. Ella amaba a mi hermano y me dijo que solo se casaría por amor. ¿Y si me rechaza?

—No lo sabrás si no se lo preguntas. Dudo que lo haga; la idea de quedarse sola seguramente la inquieta. Las damas solteras no gozan de buena reputación.

—Es cierto. Podría proponerle un matrimonio que nos favorezca a ambos. Es evidente que ella nunca me amará... ni yo a ella. Mis sentimientos por Clara lo hacen imposible. Pero puedo ofrecerle estabilidad y una vida tranquila a cambio de un heredero. Después, tendrá libertad para vivir como quiera.

—No será un matrimonio perfecto, pero sí el que necesitáis. Hay muchos así en la nobleza. Y funcionan.

Bryce dejó escapar una risa seca, casi un suspiro.

—Lo que más temo es herirla sin querer. No lo merece.

—No subestimes a esa dama. Es más fuerte de lo que crees.

Unos pasos apresurados resonaron en el pasillo. La puerta se abrió apenas y el mayordomo, con el rostro inquieto, se asomó.

—Sir, señor Ferrell —saludó con una reverencia—. Un mensajero ha llegado con noticias urgentes.

Bryce se levantó de inmediato.

—Hazlo pasar.

Un instante después, entró un joven con el rostro sudoroso y el cabello pegado a la frente. Sostenía un sobre sellado que temblaba entre sus dedos.

—Es del Sr. Percival Ashcombe —anunció, jadeante.

Barney se tensó, tomó el sobre y lo abrió sin demora. Sus ojos recorrieron las líneas con rapidez.

—Llévese a este muchacho a la cocina y denle de comer y beber —ordenó Bryce al mayordomo.

El mensajero sonrió agradecido y salió con el sirviente.

—Tengo que irme —anunció Barney.

—¿Son malas noticias?

—No lo sé... Ashcombe pide que Gina y yo vayamos a su despacho de inmediato.

—Entonces no lo hagas esperar.

Barney asintió y salió a zancadas hacia Claredon House. Esperaba que no fueran malas noticias.

Capítulo 11

El pasillo hasta el despacho de Ashcombe se estrechaba como si quisiera retenerlos. El aire olía a cera de muebles y a algo más denso: expectativa. Barney caminaba con las manos cerradas en puños, los nudillos tensos, cada paso que daba era un conteo hasta algo inevitable. Gina, a su lado, retorcía los dedos enguantados, y una hebra de cabello había escapado de su peinado y le temblaba sobre la sien.

Isolde, unos pasos detrás, trataba de mantener la compostura, pero su respiración breve la delataba; cada eco de sus tacones contra la tarima sonaba demasiado alto. Ante la puerta, los tres quedaron inmóviles, atrapados en un instante suspendido. Ninguno se atrevió a mover la mano hacia el pomo, como si al tocarlo el silencio fuese a quebrarse junto a la calma precaria que aún les quedaba.

Barney respiró hondo y empujó. El olor a cuero curtido y papel envejecido inundó sus narices. La luz interior, más cálida pero no menos severa, caía sobre las paredes tapizadas de libros y el escritorio macizo tras el cual Ashcombe los observaba en silencio. El contraste era tan marcado que, por un instante, parecía que

hubieran cruzado no una puerta, sino un umbral hacia algo irrevocable.

La batiente se cerró tras ellos con un leve golpe seco. Ashcombe los vio de inmediato y caminó hasta el centro de la estancia. La luz dorada de las velas perfilaba sus hombros anchos y el brillo frío de los botones plateados de su levita. No habló de inmediato: primero dejó que el silencio hiciera su trabajo, pesado como un juicio. Sus ojos, oscuros e inamovibles, recorrieron a Barney, a Gina y a Isolde, se detuvo en cada uno el tiempo justo para que notaran cómo les desnudaba el ánimo.

—Gracias por venir con tanta prisa —dijo al fin, su voz era grave y medida—. Debo comunicarles algo que no puede esperar.

—¿De qué se trata? —preguntó Barney, sentía que cada segundo era una aguja clavada en su corazón.

Ashcombe señaló el sofá para que se sentaran. Desplegó sobre la mesa un sobre con el sello del tribunal. Sus dedos, largos y precisos, rompieron la cera y extrajeron el pliego.

—Confirmado —anunció con regocijo—. El juicio se celebrará en exactamente un mes.

Isolde levantó las cejas, y Barney se inclinó hacia delante con una chispa en la mirada. El alivio que sintieron fue inmediato, sus hombros se relajaron y sus bocas cincelaron una tenue sonrisa.

—Justo lo que queríamos —dijo Barney entre un suspiro—. Cuanto menos tiempo tengan Wallis y Langford para preparar su ataque, mejor. Este es nuestro momento para asfixiarlos con la velocidad de un rayo.

El *solicitor* asintió, aunque su tono seguía siendo prudente.

—Es una espada de doble filo. Ellos se verán forzados a improvisar, por lo que nosotros no podremos permitirnos errores. Cualquier movimiento en falso, y no habrá tiempo de corregirlo.

Isolde intervino:

—Entonces ¿cuál es el plan inmediato?

Ashcombe enumeró, como si fuera un general marcando posiciones:

—Uno: cerrar el círculo de testigos fiables en menos de dos semanas. Dos: reforzar la presencia pública de lady Rothsay en escenarios irreprochables. Tres: preparar las declaraciones para el tribunal de forma que no puedan ser tergiversadas.

Barney añadió, con la voz cargada de intención:

—Y yo me encargaré de que ciertos aliados influyentes en Westminster y en los clubes adecuados mantengan sus oídos atentos. Si Wallis intenta introducir pruebas fabricadas, lo sabremos antes de que lleguen a la sala de justicia.

Gina, que hasta ese momento había escuchado en silencio, habló con firmeza:

—No pienso ser una espectadora de mi propia defensa. Díganme en qué puedo intervenir y lo haré.

Ashcombe le sostuvo la mirada con respeto.

—Necesitaré que sea visible pero inatacable. Y que conserve la calma, incluso cuando intenten provocarla.

Barney apoyó una mano sobre su propia rodilla y, al volverse hacia la dama, la pierna de ella y la de él quedaron a un milímetro de rozarse. Su mirada la recorrió de forma tan directa que Gina sintió cómo el aire entre ambos se tensaba, como una cuerda a punto de romperse.

—Es lo que mejor sabes hacer —dijo con un tono bajo, casi íntimo.

La condesa respondió con una sonrisa apenas dibujada y el leve arqueo de una ceja que Ferrell entendió como un guiño reservado solo para él. Dejó que sus dedos rozaran de manera fugaz la mano

de él, antes de apartarlos como si nada.

—Entonces pongamos este mes a trabajar para nosotros.

El reloj de la estancia marcó la hora en un grave campanilleo. Afuera, Londres, suspendida entre una niebla que mantenía el ambiente en penumbra, seguía girando, ajena a la pequeña guerra que estaba a punto de librarse en sus salones y en su tribunal. Pero en ese reducido círculo, la estrategia ya estaba trazada.

***

La niebla seguía envolviendo la ciudad con parsimonia cuando, entrada la noche, sir Cedric Langford se encaminó con urgencia hacia Claredon House. Apretaba la empuñadura del bastón hasta blanquear los nudillos y mantenía la mandíbula rígida. Bajo el brazo, su portafolios guardaba una noticia que le había despertado la misma cólera que, estaba seguro, provocaría en el conde.

Atravesó el umbral del salón. La luz vacilante de las velas y el fulgor del hogar proyectaban sombras alargadas sobre la alfombra persa y deformaban las figuras como si tramasen un complot en silencio. Wallis permanecía de pie junto a la chimenea, giraba con deliberada lentitud el oporto en su copa cuando el seco chasquido de la puerta al cerrarse anunció la llegada de Langford.

El conde alzó la vista apenas, en realidad esperaba esa interrupción.

—Dígame que trae algo útil, sir —murmuró, moviendo el licor; el líquido granate atrapaba destellos de la llamas del hogar.

Langford avanzó con paso firme; el bastón se apoyaba en la alfombra sin hacer ruido. Depositó su maletín sobre la mesa auxiliar con un golpe seco.

—Le aseguro, milord, que esta noticia no lo dejará indiferente.

Un silencio breve, espeso, se instaló entre ambos, roto únicamente por el jadeo leve de las llamas de la chimenea. Wallis, sin invitarlo a sentarse, extendió la mano hacia el portafolios.

—Empiece.

Langford obedeció; sus ojos azules no se apartaron del conde mientras extraía un sobre con el lacre roto.

—Notificación oficial: la fecha del juicio ha sido fijada. Dentro de un mes.

La copa se detuvo en el aire; los nudillos de Wallis se tensaron en torno al cristal. La llama de una vela cercana vaciló, como si hubiera percibido el cambio en la atmósfera. Se volvió despacio, con la mirada colérica y el rostro enrojecido al reprimir un ataque de tos.

—Un mes... —repitió, golpeando cada sílaba—. Esto no es casualidad.

Langford asintió.

—Lo sospecho. Ferrell tiene amigos en todas partes. Influencias en el tribunal. Si ha movido los hilos, ha obtenido justo lo que buscaba: reducir nuestro margen de maniobra.

Wallis dejó la copa sobre la repisa con un golpe seco.

—¡Maldito Barney! Siempre tan gallardo, siempre tan dispuesto a jugar al héroe... —El acceso de tos terminó por doblegarlo; apretó el pañuelo contra los labios, recobró el aire y prosiguió—. Un mes no basta para enterrar a Gina en la opinión pública.

Su interlocutor avanzó hasta quedar a medio metro.

—Entonces usaremos la vía directa. No hay tiempo para sembrar dudas lentamente: necesitaremos pruebas que la destrocen en sala. Declaraciones, cartas... cualquier cosa que hunda su imagen sin posibilidad de réplica.

Wallis lo miró con una chispa de satisfacción perversa.

—Haremos que cada palabra que pronuncie sea un arma contra

ella. Que el juez vea a una mujer frívola, imprudente, indigna del apellido que lleva.

—Para eso —replicó Langford con voz suave como el filo de un cuchillo— necesitaremos testigos que no titubeen y documentos incuestionables, aunque se construyan con esmero artesanal. Y cuando la interrogue, no habrá indulgencia.

Wallis recuperó la copa y la alzó. Con media sonrisa torcida, sentenció:

—Si quieren un juicio rápido, lo tendrán; y cuando acabe, Gina no volverá a levantar la cabeza en Londres.

Langford asintió. El crepitar del fuego se mezcló con la respiración áspera del conde y marcó un compás inquietante: la cuenta atrás acababa de empezar.

El sir permaneció un instante más en el salón vacío después de que Wallis se retirara a su alcoba a descansar. El silencio que siguió estaba cargado de estrategia y de una amenaza latente, como el tambor lejano de una batalla que se acercaba. Se inclinó para cerrar el portafolios, pero lo acarició con los dedos un momento.

Ya podía verlo: Gina, de pie en el estrado, rodeada por el murmullo expectante de la sala. Él, a unos pasos, lanzando preguntas que no buscaban respuestas, sino grietas. Preguntas que la obligaran a titubear, a volver la vista hacia un rincón que no le ofreciera refugio.

En su mente, cada gesto suyo —una pausa, una ceja alzada, un silencio prolongado— se convertiría en un hilo invisible en el que ella acabaría enredándose. Lo bastante para que, cuando pronunciara la última palabra, la imagen de la condesa de Rothsay fuera irreparable ante los ojos del juez y del público.

Langford cerró su maletín con suavidad. La estrategia ya estaba escrita; solo quedaba esperar el momento de desplegarla.

***

Las siguientes cuatro semanas fueron intensas para Gina. Acudió a un sinfín de eventos e invitaciones, pero sin duda, la Feria de las Hojas Doradas, que se celebraba en Olympo Park, fue en la que más disfrutó. Acudió acompañada de Isolde, la marquesa de Cherfield y la condesa de Brewton.

El aire, fresco y limpio tras las últimas lluvias, arrastraba hojas ocres que bailaban entre los puestos y se colocaban bajo los toldos como mensajeras de la estación. Un sol bajo y tibio se filtraba entre nubes pálidas, acariciaba los tejados y hacía brillar, por momentos, los lazos dorados que adornaban la parada de la Cherfield Foundation.

Carruajes de familias distinguidas llegaban para pasear entre las barracas, fingiendo interés por encajes y loza mientras intercambiaban noticias y miradas calculadas. En el aire, el sonido de la orquestra que tocaba en la glorieta central competía con las risas de los niños y el pregón de los vendedores ambulantes, que ofrecían pañuelos de seda, golosinas y pequeñas tallas de madera.

Al caer la tarde, farolillos de vidrio teñido iluminaban el recorrido, y las hojas, arrastradas por el viento, parecían danzar al ritmo de la música. No era solo una feria, era el gran salón al aire libre donde se decidían acuerdos discretos, se sellaban alianzas y, a veces, se encendían intrigas que durarían todo el invierno.

El puesto de la Cherfield Foundation se levantaba bajo un toldo color crema, ribeteado con cintas doradas que ondeaban al vaivén de un aire fresco cargado de olor a castañas asadas. Sobre la mesa, dispuestos con orden y armonía, había cajas de pastelillos de almendra, frascos de mermelada y pañuelos bordados por las muchachas de la fundación; todos con pequeñas etiquetas

caligrafiadas, que indicaban su precio, a beneficio de jóvenes que no tenían recursos, para subsistir ellas y sus bebés.

Gina, impecable con su abrigo de lana azul y un sombrero adornado con hojas secas, ofrecía a una señora mayor un tarro de miel mientras Ruth, a su lado, envolvía con destreza un paquete de dulces para una joven pareja. Krista, siempre atenta, anotaba las ventas con letra firme en el libro de cuentas. Isolde reponía lo que se iba vendiendo. De cuando en cuando, se cruzaban miradas y leves asentimientos, como si en esos gestos invisibles circulara un código acordado.

Las cuatro sonreían al público con cordialidad, pero cada gesto era también un muro: cuanto más visible y unida se mostrara Gina en la vida social, menos grietas podría encontrar Wallis antes del juicio. Las damas de la comarca se acercaban a saludar, intercambiaban frases triviales sobre el clima o la feria y se marchaban llevando no solo sus compras, sino también la impresión de que la condesa de Rothsay estaba arropada por amistades intachables.

En un momento de calma, Ruth inclinó levemente la cabeza hacia Gina, fingiendo examinar una caja de pasteles.

—Media feria ha pasado ya por aquí —susurró—. Y todas se han ido con cosas... y con algo que contar.

Gina respondió con una breve sonrisa mientras ajustaba el lazo dorado que decoraba el puesto.

—Que sigan hablando, Ruth. Hoy, cada palabra que circula es un punto positivo más en mi defensa y un desastre para que Wallis se salga con la suya.

Y entonces, un grupo de caballeros cruzó la plaza acercándose al puesto. Krista enderezó la espalda, Gina se colocó tras la mesa, y dulces sonrisas volvieron a desplegarse para recibirlos.

Entre la multitud estaba Langford, que avanzaba despacio entre el

bullicio de la feria, saludando con leves inclinaciones de cabeza a conocidos y desconocidos por igual. El aroma a miel y madera tostada se mezclaba con el murmullo constante de conversaciones y risas, pero él solo tenía ojos para un rincón: el puesto de la Cherfield Foundation.

Bajo el toldo crema, Gina, Ruth, Krista e Isolde atendían a una pequeña multitud con la soltura y el aplomo de quienes sabían que todos las miraban. Cada sonrisa, cada palabra amable era un ladrillo más en la fortaleza que habían levantado en torno a ella. Langford se detuvo junto a un puesto vecino, observó cómo una señora de rango inclinaba la cabeza ante Gina con deferencia antes de marcharse con un paquete envuelto en papel dorado.

No necesitó acercarse más. Lo había visto todo: el respaldo social, la imagen intachable, el murmullo favorable extendiéndose de boca en boca. La ofensiva de Wallis no encontraría grietas allí.

Se ajustó el guante derecho con un gesto medido, y mientras giraba para marcharse, permitió que una idea se afianzara como un borde recién afilado: «La batalla se decidirá en el estrado. Y solo yo escogeré el momento y la pregunta con la que haré caer el telón».

El bullicio de la feria lo envolvió de nuevo mientras se alejaba, pero en su mente ya no había música ni voces, solo el eco del día del juicio acercándose.

Capítulo 12

El jardín de invierno se extendía como una joya acristalada en el ala este de Ferrell House. Rodeado por muros de cristal y hierro forjado, dejaba que la luz natural lo inundara incluso en los días más grises. Las ventanas, altas y arqueadas, vestidas con cortinas de gasa marfil, se mecían al más leve suspiro de aire.

El suelo, de mármol blanco con vetas doradas, devolvía el brillo de las lámparas suspendidas en faroles de cristal tallado. En el centro, una fuente de piedra en forma de flor vertía su agua con un murmullo constante, tejiendo una calma envolvente.

Las plantas, dispuestas con precisión, ofrecían un mosaico de verdes y fragancias: helechos, camelias, jazmines y orquídeas convivían en armonía; algunas, en macetas de cerámica pintada; otras, trepando por esbeltas estructuras de hierro. Un jardín vertical reclamaba una de las paredes como si la naturaleza hubiera decidido recuperar su lugar. En una esquina, una estantería baja reunía libros de botánica, poesía y filosofía; algunos mostraban el desgaste de las manos que los habían leído, otros aguardaban intactos.

Gina reposaba semitumbada en un diván tapizado en terciopelo verde, junto a una mesita de té de patas torneadas. Sobre esta, una

tetera de porcelana y una taza humeante aguardaban el primer sorbo. La víspera del juicio había decidido entregarla a la soledad, a fin de templar nervios y pensamientos.

Sin embargo, a veces, la certeza de que todo podía torcerse era una losa que amenazaba con asfixiarla. Sabía que no debía ceder al desaliento si no quería que Langford la destrozara. Ashcombe ya le había advertido de ello, sobre todo después de que la estrategia de los falsos cotilleos fracasara.

—Gina... —susurró Barney al verla.

Ella se sobresaltó y giró el rostro. Su sonrisa fue un poema para los sentidos de él. La condesa se incorporó, y Barney se acercó, lanzó una mirada lenta a su alrededor.

—Construí este lugar para pensar, para leer, para respirar —explicó.

Gina se abrazó a sí misma, como queriendo retener la calidez que él desprendía.

—Aquí hallo paz. Es un refugio donde los días fríos se vuelven cálidos y la soledad se transforma en compañía.

—Yo paso aquí muchas tardes, con una copa de coñac y la mirada perdida entre las hojas —confesó—. Es mi santuario, el único lugar donde puedo bajar la guardia sin que nadie lo advierta.

—Conmigo puedes ser tú mismo, no finjas lo que no eres. Veo en ti cualidades que no he notado en nadie. —Sus ojos, del mismo tono verde musgo del diván, se humedecieron—. Ojalá te hubiera conocido antes...

Barney dejó escapar una exclamación.

—Ojalá, Gina —susurró; por un instante, las palabras flotaron en el aire húmedo y perfumado del invernadero—. Pero a veces la vida nos enfrenta demasiado tarde, o justo a tiempo para no perdernos para siempre.

Ella intentó sonreír, aunque sus labios temblaban. Él sostuvo su mirada, consciente de que al día siguiente todo eso podía desvanecerse entre el estrépito del juicio y las opiniones ajenas.

—He venido porque sabía que estarías nerviosa —continuó Barney, con voz baja—. No puedo prometerte certezas, pero sí resistir a tu lado. Aquí, entre helechos y versos, no existen jueces, ni rumores ni incertidumbres.

Gina asintió y, por un instante, se permitió apoyar la cabeza en su hombro, absorbiendo esa efímera sensación de amparo.

—Tengo miedo, Barney —confesó con voz rota.

Se aferró a las solapas de su levita; él cubrió sus manos con las suyas.

—No debes tenerlo. Mañana piensa que estaré a unos metros, sosteniéndote para que no caigas. Pase lo que pase, no olvides nunca que eres más que un apellido, más que un escándalo. Eres luz. Y la luz siempre ilumina la oscuridad hasta hacerla desaparecer.

El silencio vibró entre ambos, cargado de palabras no dichas.

—Debo irme, Gina. No es prudente que me quede más.

Ella dio un paso atrás y asintió. Cuando la puerta del jardín de invierno se cerró tras Barney, el murmullo de la fuente volvió a ser el único sonido. La condesa permaneció un instante de pie, con las manos aún tibias por el calor de las de Ferrell. Afuera, la tarde se deshacía en tonos grises, y el cristal empañado empezaba a oscurecerse.

Se obligó a beber el té, ya casi frío, como si ese gesto cotidiano pudiera anclarla a algo firme. Luego recogió con lentitud los libros de la estantería, acarició sus lomos, consciente de que esa serenidad era un lujo que pronto se esfumaría.

Esa noche, el invernadero quedó sumido en la oscuridad a la espera de que la luz dorada de un nuevo amanecer se filtrara entre

las hojas y pintara sobre el mármol la sombra de un nuevo día. Ese en que los murmullos, las pruebas y las miradas convergerían en una sola sala. El día en que no habría más refugios.

***

La mañana amaneció con un cielo plomizo que parecía haber absorbido todo color. El carruaje se detuvo frente a los escalones del tribunal, y Gina descendió con paso medido, envuelta en su abrigo azul oscuro. A su lado, Isolde caminaba erguida, con el rostro sereno y la mirada firme, como un ancla invisible que sostenía a su amiga.

El tribunal se alzaba como si fuera un gigante de piedra caliza. Sus muros estaban ennegrecidos por el paso de los inviernos y el humo de la ciudad. Sobre el pórtico principal, columnas dóricas sostenían un frontón donde la balanza de la justicia aparecía esculpida con gesto severo.

Un murmullo recorrió a la multitud reunida a ambos lados de la entrada. El frío mordía, pero Gina apenas lo sentía: el aire olía a piedra húmeda y a expectación contenida. Notaba cómo se clavaban en ella las miradas curiosas; algunas, teñidas de simpatía; otras, de juicio silencioso.

Isolde no se separó un solo instante, su brazo rozaba el de Gina. Le enviaba con ese contacto un mensaje mudo: «estoy aquí». Juntas subieron los escalones, y la gran puerta de madera, con sus herrajes oscuros, se abrió para tragarse el último gramo de seguridad que retenía su cuerpo. Adentro, el eco de los pasos anunciaba que la hora había llegado.

En el interior, el olor a madera encerada y papel antiguo impregnaba cada rincón. Los bancos, alineados como un ejército, conducían la vista hacia el estrado, donde el sillón del juez, de

respaldo alto y tallas minuciosas, dominaba la sala como un trono. Tras él, una gran ventana dejaba entrar la luz plomiza del día. Caía sobre el suelo ajedrezado de mármol y sobre las mesas de roble cubiertas de plumas, tinteros y legajos.

En las galerías laterales, el público empezaba a ocupar su lugar; los susurros se apagaban al sentir el peso solemne del recinto. Un reloj de péndulo, adosado a la pared del fondo, marcaba cada minuto con un golpe hueco que parecía retumbar más de lo debido. De vez en cuando, una bota crujía sobre la tarima o una silla rechinaba al recolocarse, y esos ruidos aislados eran tragados por un silencio expectante.

Era un espacio construido para imponer respeto, donde hasta el más leve sonido podía convertirse en eco, y donde todos aguardaban la aparición de quienes, en esa jornada, se jugarían mucho más que un veredicto.

Apenas traspasó el umbral, Gina vio a Ashcombe erguido junto a la primera fila de bancos. Su porte recto y la expresión grave contrastaban con el murmullo expectante del público. Avanzó hacia ella con paso seguro; inclinó apenas la cabeza a modo de saludo y le ofreció el brazo.

—Milady —dijo en un tono que mezclaba respeto y una promesa muda de apoyo—, permita que la acompañe.

Gina aceptó, y juntos recorrieron el pasillo central, Isolde iba detrás. El golpe acompasado del péndulo resonaba implacable mientras las miradas seguían cada uno de sus movimientos.

Cuando se acercaban a su banco, el aire pareció densificarse. Barney, ya sentado entre dos caballeros, levantó la vista. Sus ojos se encontraron con los de Gina en un instante suspendido, ajeno al ruido de sillas, carraspeos y golpes de tos. No fue más que un cruce de miradas en el que había un cúmulo de cosas no dichas:

preocupación, aliento, y la certeza de que ese día marcaría un antes y un después.

Ashcombe la ayudó a tomar asiento. Él se situó con discreción a su lado, como guardián silencioso; Isolde se ubicó en el banco de atrás. Un segundo después, la puerta del fondo se abrió con un susurro solemne, y entraron Wallis, que había adelgazado, y sir Cedric Langford. Su paso era firme, pausado, como si el tiempo se plegara a su voluntad. El bastón de ébano de Langford golpeaba el mármol con una precisión casi ceremonial y marcaba el compás de su avance con autoridad.

Su mirada recorrió la sala sin prisa, se detuvo un instante en Gina. Bastó ese cruce para que ella sintiera el peso de una sentencia aún no pronunciada. Wallis, con la mirada vidriosa y el rostro pálido pero altivo, tomó asiento junto a Langford. El conde giró poco a poco el rostro hacia su esposa. No hubo palabras. Solo una mirada sostenida, cargada de desprecio, por parte de él; y de desafío, por parte de ella. La condesa se irguió, y cada vértebra reclamó su lugar. No se plegaría. No esta vez. Nunca más.

La puerta se cerró tras ellos con un toque sordo, y la sala pareció contener el aliento. La expectación crecía, como si el juicio ya hubiera comenzado sin que nadie lo anunciara.

El golpe seco del mazo rompió el murmullo de la sala. La puerta lateral del estrado se abrió y, con paso medido, apareció el juez, o mejor dicho, Su Señoría: alto, envuelto en una toga negra ribeteada de armiño. La peluca de bucles blancos caía con precisión y rozaba sus hombros. Sus facciones, pétreas, parecían no conocer el gesto de la indulgencia.

Subió los pocos escalones hasta su sitial, elevado sobre todos, ubicado en el centro mismo del estrado. Tras él, el escudo real presidía la escena, y recordaba a cada asistente que no estaban solo

ante un hombre, sino ante la autoridad de la Corona. A su derecha e izquierda, escribanos y ujieres aguardaban de pie, con las plumas listas sobre el papel.

La luz plomiza que entraba por la gran ventana a sus espaldas recortaba su silueta como un relieve solemne; cada movimiento —desde alisar la toga hasta ajustar un legajo frente a él— tenía la cadencia estudiada de quien sabía que, en ese lugar, era la máxima autoridad. Cuando tomó asiento, el péndulo del reloj marcó el compás de un nuevo silencio: el juicio estaba, oficialmente, a punto de comenzar.

El juez acomodó con parsimonia los pliegues de su toga y dejó que el silencio se extendiera como una marea. Luego, tomó el mazo de madera oscura y lo hizo descender con un golpe seco que resonó hasta la última fila.

—Este tribunal queda constituido —proclamó con voz grave, sin levantar más de lo necesario el tono—. Nadie hablará sin haber sido autorizado. Nadie se moverá sin mi permiso. Procedamos.

En la sala, hasta los murmullos más leves se apagaron. El golpe del mazo aún flotaba en el aire cuando la voz grave del juez se apagó. Gina, sentada junto a Ashcombe, sintió cómo la madera del banco parecía más rígida bajo su espalda. La luz que entraba por la gran ventana tras el estrado iluminaba la peluca y el rostro imperturbable de Su Señoría, y cada destello en el armiño de la toga parecía subrayar su poder.

Isolde mantenía las manos unidas sobre el regazo, la postura erguida y la cabeza alta, y proyectaba una calma que se filtraba como un bálsamo hacia Gina cuando esta le echó un rápido vistazo. Aun así, la condesa podía sentir el golpe seco y rítmico del péndulo en su propia respiración, marcando los segundos que la separaban del momento en que su nombre resonaría en esa sala.

Langford se puso en pie con lentitud, ajustó los puños de su levita y avanzó hacia el estrado con paso firme. La sala guardó silencio.

—Mi Señoría —comenzó, con voz clara pero sin alzarla—, no vengo a adornar esta causa con palabras grandilocuentes. Lord Wallis Sheppard, conde de Rothsay, solicita la disolución del vínculo matrimonial por causa de adulterio y falta de descendencia. —Su tono se volvió cortante—. Mi cliente ha sido paciente. Ha tolerado años de esterilidad, rumores y, finalmente, la humillación pública de ver a su esposa en brazos del señor Ferrell.

Ashcombe se levantó y lo interrumpió con dureza.

—La condesa de Rothsay ha sido objeto de rumores, de sospechas, de juicios sociales antes de que este tribunal siquiera abriera sus puertas. Pero hoy no estamos aquí para juzgar apariencias, sino hechos. —Avanzó un paso y clavó la mirada en el juez—. Y los hechos, cuando se despojan de la maleza que los rodea, revelan una verdad simple: que esta dama ha resistido con dignidad, con entereza y con una voluntad que no se quiebra ante el desprecio ni la manipulación. Su esposo, en cambio, ha mantenido diversos amoríos con otras mujeres, la señorita Tate, entre ellas; él es su cliente. Solo busca la disolución del matrimonio para casarse con una noble rica que le permita sostener sus excesos.

Se volvió un instante hacia Gina, sin mirarla directamente, como si su sola presencia bastara.

—No pedimos indulgencia. No pedimos simpatía. Pedimos justicia. Que se mire con equidad, que se escuche con atención y que se decida con la serenidad que este lugar exige. —Ashcombe inclinó la cabeza hacia el juez—. Eso es todo, Mi Señoría.

El juez permaneció inmóvil, tenía los dedos entrelazados sobre el legajo, como si quisiera atrapar en sus manos el eco de las últimas frases. Sus ojos, ocultos bajo la sombra de la peluca, se movieron

con lentitud de un abogado al otro, sin revelar juicio alguno.

En la galería, un murmullo contenido recorrió las filas, sofocado de inmediato por la mirada severa de un ujier. Algunos asistentes se inclinaron hacia adelante, temían perderse el más mínimo gesto. Otros se recostaron, evaluando en silencio el golpe que cada parte había asestado.

Gina sintió que el aire se había vuelto más denso, como si cada respiración costara un esfuerzo. Wallis, en cambio, mantenía la vista fija en el frente, pero la tensión en su mandíbula delataba que las palabras de Ashcombe habían calado más hondo de lo que quería mostrar.

El juez tomó la pluma, anotó algo breve en el margen de un documento y, sin levantar la voz, dijo:

—Procedamos.

Capítulo 13

Uno a uno, fueron llamados los testigos. Criados de la casa, antiguos lacayos y hasta la señorita Tate pasaron por el estrado. Sus voces —unas, titubeantes; otras, seguras— se perdieron en el murmullo de la sala. Dejaron tras de sí fragmentos de historias, insinuaciones y medias verdades. El juez escuchó sin alterar el gesto, de tanto en tanto tomaba notas escuetas. El público, en cambio, se inclinaba hacia adelante cada vez que un nombre conocido resonaba en la sala.

Pero todo eso no era más que un preámbulo. El momento que todos aguardaban llegó cuando el ujier pronunció el siguiente nombre: la condesa de Rothsay.

Por un instante el murmullo de la sala se apagó. Gina se levantó despacio, sentía el peso de cada mirada que la seguía hasta el estrado. El crujido leve de su falda al sentarse fue el único sonido antes de que Langford se pusiera en pie.

Se acercó con paso medido, tenía las manos enlazadas a la espalda, y la observó en silencio durante un segundo más de lo necesario.

—Condesa de Rothsay —dijo al fin, con voz suave pero venenosa

—, ¿podría confirmar ante este tribunal su actual lugar de residencia?

Gina alzó la barbilla.

—Ferrell House.

Langford esbozó una sonrisa apenas contenida. Un murmullo recorrió la sala y el juez se vio obligado a golpear con el mazo.

—¿Ferrell House? ¿La residencia del señor Ferrell?

—El señor Ferrell me ofreció cobijo cuando mi esposo —lo miró con dureza— me echó de Claredon House. Él ha sido la única persona que me ha tratado con respeto; tanto es así que se trasladó a vivir a Tarraco Palace precisamente para preservar mi buen nombre.

—Condesa de Rothsay, ¿puede explicar a este tribunal la naturaleza de su relación con el señor Ferrell en la actualidad?

Gina sostuvo su mirada sin pestañear.

—El señor Ferrell es un conocido de mi esposo, y las circunstancias lo han convertido en mi amigo —respondió—. Nada más.

Langford alzó una ceja, como si evaluara la solidez de esa respuesta.

—¿Nada más? —repitió, dejando que el eco de la pregunta flotara en la sala—. ¿Ni siquiera cuando, según varios testigos, aseguran que cenó a solas con él en su residencia?

Otro murmullo recorrió la galería. Sin embargo, Gina no apartó la vista.

—Ni siquiera entonces —dijo con voz firme—. Si estaba allí fue por petición de mi esposo; me utilizó para saldar sus deudas de juego. No toda cena es un escándalo, señor Langford.

El *barrister* sonrió apenas, sin alegría.

—Veremos si el tribunal comparte su opinión.

Langford dio un paso más, se inclinó un poco hacia ella.

—Milady, ¿puede explicar por qué en más de una ocasión, el señor Ferrell ha ido a visitarla a horas poco... habituales?

Gina ni siquiera parpadeó.

—Porque el señor Ferrell es un amigo leal que ha estado apoyándome en este proceso tan vergonzoso que busca mi deshonra. Y porque, a diferencia de otros, es un hombre decente.

Un murmullo se deslizó por la galería. Langford no se inmutó.

—¿Habla de decencia? —repitió con una sonrisa breve—. ¿Es decente que una dama casada reciba a un caballero a solas?

—Es más decente —respondió Gina, con voz firme— que un esposo que mantiene amantes conocidas por toda la ciudad.

El golpe verbal hizo que algunos asistentes se removieran en sus asientos. Langford entrecerró los ojos, como si midiera la fuerza de su siguiente ataque.

—¿Está usted insinuando que el conde de Rothsay ha sido infiel, un noble bien considerado por la sociedad?

—No lo insinúo —dijo ella, sin apartar la vista—. Lo afirmo. Si hubiera justicia, tendría que ser yo quien solicitara el divorcio por adulterio. Pero soy una mujer, y nosotras poco podemos hacer cuando nuestros esposos son infieles.

El silencio que siguió fue tan denso que se podía oír el roce de la pluma del escribano sobre el papel. Langford se irguió, ocultó cualquier reacción y dio un paso atrás.

—No más preguntas... por ahora.

Langford y Gina regresaron a sus asientos, y el murmullo que había empezado a crecer en la galería se apagó bajo la mirada severa del juez. Gina permaneció con la espalda erguida, con el pulso firme, sintiendo aún el peso de las últimas palabras que había pronunciado.

Mientras, el ujier consultó la lista y alzó la voz:

—Señor Barney Ferrell.

Barney se levantó de entre el público, avanzó con paso seguro hacia el estrado. Al pasar junto a Gina, sus miradas se cruzaron: en la de él brillaba la promesa silenciosa de que todo saldría bien; en la de ella, un agradecimiento contenido que no necesitaba palabras.

Se acomodó en el asiento de los testigos y juró decir la verdad. Miró al juez, luego a Langford, que se puso en pie de nuevo con esa media sonrisa que no alcanzaba a suavizar la dureza de sus ojos. La siguiente ronda había comenzado.

—Señor Ferrell —comenzó el *barrister*—, ¿desde cuándo conoce usted a la condesa de Rothsay?

—La conocí el año pasado. La marquesa de Cherfield me la presentó en una cena en Neapolis Palace —respondió Barney, sin vacilar.

—¿Y desde entonces cuántas veces se han reunido a solas?

Barney clavó sus ojos en los de él.

—Muy pocas, le aseguro. Y no hubo nada deshonroso. Solo ha habido amistad, sir Langford. Y lealtad.

El sir torció la boca.

—¿Está diciendo la verdad, señor Ferrell? ¿No hubo intimidad en la noche en la cual cenaron... a solas?

Barney se tensó, tanto que su musculatura crujió.

—Permítame ser claro: no hubo adulterio. La condesa pasó una velada conmigo, sí, pero lo hizo movida por una desesperación noble: salvar a su esposo de la ruina. No hubo pasión, no hubo entrega, no hubo traición. Que yo sepa, cenar no es delito. Y si lo fuera, este tribunal estaría muy concurrido.

Un siseo divertido recorrió la galería. Pero Langford no sonrió.

—Tiene usted fama de causar estragos en las mujeres, todas caen

rendidas a sus pies. ¿Me está diciendo que la condesa Sheppard es inmune a sus encantos masculinos?

Barney reaccionó de inmediato.

—La condesa de Rothsay es demasiado leal, incluso cuando la vida le negó la felicidad; y ha sido valiente al aceptar sacrificarse por el bienestar de su esposo. Ahora se le acusa de lo que no hizo. Ella es especial, y el conde ha cometido el error de no darse cuenta.

—No le he pedido su opinión sobre ella. Cíñase a responder lo que se le pregunta.

—¿No cree que la condesa de Rothsay merece ser honrada con la verdad? —replicó Barney, sin apartar la mirada—. ¿Usted es de los que honra la verdad o de los que gana a cualquier precio?

El silencio que siguió fue denso. Langford lo fulminó con la mirada, después se volvió hacia el juez.

—No más preguntas.

Barney bajó del estrado con paso tranquilo, pero en sus ojos brillaba la satisfacción de quien sabía que había resistido el embate sin ceder un solo palmo. Al pasar junto a Gina, se detuvo apenas un instante. Sus miradas se encontraron: en la de él había la firmeza de que había cumplido con su deber; en la de ella, una admiración pura, sin necesidad de pronunciarlo.

Después, Barney siguió su camino hasta su asiento, y Gina volvió la vista al frente, con la espalda más erguida que antes. Sentía que el leve intercambio de miradas que habían compartido le había devuelto un aliento de fuerza. El murmullo en la sala se apagó poco a poco, como si todos comprendieran que lo esencial ya se había dicho.

El juez asintió al ujier.

—Alegatos finales.

Langford se levantó despacio, ajustó el cuello de su levita y

avanzó hasta el centro del estrado.

—Mi Señoría —dijo con voz grave—, no estamos aquí para debatir simpatías ni para medir quién ha sabido ganarse el favor de la galería. Estamos aquí para examinar hechos.

Hizo una pausa breve y dejó que el silencio se asentara.

—Mi cliente, el conde de Rothsay, ha soportado durante años la ausencia de un heredero, los rumores persistentes y, finalmente, la humillación pública de ver a su esposa en actitudes impropias con otro hombre. No se trata de conjeturas, sino de testimonios y circunstancias que, en conjunto, dibujan un patrón que este tribunal no puede ignorar. —Se inclinó levemente hacia el juez—. No pedimos severidad, sino justicia. Y la justicia, en este caso, exige conceder la disolución del matrimonio para que mi cliente pueda rehacer su vida sin la sombra de la deshonra.

Langford regresó a su asiento con paso medido, sin mirar a Gina.

Ashcombe se puso en pie con calma, sabiendo que cada palabra contaba. Caminó hasta el estrado y, por un instante, dejó que su mirada recorriera la sala.

—Mi Señoría —comenzó—, lo que se ha expuesto aquí no es la historia de una esposa infiel, sino la de una mujer que ha soportado años de abandono emocional y humillación pública. —Su voz se volvió más firme—. Las acusaciones de adulterio no han sido probadas. La supuesta infertilidad no es delito ni falta moral. Y, sin embargo, mi cliente ha sido arrastrada a este tribunal para servir a un propósito que nada tiene que ver con la justicia: liberar al conde para que pueda contraer matrimonio con una heredera rica que financie sus excesos.

Se volvió un instante hacia Gina, sin mirarla directamente.

—Solicito, por tanto, que este tribunal no se deje llevar por la apariencia de los hechos, sino por su esencia. Que vea en la condesa

de Rothsay no a una mujer culpable, sino a una mujer que ha dado mucho más de lo que ha recibido y que no merece el trato que se le ha concedido. —Ashcombe inclinó la cabeza hacia el juez—. Eso es todo, Mi Señoría.

Cuando volvió a tomar asiento nadie se movía. Nadie tosía. Hasta el péndulo del reloj parecía haber ralentizado su compás, como si el tiempo mismo contuviera el aliento.

El juez permaneció inmóvil unos segundos, dejó que el eco de ambos alegatos se disipara por completo antes de moverse. Sus manos, entrelazadas sobre el legajo, no mostraban impaciencia, pero sus ojos —ocultos bajo la sombra de la peluca— recorrían con lentitud la sala, evaluando no solo lo dicho, sino cómo había sido expresado.

En la galería, nadie se atrevía a romper el silencio. El aire estaba cargado, denso, como si cada respiración pudiera inclinar la balanza. Un ujier tosió con disimulo, y el sonido pareció retumbar más de lo debido.

Gina mantenía la vista fija en el estrado, sentía todavía el calor de la mirada de Barney minutos antes. Wallis, rígido, evitaba cualquier gesto que pudiera delatarlo, pero la tensión en su mandíbula era visible incluso a distancia.

El juez tomó la pluma, anotó algo breve en un documento y, con un movimiento pausado, la dejó a un lado. Sus dedos se cerraron sobre el mazo.

—Este tribunal —comenzó con voz severa— procederá a dictar sentencia.

Capítulo 14

El juez había escuchado dos versiones de una misma historia: una, envuelta en hielo; otra, en fuego. Langford había sembrado duda con precisión quirúrgica; Ashcombe había apelado a la dignidad con voz firme. Y ahora, todo pendía de su juicio. Alzó la vista, y su mirada recorrió la sala sin detenerse en nadie. Luego, tomó el mazo de madera oscura y lo sostuvo en alto, sin golpear aún.

—Este tribunal ha escuchado con atención —dijo con voz grave—. La causa ha sido expuesta con claridad por ambas partes. La decisión que se pronunciará no responde a rumores ni a simpatías, sino a los hechos presentados y al deber que este estrado representa.

Y entonces dejó caer el mazo con un golpe seco que hizo vibrar el silencio.

—Se han examinado las pruebas y se han considerado los alegatos de ambas partes, y se dicta lo siguiente: se deniega la solicitud de disolución matrimonial presentada por el conde de Rothsay. La acusación de adulterio contra la condesa de Rothsay no ha sido probada ante este estrado. Que conste en acta que la dama ha mantenido su conducta dentro de los márgenes de la decencia y

la dignidad que su rango exige.

Un murmullo, mezcla de sorpresa y alivio, recorrió la galería.

—En consecuencia —prosiguió el juez—, el vínculo matrimonial permanece vigente. No se le concede al demandante la libertad para contraer nuevas nupcias.

El juez firmó el documento con trazo firme y devolvió la pluma al escribano.

—Que se levante la sesión.

El mazo descendió por última vez. Gina sintió cómo el aire volvía a entrar en sus pulmones, mientras Isolde, detrás de ella, apretaba su hombro con fuerza. En el banco opuesto, Langford no dijo nada, pero su semblante delataba la difícil digestión que le estaba provocando la sentencia. A su lado, Wallis pertenecía inmóvil en su asiento, su rostro estaba tenso, dejó escapar un leve jadeo. Al principio, apenas un temblor en su respiración; luego, un sudor frío perló su frente.

Intentó incorporarse, pero un acceso de tos lo dobló sobre sí mismo. El sonido, áspero y profundo, rompió el silencio solemne. Un pañuelo blanco apareció en su mano, y cuando lo retiró, una mancha oscura y densa lo delató.

Algunos en la galería se inclinaron hacia adelante; otros apartaron la vista. Wallis buscó aire, pero la tos volvió con más fuerza, y le arrancó un hilo de sangre que tiñó sus labios. Y un instante después, su cuerpo se desplomó al suelo ajedrezado con un golpe hueco, que rompió la solemnidad del tribunal. El conde quedó inerte sobre el mármol, apenas con una brizna de conciencia.

Un murmullo inquieto recorrió la sala. El ujier más cercano se agachó junto a él, mientras Langford se levantaba de golpe, con el rostro tenso. Gina no se movió. No podía. La revelación era tan clara como el silencio que siguió: el conde estaba enfermo de gravedad. Y

el tiempo ya no jugaba a su favor.

La condesa seguía inmóvil, con los dedos aún entrelazados sobre el regazo, sin saber si lo que sentía era sorpresa, alivio o una punzada de compasión que no quería reconocer. Isolde reaccionó primero: su espalda se tensó y su mirada se endureció, como si evaluara en un segundo si era un ardid o una verdad desnuda. Pero al ver el pañuelo empapado de sangre, supo que no había fingimiento posible.

Barney, desde su banco, se inclinó hacia adelante, con los ojos fijos en el rostro pálido del conde. No había triunfo en su expresión, solo la comprensión súbita de que el enemigo que habían temido estaba ya librando otra batalla, la más importante de todas. Una que quizá no ganara.

El ujier y un médico improvisado se arrodillaron junto a Wallis, mientras Langford intentaba apartar a los curiosos. El murmullo creció como una ola, mezclaban el asombro con el morbo. Gina, sin apartar la vista, sintió que algo se cerraba dentro de ella. No era perdón. No era venganza. Era la certeza de que, con o sin sentencia, el tiempo ya había dictado su propio veredicto.

El murmullo se transformó en un silencio glacial cuando los ujieres, con ayuda de Langford, levantaron el cuerpo inerte de Wallis. El pañuelo empapado de sangre, aún en su mano, era un estandarte involuntario de su derrota.

Gina se puso en pie despacio, sentía el peso de decenas de miradas que se clavaban en ella: unas de compasión, otras de curiosidad, algunas de puro morbo. Isolde se adelantó medio paso, le abrió camino con la firmeza de quien no admitía tropiezos. Barney, desde el otro lado, se unió a ellas sin decir palabra y formaron un muro silencioso a su alrededor.

Atravesaron el pasillo central mientras, a sus espaldas, el juez

abandonaba el estrado y el eco de las botas de los ujieres se mezclaba con el golpeteo apresurado de los curiosos que salían a la calle para propagar la noticia. Al cruzar el umbral, el aire exterior los envolvió con un frescor inesperado. Afuera, la multitud se agolpaba, y un rumor creciente recorría la plaza: «El conde ha caído... tosía sangre... está perdido».

Gina no miró atrás. Cada paso la alejaba del mármol, de las togas, de la voz del juez... y de un matrimonio que, aunque seguía vigente en los papeles, había quedado roto para siempre. En algún lugar, una campana dio la hora. Y con ese tañido, la ciudad entera parecía ya saber que el orgulloso conde de Rothsay no solo había perdido su causa, sino también la batalla contra el tiempo.

Barney, Isolde y Gina subieron al carruaje que, de inmediato, se puso en marcha. Avanzaba despacio por las calles empedradas, alejándose del bullicio que aún resonaba frente al tribunal. Dentro del vehículo el silencio era espeso, roto solo por el traqueteo de las ruedas y el lejano repicar de otros carruajes.

Gina mantenía la vista fija en la ventanilla, observaba cómo la ciudad pasaba ante sus ojos y nada le parecía real. La imagen de Wallis desplomándose, el pañuelo manchado de sangre, el murmullo de la multitud... todo se mezclaba con la voz grave del juez dictando la sentencia. Isolde, sentada a su lado, le tomó una mano con un gesto firme, sin palabras. No hacían falta, su presencia era un recordatorio de que no estaba sola.

Frente a ellas, Barney las observaba en silencio. Había en su mirada canela una mezcla de alivio y preocupación, como si supiera que la victoria no borraba las cicatrices del pasado ni las sombras del futuro.

—Ya ha terminado todo —dijo él por fin, con voz baja.

Gina giró el rostro hacia Barney.

—No —respondió con una calma extraña, sus ojos verdes musgo se empañaron de lágrimas—. Solo ha cambiado de forma. Ahora se ha puesto en marcha otro tipo de juicio. Todos estarán pendientes de la compasión o de la venganza que yo le brinde al conde en sus últimos instantes de vida.

El carruaje giró por una calle estrecha y se detuvo frente a Ferrell House. El aire olía a lluvia próxima, y Gina, al bajar, sintió que el peso que llevaba encima no había desaparecido. Se había desplazado, ya no era el peso del miedo, sino el de un nuevo comienzo que aún no sabía cómo afrontar. Cuando entraron en la mansión, la condesa se retiró a su alcoba y Barney se marchó a Tarraco Palace.

Y entonces llegó la noche. La lluvia fina golpeaba los cristales con un ritmo constante, meciendo la noche con su murmullo tenue. Gina permanecía sentada junto a la ventana de su habitación, envuelta en una bata ligera, con las manos alrededor de una taza de té que ya se había enfriado.

No había lágrimas. Tampoco sonrisas. Solo una calma extraña, como si el día hubiera vaciado todo en ella. Cerró los ojos y volvió a ver la sala del tribunal: el rostro imperturbable del juez, el golpe del mazo, el murmullo de la multitud..., y luego, la tos punzante de Wallis, la mancha roja en el pañuelo, su cuerpo desplomándose. No sentía triunfo. No sentía pena. Lo que quedaba era una certeza fría: él ya no podría destruirla. No por la sentencia, sino porque el tiempo —y la enfermedad— habían dictado su propio fallo. Se levantó y abrió un poco la ventana. El aire húmedo de la noche le acarició el rostro. Por primera vez en mucho tiempo, respiró hondo sin sentir que el peso del pasado le cerraba el pecho.

En la calle, un carruaje pasó con lentitud, y sus ruedas sobre el empedrado se perdieron en la distancia. Gina cerró la ventana,

apagó las velas y se dejó caer sobre el lecho. El sonido de la lluvia fue lo último que escuchó antes de que el sueño la reclamara, y se llevó consigo el eco de un día que cambiaría su vida para siempre.

***

Cuando Barney dejó a Gina en la mansión, no esperó a que la puerta se cerrara del todo. Subió de inmediato al carruaje y pidió al cochero que lo llevara a Tarraco Palace. Una lluvia fina empezó a caer, empañó los cristales, difuminó a los transeúntes y borró los contornos de la ciudad. Se recostó en el asiento, pero no podía dejar de ver en su mente a Wallis derrotado en el suelo. No sentía compasión, pero tampoco triunfo. Lo que quedó fue un cansancio pesado y una extraña sensación de que algo había cambiado para siempre.

Al llegar a Tarraco Palace, el silencio de la noche lo envolvió; Bryce había partido esa mañana a Bath. Se dejó caer en un sillón y miró el fuego que agonizaba en la chimenea. Volvió a pensar en Gina. En su aroma. En sus labios. En su porte sereno al salir del tribunal, en la fuerza con la que había sostenido su mirada. Fue entonces cuando, sin querer, una idea se abrió paso: si la enfermedad de Wallis seguía su curso, si la muerte lo reclamaba pronto... tal vez habría un futuro para él y Gina. La sola posibilidad le encendió el pecho, pero la culpa llegó de inmediato, fría y cortante. No era un hombre que deseara la muerte de otro; y sin embargo, ahí estaba, imaginando un camino que solo se abriría si el conde dejaba de existir.

Afuera, la lluvia golpeaba los ventanales, como si pidiera permiso para entrar; adentro, Barney se quedó quieto, atrapado entre el deseo y el remordimiento, preguntándose si algún día podría mirarla sin sentir que ese pensamiento lo perseguía.

Se quedó allí sentado hasta que la noche lo envolvió. No quiso cenar; el estómago se le había cerrado. Agarró un vaso y se sirvió un sorbo de whisky. El calor breve del licor no logró disipar el frío que sentía por dentro. Se lo bebió de un trago y se retiró a su alcoba. Mañana sería un nuevo día, aunque no estaba seguro de querer descubrir lo que traería.

***

El amanecer llegó envuelto de incertidumbres que impregnaban el aire de las calles empedradas. Los primeros pregoneros recorrían la ciudad, pero esa mañana no eran las mercancías ni las ofertas lo que iba de boca en boca. En las tabernas, en los puestos del mercado, en las esquinas donde se reunían los cocheros... una frase se repetía con la urgencia de un secreto imposible de guardar: «El conde de Rothsay se está muriendo».

Algunos lo contaban con morbo; otros, con un dejo de compasión; y no faltaban quienes ya especulaban si llegaría a Navidad. El nombre de Gina aparecía en susurros; a veces, con respeto; a veces, con malicia, pero siempre envuelto en la fascinación que despertaba haber sobrevivido a un escándalo público.

Mientras tanto, en Ferrell House, Gina dormía ajena al murmullo que crecía más allá de las paredes. La lluvia nocturna había dejado un frío cortante en el aire; el tañido lejano de las campanas marcaba un nuevo día. La ciudad ya había decidido que nada volvería a ser igual.

En la penumbra del dormitorio, Gina despertó sobresaltada por una pesadilla sin forma, apenas era una sombra que se desvanecía con la luz. Tardó unos instantes en recordar dónde estaba; su mente flotaba aún entre imágenes dispersas antes de anclarse a la

realidad. Se sentó en la orilla del lecho, con el cabello revuelto y el camisón arrugado. Dejó que el silencio de la estancia la protegiera de los rumores que, intuía, ya se tejían más allá de las cortinas.

Se levantó y, con un movimiento lento, apartó la colcha. Aunque había dormido un poco, sentía el cuerpo pesado, como si cargara un fardo invisible. El suelo de madera estaba helado bajo sus pies descalzos. Cruzó la alcoba hasta la ventana y descorrió apenas las cortinas: no llovía, pero las nubes cubrían el cielo como un sudario. Se abrazó a sí misma y tiró de la cuerda junto al lecho para llamar a un sirviente.

Se sentó frente a la chimenea, donde quedaban cuatro brasas encendidas. Recordó el día anterior: no sentía alegría por el destino de Wallis, pero tampoco culpa. Pensó en Barney, en el modo en que la miró tras el juicio, en el temblor apenas perceptible de su voz y en la duda que asomó en sus ojos antes de dejarla en la puerta. Lo imaginó ahora, quizá durmiendo, quizá despierto, preguntándose —como ella— qué futuro les aguardaría si Wallis fallecía. Negó con la cabeza. No quería pensar en ello; la hacía sentir mezquina.

Unos nudillos suaves golpearon la puerta. Era un sirviente, que había adivinado que lo llamaba para encender el fuego. Gina le dedicó una sonrisa breve, agradecida por la rutina, por el ancla cálida de lo cotidiano.

En ese instante entró Isolde, ataviada con un vestido de cintura imperio en tono malva. Llevaba el cabello rubio recogido con lazos, y un puñado de tirabuzones enmarcaban su rostro.

—¿Has podido dormir esta noche? —preguntó con ese tono delicado que usaba cuando sabía que no estaba bien.

Gina asintió, aunque ninguna de las dos creyó del todo en la respuesta.

—Creo que va a ser un día largo —murmuró la condesa, más para

sí que para su amiga.

Isolde se sentó a su lado, mientras el sirviente vaciaba el hogar de cenizas.

—¿Qué te parece si te ayudo a vestirte y a peinarte, y bajamos a desayunar?

—No estoy de ánimos para salir de esta alcoba. Quisiera meterme en la cama y despertarme dentro de diez años.

—Tú no eres una cobarde, Gina.

El sirviente colocó un puñado de yesca sobre las brasas, añadió troncos y un chisporroteo intenso llenó la estancia. Las llamas se alzaron, y el criado, tras una reverencia, se retiró cerrando la puerta con cautela.

—Estoy cansada de luchar —confesó ella.

—Pronto todo acabará, tal vez Barney y tú tengáis...

—Por favor, no lo digas —interrumpió, negando con la cabeza—. Es... es ruin pensar que la muerte de Wallis pueda...

Se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar. Isolde se acercó y la abrazó.

—Mereces ser feliz, Gina, y no debes sentirte culpable por desearlo.

La condesa se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Prefiero centrarme en el presente. Y ahora mismo necesito hablar con Wallis, cerrar este capítulo sin rencor, sin recriminaciones, sin odio.

—Me parece una gran idea. Yo te acompañaré esta tarde. Pero antes de ir a Claredon House tenemos que desayunar; llevas un día sin comer nada.

—Está bien.

Gina se levantó, volteó la cabeza hacia la ventana y se permitió una última mirada hacia el exterior, donde la ciudad entera parecía

aguardar, contenida y expectante. Isolde la ayudó a ponerse un vestido de terciopelo azul; recogió su cabello oscuro en un semirecogido y lo adornó con horquillas plateadas que destellaban como estrellas atrapadas entre las hebras.

Antes de salir, se detuvo ante el espejo. Por primera vez en semanas, la figura que le devolvía el reflejo no era la de una víctima ni la de una acusada, sino la de alguien que había atravesado la tormenta y, aunque aún se sentía temblorosa, estaba dispuesta a enfrentar lo que viniera.

En los pasillos de Ferrell House, el eco de pasos y voces comenzaba a llenar la casa. Afuera, el frío persistía y el cielo adquiría ese tono blanco que anunciaba nieve. Gina respiró hondo, cruzó la puerta y salió a la mañana, lista para escribir el siguiente capítulo de su vida.

Capítulo 15

Los primeros copos de nieve empezaron a caer a primera hora de la tarde. Gina e Isolde llegaron a Claredon House; la segunda esperó en el salón, y la condesa subió por la escalinata para ir a la habitación de Wallis. Entró sin anunciarse, el conde yacía en un lecho de dosel con columnas. Parecía tan indefenso recostado entre las sábanas blancas, tenía el rostro hundido, la piel cetrina y los labios resecos. La fiebre lo estaba consumiendo y los médicos ya no prometían nada.

El aire estaba impregnado de un olor tenue a medicinas y leña húmeda. Gina se detuvo un instante en el umbral, respiró hondo y entró. Wallis intentó incorporarse al verla.

—No, no te muevas —dijo ella, acercándose con paso sereno.

Hubo un silencio breve, roto solo por el crepitar de la chimenea. Él la miró largo rato, como si buscara en su rostro algo que no había sabido ver antes.

—No sé por dónde empezar —murmuró al fin Wallis—. Te he hecho daño, Gina. Más del que merecías.

Ella no respondió, pero se sentó junto a la cama. Hubo un silencio largo. El tipo de silencio que solo existe entre dos personas que han

compartido una vida sin amor.

—Ahora que siento el aliento de la muerte, me doy cuenta de muchas cosas —continuó él—. Veo mi vida pasar por delante de mis ojos, y fui un cobarde. No soporté mi propia vergüenza y la descargué sobre ti. Te acusé, te expuse... y todo porque no podía aceptar mis propias carencias. Fui cruel contigo, no porque no te amara, sino porque no sabía cómo hacerlo. No me enseñaron a amar, sino a guardar las apariencias.

Gina tomó su mano, huesuda y temblorosa. Él esbozó una leve sonrisa, como quien encontraba paz en medio del invierno.

—No era amor lo que necesitaba, Wallis. Era respeto. —La condesa bajó la mirada; sentía que las palabras de él, aunque tardías, eran sinceras—. No vengo a ajustar cuentas. Solo quería... cerrar esto sin rencor.

Él asintió, con un destello de alivio en los ojos.

—No tengo derecho a pedirte nada, salvo una cosa. No desperdicies tu vida por lo que yo hice. Si Barney es el hombre que creo que es, no le cierres la puerta.

Gina lo miró, sorprendida por la mención.

—No es tan sencillo.

—Nada que valga la pena lo es —replicó el conde, con una débil sonrisa—. Yo no te hice feliz, y mereces serlo.

Ella apretó su mano, no como esposa, sino como alguien que reconoce la humanidad del otro en su final.

—Gracias, Wallis.

Él cerró los ojos, como si ese gesto le hubiera quitado un peso. Gina se levantó despacio. Antes de salir, se volvió: lo vio recostado, más frágil que nunca, pero con una paz que no recordaba haberle visto.

En el pasillo, el aire parecía más ligero. Había cerrado un capítulo,

y aunque el futuro seguía incierto, por primera vez en mucho tiempo no lo temía.

Gina descendió por la escalinata de Claredon House con paso lento, cada peldaño la devolvía poco a poco al presente. Isolde la esperaba en el salón, de pie junto a la ventana, observando cómo la nieve cubría los jardines con una capa cada vez más espesa. Al verla entrar, se giró con suavidad.

—¿Cómo ha ido? —preguntó, sin acercarse demasiado.

La condesa se detuvo un instante antes de responder.

—Ha sido revelador. La muerte lo está haciendo recapacitar, lo está volviendo más humano.

Isolde asintió, sin pedir más detalles. Sabía que algunas conversaciones no se compartían, se llevaban dentro como piedras pulidas por el tiempo. El salón estaba cálido, con la chimenea encendida, y ella se acercó a las llamas. Alargó las manos, el calor la reconfortó, pero no alcanzó a disipar del todo el frío que aún sentía en el pecho.

—Me pidió perdón —dijo al fin, sin mirar a Isolde—. Y me dijo que no cerrara la puerta a Barney.

Isolde se acercó a ella, con una expresión serena.

—¿Y tú qué piensas?

Gina tardó en responder.

—Pienso que estoy cansada de ser fuerte. Necesito a alguien que me sostenga cuando tengo momentos en los que me derrumbo. Y Barney... —Suspiró.

Fuera, la ventisca seguía cayendo con fuerza, empezaba a borrar los caminos y silenciar la ciudad.

—Será mejor que regresemos a Ferrell House antes de que el temporal nos impida marcharnos.

Gina giró la cabeza hacia la ventana. Copos grandes como puños

caían con parsimonia.

—Tienes razón, será mejor que nos vayamos.

Y mientras caminaban hacia el carruaje y la nevada persistía, supo que algo había cambiado. No del todo, no de forma definitiva, pero lo suficiente como para que el siguiente paso ya no le pareciera imposible.

***

Los cristales blancos caían como lágrimas heladas y cubrían la ciudad con un silencio sobrecogedor. El carruaje se detuvo frente a Ferrell House; el lacayo abrió la portezuela y el aire helado se deslizó en el interior, arrancando un escalofrío a Gina e Isolde.

La condesa bajó primero, envuelta en su capa de terciopelo, y el crujido de la nieve bajo sus botas resonó como un suspiro contenido. Isolde la siguió, sujetaba con elegancia el borde de su falda, mientras el viento helado les enredaba los tirabuzones que enmarcaban sus rostros.

El mundo parecía suspendido entre copos que danzaban sin rumbo, a veces el viento los agitaba como si los riñera por caer tan despacio. Cada paso hacia la puerta era como avanzar dentro de un sueño blanco, donde el tiempo se detenía y los pensamientos se volvían más nítidos que nunca.

En la escalinata de entrada, una figura erguida, pese al frío, esperaba a que abrieran la puerta doble.

Barney.

Llevaba el abrigo oscuro abrochado hasta el cuello y el sombrero en la mano. Sus ojos buscaron los de Gina en cuanto la vio, y en ellos había algo más que cortesía: una inquietud que no había sabido disimular.

—He venido a saber cómo te encontrabas —dijo él con voz grave, apenas un murmullo que el viento casi se llevó.

La puerta se abrió desde dentro, y el calor del interior los envolvió. Entraron juntos, sin más palabras, pero con la certeza de que algo había cambiado desde la última vez que se vieron. El mayordomo los recibió, y después de desprenderse de los abrigos y guantes, fueron al salón. Gina y Barney se sentaron en el sofá; Isolde, en la butaca. La chimenea rebosaba calidez y mantenía el frío alejado. El aroma a leña quemada envolvía el ambiente.

—¿Cómo estás? —preguntó Barney.

Gina miró sus manos sobre su regazo un instante antes de responder. Sentía aún el peso de la conversación con Wallis, las palabras de perdón y esa inesperada bendición para un futuro que no se atrevía a imaginar.

—Estoy bien —contestó, aunque la voz le salió más suave de lo que pretendía. Isolde, siempre atenta, se volvió hacia ellos con una sonrisa suave.

—Voy a avisar para que preparen té caliente —anunció mientras se levantaba—. Así podréis hablar tranquilos.

Sin esperar respuesta, se alejó por el pasillo, dejó tras de sí el eco de sus pasos.

Barney tomó una mano de ella, besó el dorso.

—No quería que pasara un minuto más sin verte. Estoy aquí, si me necesitas.

Gina sostuvo su mirada. El frío le había enrojecido las mejillas, pero el calor que desprendía él la revivió.

—Gracias, Barney.

Él asintió, como si hubiera más que decir, pero supiera que no era el momento.

—No tenías por qué venir —mencionó Gina con un tono que

pretendía ser neutro, aunque en sus ojos había un destello de gratitud.

—Lo sé —respondió él—. Pero no podía quedarme sin saber cómo estabas después de todo.

Ella bajó la mirada un instante, las palabras de Wallis aún resonaban en su memoria.

—He estado en Claredon House. Hablé con él.

Barney esperó, sin interrumpirla.

—Me pidió perdón —continuó Gina—. Y... y me dijo que, si tú eres el hombre que cree que eres, no te cierre la puerta.

Un silencio se instaló entre ellos, roto solo por el crepitar lejano de una chimenea.

Barney alargó su mano y acarició con las yemas la mejilla de ella.

—Bien sabes que eres la mujer de mi vida y no voy a pedirte una respuesta ahora —dijo con voz baja—. Solo quiero que sepas que, pase lo que pase, no voy a apartarme de tu lado.

Gina le sonrió, sintió la calidez de los dedos de él en su rostro, y una sensación agradable recorrió su cuerpo. Quiso pedirle que la besara, necesitaba su contacto como el aire que respiraba, pero Isolde regresó en ese momento, anunciando que el té estaba listo y que ahora lo subían.

Barney se apartó apenas, pero la intensidad de su mirada quedó suspendida en el aire, como una promesa que ninguno de los dos rompió.

Afuera, la nieve empezó a caer con una fuerza inusitada, golpeaba los cristales y borraba las formas del paisaje. Las ramas de los árboles se inclinaban bajo el peso blanco, y el viento arrastraba remolinos que parecían danzar en la penumbra.

Entraron el mayordomo y un par de lacayos con un servicio de té. Dispusieron una bandeja con pastas y galletas en la mesita, y

sirvieron la infusión humeante en unas tazas de porcelana floreadas. Gina se levantó y sosteniendo su té se acercó a la ventana.

—Las calles están impracticables —anunció—. Ni un carruaje podría avanzar ahora. Barney, me temo que tendrás que quedarte esta noche.

Él asintió, sin apartar la vista de Gina.

—No es un problema —dijo con calma.

El fuego crepitaba, llenaba los silencios que ninguno parecía dispuesto a romper del todo. Gina aferró la taza entre las manos, como si buscara en el calor de la porcelana una excusa para no mirarlo demasiado tiempo. No pudo con la tentación, alzó la vista y lo contempló. En sus ojos canela había un brillo que no era solo del fuego, y ella sintió sus entrañas arder.

La nieve seguía cayendo, y aislaba la casa del resto del mundo. Sin embargo, dentro, el tiempo parecía haberse detenido; la tormenta les estaba ofreciendo un paréntesis para decirse lo que aún no se atrevían a pronunciar.

Isolde, desde un sillón cercano, sonrió para sí misma; quizá Gina y Barney tendrían una oportunidad después de todo. Era evidente que se amaban, solo hacía falta ver cómo se miraban.

Capítulo 16

La nieve seguía cayendo con fuerza cuando el servicio anunció que la cena estaba servida. Ferrell House, envuelta en silencio y calor, parecía flotar en medio de la tormenta. El comedor, iluminado por candelabros bajos y el resplandor de la chimenea, ofrecía un refugio perfecto frente al mundo blanco que se desdibujaba tras los cristales.

La mesa estaba dispuesta con sencillez y elegancia: sopa de cebolla humeante en tazones de loza, estofado de cordero con nabos y zanahorias, puré de chirivía con mantequilla, pan de centeno recién horneado y una compota de manzana especiada que perfumaba el aire con clavo y canela.

Gina se sentó entre Isolde y Barney. El ambiente era tranquilo, casi familiar. Las conversaciones fueron suaves, salpicadas de silencios que no incomodaban, sino que envolvían. Afuera, el viento seguía arrastrando copos contra los ventanales, pero dentro, el fuego crepitaba y el vino caliente especiado templaba las manos y los ánimos.

A Barney le resplandecían los ojos de felicidad y parecía más relajado que nunca. Gina lo observó de reojo mientras uno de los

lacayos le servía un poco más de estofado en su plato. Había algo en su gesto, en la forma en que la miraba sin presionarla, en el modo en que escuchaba sin interrumpir, que la hacía sentir segura, aunque aún no supiera qué hacer con ello, con esos sentimientos que estaban arrasando su interior.

Isolde, siempre intuitiva, mantenía la conversación ligera. Hablaba de libros, del jardín cubierto de nieve, de cómo el invierno parecía alargar los pensamientos. Gina apenas probó la compota, pero se permitió cerrar los ojos un instante y respirar hondo. No era felicidad lo que sentía, no olvidaba que Wallis yacía en el lecho enfermo de gravedad, pero sí experimentaba una tregua. Y en noches como esta, eso bastaba.

Cuando terminaron, los lacayos retiraron los platos y dejaron una bandeja con más vino caliente. Gina se levantó primero.

—Creo que voy a descansar —dijo en un tono suave—. Me alegra que te quedes aquí esta noche. Con este tiempo sería una locura salir.

Barney asintió y se puso de pie también, durante un instante pareció querer añadir algo más, pero se contuvo.

—Buenas noches, Gina.

Ella sonrió apenas, con esa mezcla de gratitud y cautela que lo desarmaba. Mientras la condesa cruzaba el pasillo hacia su alcoba, supo que esa noche, con la nieve cerrando el mundo y el fuego aún encendido, algo se había movido dentro de ella. No era una decisión ni una certeza, pero era el principio de algo nuevo. Cuando abrió la puerta de su aposento, su corazón empezó a latir deprisa. Esa noche estarían separados por apenas unas paredes, ambos intentarían conciliar el sueño con más pensamientos que certezas.

***

La alcoba estaba en penumbra, iluminada apenas por el resplandor tembloroso de la chimenea. La nieve seguía golpeando los cristales con un murmullo constante, como un susurro que no cesaba. Gina se había peinado el cabello oscuro y se había puesto una bata ligera, pero no lograba relajarse.

Se sentó en el borde del lecho y miró hacia la puerta cerrada. Sabía que, al otro lado del pasillo, Barney ocupaba su alcoba. Esa cercanía la reconfortaba y la inquietaba a partes iguales. Bastaría con caminar unos pasos para verlo, para decirle lo que aún no se atrevía a pronunciar. Y, sin embargo, permanecía inmóvil, como si moverse fuera a romper un hechizo.

El corazón le latía más rápido de lo que quería admitir. Recordó su voz grave en el salón, la forma en que la miró antes de desearle buenas noches. Había en él una promesa silenciosa, y en ella, un deseo que la asustaba tanto como la atraía.

Se tumbó de lado, mirando el fuego que se consumía lentamente. La tormenta seguía cerrando el mundo; dentro, el calor de la habitación no lograba disipar el frío que le provocaba imaginar lo que podría pasar si dejara de contenerse. Cerró los ojos, intentó dormir, pero la certeza de que él estaba tan cerca la mantenía despierta, atrapada entre la emoción y el miedo.

Abrió los ojos de golpe, se incorporó. De pronto, tomó una decisión.

***

La alcoba de Barney estaba en penumbra, iluminada solo por el resplandor anaranjado de las llamas en la chimenea. Él estaba frente a la ventana observando cómo la nieve seguía cayendo con obstinación, amortiguando cualquier sonido de la ciudad. El silencio

era tan profundo que podía escuchar el leve crujir de algunas ramas, que empezaban a ceder por el peso del manto blanco.

Se había quitado el chaleco y la *cravat* del cuello, pero no tenía sueño. Mientras seguía el recorrido de un copo, pensó en Gina, en la conversación que habían compartido junto al fuego, en la forma en que sus ojos verdes musgo se habían detenido en los suyos para contemplarlo con adoración.

Recordó también las palabras de Isolde, el gesto de ella al dejarles espacio, y sobre todo, lo que Gina le había contado de Wallis. Esa inesperada bendición le había encendido una esperanza que no se atrevía a alimentar demasiado. No quería ser el hombre que aguardara la muerte de otro para reclamar su lugar. Sin embargo, la idea estaba ahí, como una sombra persistente.

Se pasó una mano por el rostro en su intento por apartar tal pensamiento. La tormenta blanca seguía cerrando el mundo, como si la noche quisiera retenerlos a todos en el mismo lugar. Cabeceó desesperado, en su mente había demasiadas imágenes, demasiadas palabras no dichas, y la certeza de que, cuando la nieve se derritiera, todo habría cambiado.

Unos nudillos golpeando su puerta lo sacó de sus pensamientos. La batiente se abrió y sus ojos se dilataron. Allí estaba ella. Gina. La mujer que le había robado el aliento. Su cabello azabache caía en hondas sobre sus hombros. Estaba envuelta en una fina bata que, en vez de tapar, insinuaba curvas y montes que él quería recorrer con las yemas de sus dedos.

Gina entró y cerró la puerta, con el pulso acelerado y la determinación guiando cada paso, se acercó a él. Su bata se agitó con suavidad entre sus piernas. Se detuvo a un par de metros de Barney, que seguía de pie junto a la ventana. Sus miradas se encontraron en la penumbra, y en ese instante, todo lo que los había

contenido pareció desvanecerse.

El silencio era total; solo el leve susurro de las llamas en la chimenea parecía animarla a avanzar. El resplandor de las brasas dibujaba sombras cálidas en sus mejillas. No hubo palabras al principio; bastó la proximidad, la promesa callada de noches futuras.

Barney la recibió con una serenidad apenas contenida, como si temiera que cualquier palabra pudiera romper el frágil equilibrio de ese momento. El mundo afuera seguía cubierto por la tormenta, pero en esa alcoba, la espera había terminado.

La quietud se hizo insostenible. Ella bajó la mirada, buscando palabras que no llegaban, y Barney, con una voz baja, apenas un suspiro entre el viento, se atrevió a romper el silencio.

—Gina...

—Cada vez que me miras noto mi cuerpo arder de una necesidad que solo tú puedes saciar. Nunca he sentido algo parecido.

Él acortó la distancia que los separaba, con el dedo índice resiguió sus labios.

—¿Estás segura? —susurró en un tono grave.

Ella asintió con timidez, y a Barney se le escapó un gemido. Con suma delicadeza desató el lazo de la bata, los bordes se abrieron y dejó a la vista los pechos y el pubis. Él recorrió su cuerpo con la mirada mientras deslizaba la prenda por los hombros, que cayó al suelo con la parsimonia de un copo de nieve.

Gina observó temerosa cómo la mano masculina se posaba en uno de sus pechos. Contuvo la respiración, y dio un paso atrás.

—Por favor, no me hagas daño. No podría soportar que me quedara un mal recuerdo...

—Gina —la interrumpió acercándose, acunó su rostro entre sus grandes manos—. Jamás podría lastimarte.

—Wallis... él siempre me hacía daño —confesó con voz

temblorosa.

Barney apretó los labios de furia. Odió al conde con todas sus fuerzas.

—El acto íntimo entre un hombre y una mujer nunca tendría que ser doloroso. —Besó su frente, su mejilla, la punta de su nariz—. Deja que te lo demuestre. Te prometo que me detendré si tú me lo pides.

Se miraron a los ojos, ella asintió y él le dedicó una sonrisa cómplice. De inmediato posó sus labios en el cuello y los hombros. Fue depositando suaves besos, con la lengua resiguió las clavículas y no se detuvo hasta llegar a uno de los pezones. Al mismo tiempo una mano se introducía por los muslos y anduvo el camino que tanto había deseado recorrer. Movía sus dedos con deleite, y ella empezó a jadear; las rodillas le temblaron y tuvo que aferrarse a los anchos hombros masculinos. No podía dejar de sentir emoción, deseo, y miedo...; le gustaba demasiado.

—Barney...

Él tapó su boca con un beso que la dejó sin aliento. Las lenguas se unieron con frenesí, los alientos se mezclaron en un vaivén erótico. Cuando se separaron, el hombre la cogió en brazos y la llevó al lecho. Gina se apoyó en los codos y lo vio desvestirse. Su cuerpo era magnífico, tenía los músculos marcados, la cintura estrecha, y la corpulencia de un boxeador. Pero lo que más le impactó fue ver la prueba enorme de su deseo.

Barney se reunió con ella en el lecho, la acarició por todas partes, hasta que la dejó sin aliento. La instó a que hiciera lo mismo con él; a duras penas pudo aguantar sus pequeños dedos rodeando su miembro. Un siseo largo escapó de sus labios, y entonces se colocó encima de ella y se encajó entre sus muslos. En el momento que colocaba su miembro en la entrada de ella, su corazón latió como

tambores de guerra.

Y se introdujo con lentitud, ambos respiraban con agonía, las llamas del fuego se reflejaban en sus cuerpos sudorosos. Barney empezó a embestirla poco a poco, pero ella enredó sus piernas en las caderas y él no pudo evitar incrementar el ritmo. Cada vez más deprisa. Más y más. Gina acarició la espalda masculina, temblorosa de placer, algo en su interior subía y subía, y le impedía que pudiera dejar de ansiar más.

Los corazones de ambos se agrandaron. Sus entrañas ardieron. Sus bocas gimieron con desesperación.

Barney se derramó en ella entre jadeos desesperados, Gina se arqueó y lanzó un grito al aire con sus ojos abiertos de asombro. No estaba segura de que lo que acababa de suceder era real. Aún con la respiración agitada, logró preguntarle:

—¿Siempre es así?

Barney se tomó unos segundos para recuperar el aliento.

—Dame unos minutos y te lo demostraré otra vez.

Una sonrisa deslumbrante se dibujó en los labios masculinos. Después, la abrazó con fuerza, como si temiera que fuera aire y se desvaneciera. Y así, con los cuerpos unidos, donde las formas se difuminaban hasta dar la impresión de ser uno solo, se durmieron. Pero Barney despertó en la madrugada y le demostró de nuevo que lo que había sentido entre sus brazos no había sido una ilusión.

Quedaba poco para el amanecer cuando Gina abrió los ojos. Seguía desnuda, envuelta en el abrazo de Barney. Aún estaba conmocionada por todo lo vivido. Nunca hubiera imaginado que entre un hombre y una mujer pudiera existir tanta pasión, tanto amor, tanta felicidad. Lo miró: el cabello oscuro, revuelto; la serenidad se dibujaba en el rostro, incluso dormido. Había conocido el más grande de los placeres. Había palpitado bajo sus dedos.

Había gemido con sus embestidas. Tenerlo, conocerlo, poseerlo... era más de lo que podía pedirle a la vida.

La condesa se incorporó con cuidado, procurando no despertarlo. Recogió la bata que yacía en el suelo y se la ciñó al cuerpo. La habitación estaba envuelta en una penumbra suave, iluminada apenas por el resplandor anaranjado del horizonte que iniciaba un nuevo día. Se acercó a la ventana. Afuera, la tormenta había cesado. La nieve cubría cada rincón del paisaje, tan blanca y perfecta que parecía obra de ángeles que hubieran desplegado sus alas durante la noche. El silencio era tan profundo que podía oír su propia respiración.

Se abrazó a sí misma, como queriendo retener el calor de lo que acababa de vivir. Sus ojos se posaron en la chimenea: apenas quedaban unas brasas rojas, palpitaban como un corazón cansado. Pensó en avivar el fuego, pero al girarse, algo llamó su atención.

Gina se inclinó sobre el escritorio, atraída por ese sobre solitario. Su nombre, escrito con una caligrafía firme, parecía latir sobre el papel. En ese instante, la serenidad de la mañana se quebró: una corriente de anticipación y temor le recorrió el cuerpo. Lo abrió con cuidado, pues temía que un gesto brusco pudiera borrar las palabras.

A medida que leía, las líneas se grababan en su mente como fuego sobre cera: confesiones que nunca había escuchado en voz alta, sentimientos que parecían desbordar los márgenes. El papel comenzó a temblar entre sus dedos; las lágrimas le nublaron la vista. Sintió que cada frase la envolvía, que cada palabra era un hilo invisible que la unía a él.

Se llevó la carta al pecho, cerró los ojos, como si así pudiera fundirla con su piel y guardarla para siempre en su alma. El silencio de la estancia se volvió denso, roto solo por el crepitar de las brasas

moribundas.

—La escribí la noche en que viniste a cenar —dijo la voz grave de Barney a su espalda—. Dejaste en mí una huella de fuego. La aparté ahí hasta decidir si te la daba... o la quemaba.

Gina sintió sus manos cálidas posarse en sus hombros, anclándola al presente. Se volvió despacio. Sus miradas se encontraron, y en ese instante el aire pareció vibrar entre ellos, cargado de algo que no necesitaba nombre.

—Lo que más temía ha sucedido: me he enamorado de ti —confesó ella con un hilo de voz—. Quisiera darte todo... y no puedo entregarte nada.

Él posó un dedo sobre sus labios.

—Shhh... me basta con que no me apartes de tu lado.

—No podría. Sería como vivir sin aire. Oh, Barney, ¿qué vamos a hacer?

—No lo sé. De momento estamos aquí, tú y yo. Aprovechemos lo que tenemos.

Y, como si las palabras hubieran sellado un pacto, la envolvió en sus brazos y la llevó de nuevo al lecho. Porque en ese instante solo existía el presente. El futuro estaba demasiado lejos.

Capítulo 17

Había pasado una semana cuando el sonido de pasos apresurados en el pasillo rompió el silencio de la tarde. La puerta del salón, donde estaban Barney, Gina e Isolde, se abrió; el mayordomo, con el rostro pálido, se acercó con precipitación y se inclinó con rigidez.

—Milady... —Dudó un instante, como si buscara las palabras—. Acaba de llegar un mensajero de Claredon House. Lord Wallis Sheppard... ha fallecido esta mañana.

Gina sintió que el calor del fuego se alejaba de golpe, y la estancia entera pareció hundirse en un frío inesperado. No dijo nada; solo asintió, con la mirada fija en un punto invisible, mientras el murmullo del viento contra los ventanales llenaba el vacío que dejaban las palabras.

Isolde, que estaba junto a la mesa de té, dejó la taza con un leve tintineo y se acercó sin vacilar. Le tomó una mano con firmeza, con la clara intención de retenerla en el presente.

—Lo siento... —murmuró, con esa voz que no pedía permiso para consolar.

Barney, que había permanecido en pie junto a la chimenea, dio un paso hacia ellas, pero se detuvo a medio camino. Sus ojos buscaban

los de Gina, sin imponerse, como si supiera que su presencia bastaba más que cualquier frase.

El mayordomo se retiró con discreción, y el salón quedó envuelto en un silencio espeso. Gina respiró hondo, sentía el peso de la noticia asentarse en su pecho. No era amor lo que se había perdido, pero sí una parte de su historia.

***

El cielo estaba gris, inmóvil, y el mundo entero parecía contener el aliento. En el cementerio, los árboles desnudos se alzaban como centinelas, y la nieve, congelada en los rincones, parecía resistirse a desaparecer. El aire cortaba la piel, y cada aliento se volvía visible, suspendido unos segundos antes de desvanecerse.

Gina avanzó despacio por el sendero de piedra, flanqueada por Isolde, la marquesa de Cherfield y la condesa de Brewton. Las cuatro vestían de negro, con capas pesadas y guantes de terciopelo. Ninguna hablaba. El silencio era parte del rito.

El panteón de los Rothsay se alzaba al fondo, una estructura de piedra gris con columnas dóricas y una puerta de hierro forjado. Frente a él, el féretro reposaba sobre un túmulo bajo, cubierto por una tela oscura y coronado por una sencilla cruz de plata. No había flores. Solo el sonido apagado de los pasos sobre la escarcha.

El clérigo recitó las oraciones con voz grave, mientras el viento helado se colaba entre las lápidas. Gina mantenía la mirada fija en el ataúd, sin lágrimas, sin temblores. Había llorado antes, en silencio, cuando nadie la miraba. Ahora solo quedaba el peso de la despedida, que hizo sin rencor ni recriminaciones, con el corazón en la mano para desearle un buen viaje.

A lo lejos, entre los árboles, estaban el marqués de Cherfield y el

conde de Brewton junto a Barney. Este no se había acercado. Vestía de negro, con el sombrero en la mano, y sus ojos no se apartaban de Gina. Ella lo sabía. Lo sentía. Y aunque no giró la cabeza, su presencia le daba fuerza.

Cuando el clérigo terminó, los sepultureros comenzaron a bajar el féretro al interior del panteón. El sonido del metal contra la piedra resonó como un eco remoto. Gina dio un paso adelante, colocó una mano sobre la puerta de hierro y cerró los ojos. No dijo nada. No hacía falta.

Isolde se acercó y le tomó el brazo con delicadeza.

—Ya está —susurró.

Gina asintió. Se volvió con lentitud y caminó junto a sus amigas hacia la salida. El viento les enredaba las prendas, y los copos que empezaban a caer parecían querer cubrirlo todo de nuevo, como si el invierno deseara sellar el momento.

El conde y el marqués se acercaron a sus esposas, pero Barney no se movió. Solo cuando todos se alejaron, bajó la vista y se quedó allí, en soledad, frente al panteón, sabía que necesitaba cerrar algo que no se había atrevido a nombrar.

***

El carruaje avanzaba despacio por las calles heladas, sorteaba charcos de nieve endurecida y ramas desnudas que se inclinaban sobre el camino. En el interior, el ambiente era silencioso. Gina iba sentada junto a Isolde, frente a la marquesa de Cherfield y la condesa de Brewton. Ninguna hablaba. El funeral había dejado en todas una quietud que no se disipaba con palabras.

Ferrell House apareció entre la bruma de una nevada que menguaba, con sus tejados cubiertos de escarcha y las ventanas

encendidas como faroles cálidos en medio del invierno. Al detenerse el carruaje, un lacayo saltó de este y abrió la portezuela con gesto contenido. Gina descendió primero. El aire frío le golpeó el rostro, pero no se estremeció. Isolde la siguió, sujetó su brazo con delicadeza. La marquesa y la condesa caminaron detrás, envueltas en capas oscuras que se mecían con el viento.

El interior de Ferrell House estaba en silencio. El fuego crepitaba en las chimeneas, y el aroma a leña quemada llenaba los pasillos. Gina se detuvo en el *hall*, se quitó la capa y los guantes con movimientos lentos, se los entregó a un lacayo. Las demás damas hicieron lo mismo.

Gina sabía que Barney aún no había llegado, echaba de menos esas miradas que le brindaban apoyo y calmaban su corazón.

—¿Quieres que te acompañe a tu alcoba? —preguntó Isolde en voz baja.

La condesa negó con la cabeza.

—Prefiero sentarme un momento en el salón.

Las cuatro mujeres se dirigieron al cuarto, donde el fuego estaba encendido. Un par de lacayos y el mayordomo las esperaban para servirles el té, y cuando terminaron se retiraron sin decir palabra. Gina se sentó junto a la chimenea, sin tocar la taza. Miraba las llamas como si en ellas pudiera leer algo que aún no entendía.

La marquesa se acomodó en un sillón cercano, la condesa se quedó de pie junto a la ventana, e Isolde se sentó a su lado, sin hablar. El silencio entre ellas no era incómodo. Era el tipo de reserva que se comparte entre mujeres que han aprendido a sostenerse unas a otras sin necesidad de explicarse.

En el exterior, el cielo seguía gris, y la nieve, aunque escasa, aún cubría los rincones del jardín. Dentro, Gina sentía que algo había terminado. No solo una vida, sino una etapa. Y aunque el futuro

seguía incierto, por primera vez en mucho tiempo, no le parecía una amenaza.

***

La noche había caído sobre Ferrell House como un manto espeso. La nieve, endurecida por el frío, cubría los jardines en parches blancos que brillaban bajo la luz de los faroles. El interior de la mansión estaba en silencio. La gran mayoría de los sirvientes se habían retirado, solo unos pocos se habían quedado a atender a Barney y a Gina. Se hallaban en el salón frente a la chimenea, donde ardía un buen fuego.

La condesa estaba sentada en el sofá, vestida de negro, con las manos entrelazadas sobre el regazo. A su lado, Barney permanecía con la mirada fija en las llamas. Ninguno hablaba. No hacía falta. El silencio entre ellos estaba cargado de todo lo que no se había dicho, de todo lo que habían sentido en los últimos días. El funeral, la nieve, la cercanía, el amor que habían tejido beso a beso en la alcoba de él. Todo estaba allí, flotando entre los dos como una bruma cálida.

Barney tomó las manos de ella y las acunó entre las suyas.

—¿Cómo estás? —dijo, con voz baja, casi en un susurro.

Gina lo miró y suspiró.

—Bien...

Él asintió, sin moverse. El fuego crepitó y lanzó sombras doradas sobre las paredes. Afuera, empezó a soplar un viento helado mientras la nieve restante parecía dormida sobre el mundo.

Gina se levantó despacio y se acercó a la chimenea. Se giró y lo miró con intensidad.

—Sé que no estoy sola —mencionó—. No esta noche. Y no quiero

estar sola ninguna noche del resto de mi vida, Barney.

Él se alzó y se acercó a ella. Besó su mejilla.

—Nunca más vas a estar sola —susurró cerca de su oreja—. Siempre voy a estar a tu lado.

Ella recostó su rostro en el pecho masculino y empezó a llorar. Él la abrazó con fuerza mientras el llanto resonaba entre las paredes.

—Llora, llora hasta que deje de doler.

***

La tarde bajaba gris sobre Ferrell House. Otra nevada caía sobre Londres, no tan intensa como la anterior, pero la nieve ya se acumulaba en los alféizares y el viento arrastraba copos contra los ventanales. Gina estaba en el salón, junto a la chimenea, cuando el mayordomo anunció la visita de Mr. Algernon Blakewell, el abogado del difunto conde de Rothsay.

El hombre entró con paso medido, sacudiéndose con discreción algunos copos de nieve de su levita. Miró a Gina con calidez y cierto alivio al verla hermosa y rebosante de buena salud. Siempre pensó que su esposo no la había tratado como merecía.

—Lamento importunarla, milady —dijo, con voz grave—, pero es un asunto que no podía esperar.

Gina le indicó que tomara asiento. El abogado abrió su cartera de cuero y extrajo un sobre lacrado. Las llamas brillaron en su cabello plateado, peinado con pomada y raya lateral.

—Es el testamento de su difunto esposo. Ha sido revisado y validado por el notario.

Ella lo miró sin tocarlo.

—¿Y qué dispone?

Blakewell inspiró hondo, midiendo el peso de sus palabras.

—Entre otras disposiciones, milady, Claredon House pasa a ser de su propiedad.

Gina parpadeó, incrédula. Sintió que el calor de la chimenea no alcanzaba a disipar el frío que le recorrió la espalda.

—¿Claredon House? —repitió, como si necesitara oírlo de nuevo.

—Así es. Con todos sus muebles, obras de arte y el personal que desee conservar. El conde dejó instrucciones claras al respecto.

Por un instante, la imagen de la mansión se dibujó en su mente: los pasillos silenciosos, las habitaciones cerradas, el eco de discusiones pasadas. No era un regalo inocente; era un legado cargado de memoria.

—Entiendo —dijo al fin, con voz baja.

Blakewell asintió, guardó sus papeles y se levantó.

—Si lo desea, puedo encargarme de todos los trámites para que la transferencia sea efectiva antes de Navidad.

Gina lo acompañó hasta la puerta. Cuando volvió al salón, Isolde estaba allí, observándola con atención.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Gina se acercó al fuego, extendió las manos hacia las llamas.

—Wallis me ha dejado Claredon House —respondió, sin apartar la vista del fuego—. Y no sé si es un regalo o una carga.

Esa noche casi no durmió. Las sombras parecían alargarse hasta su alcoba; el viento helado rasguñaba los cristales y cada sonido la sobresaltaba. Se preguntó por qué Wallis la había elegido, qué esperaba de ella más allá de la formalidad del testamento. Entre las mantas, Gina recordó las palabras del abogado, el tono neutro mientras sostenía el sobre lacado.

Y cuando amaneció una idea empezó a cuajar en su mente. Fue entonces cuando el sueño la envolvió en una paz balsámica, y terminó durmiéndose.

***

La mañana estaba gris, y la escarcha cubría los jardines de Claredon House como un velo frágil. El carruaje se detuvo frente a la entrada principal, y Gina descendió con ayuda de Barney. Isolde, envuelta en una capa azul oscuro, la siguió, observó la fachada imponente que se alzaba ante ellas; siempre le había impresionado.

El portón de hierro forjado se abrió con un chirrido, y el mayordomo los recibió. De inmediato los condujo al interior, se alegró de ver a Gina e Isolde, escoltadas por Barney, y no disimuló su regocijo. La condesa siempre había tenido el afecto de gran parte del servicio.

El eco de sus pasos resonó en el *hall*, donde el frío parecía haberse instalado en las paredes. Gina recorrió con la mirada los altos ventanales, la escalinata de mármol, los retratos de antepasados que la observaban desde las sombras. Nada había cambiado y, sin embargo, todo era distinto.

—Aquí nunca fui feliz —dijo en voz baja, más para sí misma que para los demás.

Barney la miró con atención, pero no intervino. Isolde, en cambio, le tomó con suavidad una mano.

Caminaron por los pasillos, visitaron salones que olían a cerrado y a recuerdos. Gina se detuvo en una estancia amplia, con ventanales que daban al jardín trasero. La luz invernal entraba tamizada, dibujaba figuras pálidas sobre el suelo de madera.

—Podría ser un dormitorio para las niñas —murmuró Gina—. Y el ala oeste... para los niños.

Isolde parpadeó, Barney frunció el ceño, ambos sorprendidos.

—¿Niños? ¿Niñas? —mencionó él.

Ella se volvió hacia Barney, con una determinación nueva en la

mirada.

—Quiero convertir Claredon House en un hospicio. Un lugar para huérfanos. Aquí donde yo sentí frío, ellos tendrán calor. Donde hubo silencio, habrá risas.

Isolde sonrió con los ojos brillantes.

—Es la mejor idea que has tenido en mucho tiempo.

Barney asintió despacio, esbozó una sonrisa amplia.

—Si decides hacerlo, tendrás mi ayuda.

Gina recorrió la sala una vez más, imaginaba camas alineadas, mantas limpias, libros y juguetes. Por primera vez desde que había heredado la mansión, sintió que podía respirar allí dentro.

En el exterior, la nieve empezaba a caer de nuevo, y no tardó en cubrir las huellas que habían dejado al llegar. Y en el interior, Claredon House parecía esperar, como si supiera que estaba a punto de comenzar una nueva vida.

Capítulo 18

La mañana estaba cubierta por un cielo plomizo, y el aire olía a nieve. Gina llegó puntual al despacho de Mr. Algernon Blakewell. El fuego ardía con fuerza, pero el frío se filtraba por las ventanas altas.

Tras los saludos de rigor, Blakewell le indicó que se sentara.

—¿Ha tomado una decisión con respecto a Claredon House? —inquirió él.

—Sí —comenzó Gina, con voz firme—, y creo que he tomado la mejor.

El abogado asintió, expectante.

—Muy bien, milady. ¿Desea venderla, arrendarla...?

—No —lo interrumpió con suavidad—. Quiero donarla para fundar un hospicio para niños huérfanos.

El hombre parpadeó, sorprendido.

—¿Un hospicio?

—Sí. Quiero que se acondicione para acogerlos antes de que termine el invierno. El ala oeste servirá como dormitorios; el ala este, como escuela y enfermería. El jardín trasero se mantendrá para que puedan jugar.

Blakewell sonrió sin apartar la vista de Gina, asintió con un gesto

breve, reconociendo la magnitud de lo que acaba de oír.

—Entiendo —dijo el abogado, recuperando la compostura—. Será necesario redactar los documentos de cesión y coordinar con las autoridades parroquiales.

—Hágalo cuanto antes —respondió Gina—. Quiero que, cuando llegue la Navidad, Claredon House esté llena de voces y no de ecos.

El abogado se levantó, se inclinó con respeto.

—Así será, milady. Ha cambiado el destino de esa casa —manifestó Blakewell—. Y cambiará la vida de muchos niños.

—Y quizá la mía también —respondió Gina levantándose para marcharse.

Cuando se fue, el abogado suspiró. Admiraba a Gina, y solo esperaba que el futuro le diera la felicidad que sin duda merecía.

***

La mañana estaba clara, aunque el frío mordía el aire. Restos de nieve endurecida brillaban en los bordes del camino que conducía a Claredon House. La fachada lucía ahora guirnaldas de acebo y cintas rojas en las ventanas. El portón de hierro estaba abierto de par en par, daba la impresión de que la casa ofrecía su bienvenida.

Gina llegó acompañada de Isolde y Barney. El murmullo de voces infantiles se escuchaba incluso antes de cruzar el umbral. El *hall*, antaño frío y solemne, estaba perfumado con el aroma de pan recién horneado y leña encendida. Los retratos de antepasados seguían en su sitio, pero parecían menos imponentes, como si la risa de los niños hubiera suavizado sus semblantes.

En el gran salón, un grupo de pequeños, abrigados con ropas nuevas, cantaba villancicos junto a la chimenea. Las criadas, ahora cuidadoras, servían tazas de leche caliente y dulces de jengibre.

Gina se detuvo un instante, observó la escena con una mezcla de incredulidad y emoción, que hacía latir deprisa su corazón.

—Nunca pensé que vería esta casa así —susurró Isolde, con una sonrisa.

—Ni yo —respondió Gina con lágrimas de felicidad inundando sus ojos—. Pero ahora... ahora tiene sentido.

Mr. Algernon Blakewell se acercó para felicitarla.

—Milady, la parroquia y la ciudad entera hablan de su generosidad. Este lugar será un refugio para muchos.

Gina asintió, pero no respondió. Su mirada se había posado en una niña de cabello pelirrojo que, tímida, se acercaba con una rama de acebo en la mano.

—Es para usted... —dijo la pequeña con vergüenza.

Gina se agachó para recibirla y, al hacerlo, sintió que algo se aflojaba en su pecho.

—Gracias, preciosa. —Besó su mejilla—. Es el mejor regalo de Navidad que he recibido.

Barney, que había permanecido a cierta distancia, la observaba con una expresión que mezclaba orgullo y ternura. Cuando sus miradas se encontraron, no hizo falta decir nada: él sabía que este gesto no solo había cambiado la vida de esos niños, sino también la de ella.

***

La noche había caído sobre Ferrell House. Gina, con una sonrisa en los labios, no podía dejar de pensar en los niños que ahora habitaban Claredon House. Los imaginó durmiendo en sus nuevas camas mientras el silencio se extendía por los pasillos. La condesa estaba de pie junto a la ventana, mirando las estrellas del cielo,

invocando a todos los ángeles para que velaran por esos niños que no tenían nada.

Barney entró sin anunciarse, cerró la puerta tras de sí.

—Ha sido un día hermoso —dijo acercándose—. Has hecho algo grande, Gina.

A ella se le iluminó el rostro, pero no apartó la vista del exterior.

—No lo hice sola. Ha sido tan hermoso ver los rostros felices de los niños.

Él se detuvo a su lado. Durante un momento, ninguno habló. Sus rostros se reflejaban en el cristal.

—He pensado mucho en nosotros —expresó Barney al fin—. Y sé que no es el momento... pero cuando termine tu luto, quiero que nos casemos. ¿Lo harías, Gina?

La dama lo miró, chispas de emoción brillaron en sus ojos abiertos de par en par. Su corazón latía tan deprisa que bien parecía que aplaudiera de dicha.

—Un año —susurró—. Es lo que marca la costumbre. Nos casaremos en primavera, y entonces tú serás mío para siempre.

Barney soltó una carcajada.

—Puedo esperar un año —respondió él sin dudar, la tomó entre sus brazos y ella se amoldó a su cuerpo—. Ya hemos esperado bastante para encontrarnos. Eres la mujer de mi vida, te amo, y no pienso renunciar a ti.

Gina se puso de puntillas y lo besó con amor. El pulso de ambos se aceleró.

—Yo también te amo... —susurró ella entre sus brazos—. Te has convertido en el sol que me ilumina. No puedo vivir sin ti, quiero ser feliz a tu lado.

Los ojos de Barney brillaron como estrellas.

—Lo seremos, no tengo ninguna duda.

Se volvieron a besar, un beso ardiente cargado de tantas promesas que convertirían todos los días en primavera. Atrás quedaron los días oscuros, las tristezas y los vientos helados. Porque Gina y Barney habían nacido para estar juntos.

***

La primavera llegó a Londres con un estallido de luz y perfume. Los jardines de la iglesia parroquial, cubiertos de narcisos y jacintos, parecían celebrar el día tanto como los invitados. El cielo, despejado y de un azul suave, dejaba que el sol acariciara las piedras antiguas del templo.

Gina llegó en un carruaje descubierto, acompañada por Isolde, la marquesa de Cherfield y la condesa de Brewton. Vestía un traje de seda color marfil, sencillo y elegante, con encaje de Bruselas en el escote y las mangas. No llevaba velo, sino un delicado tocado de flores blancas y hojas de azahar, símbolo de pureza y renacimiento. En sus manos, un pequeño ramo de lirios de los valles.

Barney la esperaba en el interior de la iglesia, de pie junto al altar, vestido con levita azul oscuro, chaleco marfil y *cravat* de seda. Cuando la vio entrar, su expresión se suavizó, como si todo el tiempo de espera hubiera valido la pena.

El servicio fue íntimo, con solo los amigos cercanos, que eran su familia. El clérigo leyó las palabras con solemnidad, y el murmullo de las palomas en el campanario se mezclaba con el aroma de las flores primaverales que decoraban el interior. Gina y Barney se tomaron de las manos, y en ese gesto había más historia que en cualquier discurso: un año de paciencia, de respeto, de silencios compartidos.

Cuando el clérigo pronunció la bendición final, las campanas repicaron con alegría. Afuera, el aire estaba tibio y el viento jugaba

con los pétalos que las damas lanzaban al paso de los recién casados. Gina, al cruzar el umbral, sintió que dejaba atrás no solo el luto, sino toda una vida marcada por la soledad.

Barney le ofreció el brazo.

—Ahora empieza todo —mencionó con una sonrisa que era promesa y certeza.

Ella asintió, y juntos caminaron hacia el carruaje que los llevaría a Ferrell House, donde un pequeño banquete los aguardaba. El camino estaba flanqueado por árboles en flor, y el aire se llenaba de la fragancia de la primavera.

Por primera vez en mucho tiempo, ella no pensó en el pasado. Solo en el futuro que acababan de sellar.

Llegó la noche, y los recién casado se retiraron a la alcoba. Barney y Gina se desnudaron con la pasión de dos personas enamoradas. Eran dos cuerpos frente a frente que temblaron de placer cuando olas de amor los cubrieron por completo. Se besaron. Se acariciaron. Sus corazones se agrandaron de felicidad. Y cuando las pelvis se unieron, el fuego los envolvió en llamas de seda.

***

Llegó la Navidad rodeada de felicidad. En la alcoba principal de Ferrell House, las cortinas estaban corridas para dejar entrar la luz tenue de una mañana helada. En la chimenea crepitaba un buen fuego.

Gina, recostada entre almohadones, sostenía en brazos a una pequeña envuelta en una manta de batista bordada. La niña dormía, con el rostro sereno y los puños cerrados, ajena al murmullo de la casa. En el salón estaban Isolde, la marquesa de Cherfield y la condesa de Brewton, que aguardaban para verla.

Barney estaba sentado junto al lecho, inclinado hacia ellas. Sus ojos canela, siempre firmes, brillaban con una emoción que no intentaba ocultar.

—Es perfecta —murmuró, rozando con un dedo la mejilla sonrosada de la niña.

Gina lo miró, y en su sonrisa había algo de triunfo y de paz.

—Nuestra hija... —susurró—. Aún no me lo creo.

Barney tomó la mano libre de su esposa y la apretó con suavidad.

—Gracias por darme tanto, por hacerme el hombre más feliz de la Tierra.

Ella lo besó en los labios, después bajó la vista hacia su hija. El cabello oscuro, la respiración tranquila, el calor diminuto contra su pecho... todo era real, tangible, y borraba de un plumazo los años de incertidumbre y dolor.

—Se llamará Amelia —dijo al fin Barney—. ¿Te gusta?

Gina asintió, y en su gesto parecía sellarse algo más que un acta de nacimiento. En ese instante, supo que su vida había cerrado un círculo: de la soledad, del desprecio y del frío de Claredon House a la risa de los niños en el hospicio; de un matrimonio sin amor a un hogar lleno de promesas. Y ahora, con Amelia en brazos, el futuro se abría ante ella como un jardín en flor.

Barney se inclinó y besó la frente de su hija.

—Bienvenida a casa, pequeña —susurró.

La niña, como si hubiera escuchado, abrió los ojos por un instante. Y en ellos, Gina creyó ver el reflejo de todo lo que había soñado y, por fin, alcanzado.

Epílogo

En el jardín de Claredon House, la primavera se desplegaba en un estallido de verdes y blancos. Gina, sentada en un banco bajo el viejo tilo, sostenía a Amelia contra su pecho. La niña, inquieta y curiosa, estiraba la mano hacia un rayo de sol que se filtraba entre las hojas.

El hospicio resonaba con risas infantiles que el viento llevaba hasta allí, como un eco de todo lo que había cambiado. Barney, de pie junto a ellas, observaba la escena con una sonrisa tranquila, la de quien sabía que había llegado a puerto seguro.

Gina alzó la vista hacia el cielo claro. Recordó la nieve, el frío, las pérdidas... y comprendió que cada invierno había sido necesario para llegar a esa primavera.

Apretó a su hija con suavidad y cerró los ojos un instante; dejó que el calor del sol y el murmullo de la vida nueva la envolvieran. Bajo el cielo claro de abril, con Amelia en brazos, comprendió que incluso los inviernos más largos terminan cediendo ante la luz de la primavera.

Por fin, todo estaba en su lugar.

Fin

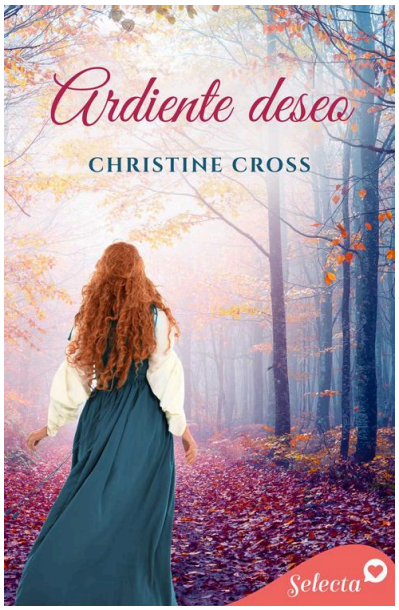
Si te ha gustado

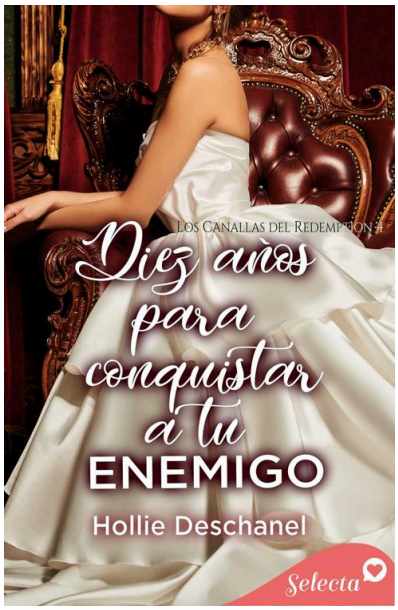
Una proposición indecente

puedes disfrutar de estas

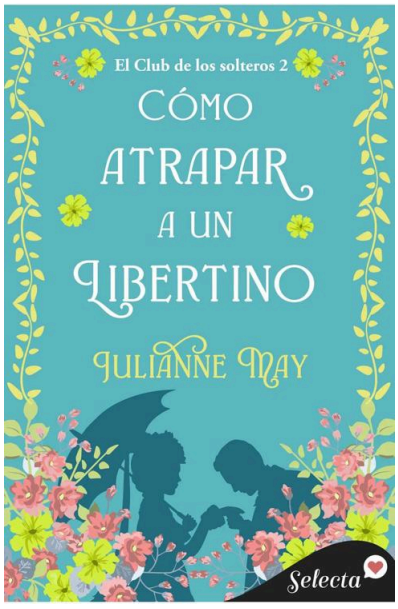




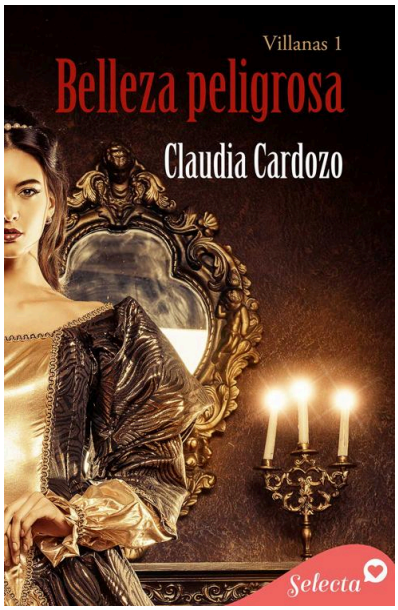

Ardiente deseo
CHRISTINE CROSS
Selecta

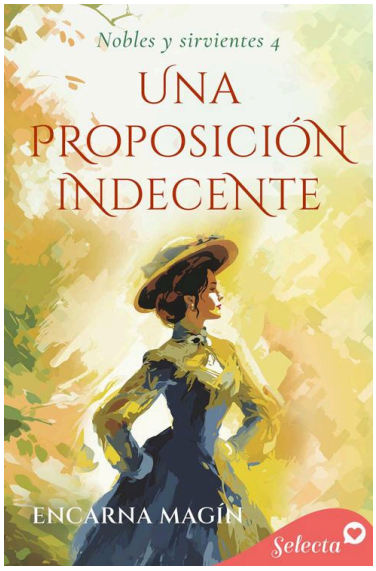

Los Canallas del Redemption 3
Diez años para conquistar a tu ENEMIGO
Hollie Deschanel
Selecta


BETHANY BELLS
EL RIESGO DE ACERCARME A TI
Selecta


El Club de los solteros 2
CÓMO ATRAPAR A UN LIBERTINO
JULIANNE MAY
Selecta


S. F. TALE
Los
SECRETOS
del guardarropa
de lord
HARDY
WHARRINGTON
PALACE
Selecta


Villanas 1
Belleza peligrosa
Claudia Cardozo
Selecta



La serie Nobles y sirvientes te llevará a la regencia como si estuvieras de viaje por una época de marcadas clases sociales que no se podían entremezclar, donde el mercado matrimonial, los duelos de honor, los cotilleos y las estrictas normas guiaban a la sociedad. La vida de una persona marcaba su futuro dependiendo de donde nacía y solo un pequeño grupo podía aspirar a estar en lo más alto.

Barney Ferrell con mucho esfuerzo ha conseguido montar un club de caballeros en Londres que rivalice con el famoso White's. Entre sus clientes hay un conde que ha contraído una gran deuda de juego que no puede pagar. El lord está casado con la hermosa **lady Gina Sheppard**, por la cual Barney siempre se ha sentido atraído. Pedirá a cambio de saldar la deuda pasar una sola noche con la mujer con la que ha fantaseado tanto tiempo.

Sin embargo, esa noche traerá consecuencias que cambiará el rumbo de las vidas de ambos.

Encarna Magín nació en Girona. Actualmente vive en Banyoles junto con su marido, el amor de su vida, y sus tres hijos y nietos. Como amante de los animales tiene tres perritos de lo más traviesos y varios gatos. Le encanta leer, aunque la debilidad por la novela romántica le llevó a iniciarse en el precioso oficio de la escritura. Siempre tiene en mente nuevas historias. Historias que hilvana entre girasoles y al lado de la chimenea de su hogar, y de las que espera que sus lectores disfruten tanto leyéndolas como lo hace ella escribiéndolas. Su constancia y su capacidad de superación la llevaron a publicar su primera novela, *Suaves pétalos de amor*, que estuvo nominada a los Premios Dama 2010 a la mejor novela romántica erótica y que resultó premiada en los Premios Cazadoras del Romance 2010. Además, *Una segunda oportunidad*, fue nominada al Mejor Romance Actual Nacional 2014 en los Premios RNR 2014. Desde entonces sigue luchando y superándose; y es por este afán de ampliar conocimientos y horizontes que ha estado formándose en varios cursos. En la actualidad sigue escribiendo y publicando en el sello de Selecta de Penguin Random House.



Edición en formato digital: octubre de 2025

© 2025, Encarna Magín
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19116-91-8

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Una proposición indecente
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Epílogo
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Encarna Magín
Créditos